VALERIA ROS
PONERME A PARIR
Planeta

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Prólogo
1. Estado de alarma
2. No se puede competir con la comida
3. «Money, money»
4. El rechazo de la llamada
5. Ponerme a parir
6. El destino y Mr. Panamá
7. «The show must go on»
8. Conciliando
9. ¡Feliz «cumpleaño»!
Agradecimientos
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Así comienza la historia de Valeria. Mientras todo el mundo se volvía loco por encontrar un test covid, ella corría a la farmacia a pedir uno de embarazo. Y luego otro. Para matar el mono, pero también porque no podía creerse que fuera positivo. ¿Puede una llegar a ser buena madre cuando aún no sabe cuidar ni de sí misma?

En este libro, Valeria Ros se analiza pieza a pieza desde su infancia tratando de imaginar a un padre ausente, pasando por sus inicios en la comedia, sus relaciones y la atención a su salud mental, hasta salir a enfrentarlo todo con la pequeña Federica. Un divertido canto a la libertad de equivocarnos.

Ponerme a parir

Valeria Ros

Planeta

A mi abuela, la matriarca de las Ros,
por creer siempre en mi potencial y animarme
a escribir desde que tengo uso de razón.

Prólogo

Por Susi Caramelo

Escribir un prólogo es, posiblemente, una de las tareas más ingratas que se le pueden encomendar a alguien. El caso es que un día iba caminando por la Gran Vía de Madrid, pensando en el abanico de infinitas posibilidades que te ofrece el Bershka cuando acabas de cobrar un bolo y, de pronto, me sonó el móvil y me cortó todo el fantaseo: era Valeria.

—¿Qué pasa, tía? Hace tiempo que no hablamos, que no nos vemos, que no nos tomamos algo… —me dijo—. Y he pensado: «¿Cómo estará Susi? Voy a llamarla y así charlamos un rato».

Tras un par de minutos más de relleno, me contó el verdadero motivo de su llamada:

—Pues nada, tía, resulta que estoy escribiendo un libro, como Pérez-Reverte y esa peñita, y me gustaría que me escribieras el prólogo. Como eres la persona que más me conoce…

Lo que acababa de decirme no era verdad. Tiene muchas amigas que la conocen mejor que yo, solo que no son tan famosas. Valeria es así. No se esfuerza nada por intentar colarte la historia. Simplemente te la cuela. Y esa es su gracia.

La cuestión esta del prólogo, como os decía, es bastante incómoda: lo último que escribí relacionado con Valeria fueron algunos chistes para un *roast* donde nos poníamos a parir la una a la otra. Un prólogo, sin embargo, consiste en todo lo contrario: halagar al escritor, aun si se da el caso, como aquí, de que el autor no haya tenido ni el detalle de dejarte el manuscrito para que lo puedas leer antes y hablar maravillas de él.

El hecho de ser la persona elegida por ella para escribir el

prólogo de su libro es para mí tan sorprendente, y me ha dejado tan descolocada, que mientras ella está en Fuerteventura disfrutando del puente de diciembre yo me he quedado en Madrid rompiéndome la cabeza para intentar plasmar su esencia. Sin que la tía me haya dejado siquiera leer su libro. Así de pirada está. Por eso, prefiero hablar de la Valeria que conozco (poco) y no de la Valeria literata que no conozco (nada).

Cuando pienso en Valeria —y hablo metafóricamente— veo a la típica mujer a la que no le falta un collar de perlas en su joyero. La misma, eso sí, que ve correr esas perlas por el suelo, mientras mea en cuclillas a las siete de la mañana entre dos coches, porque el collar se le ha enganchado a la matrícula de uno de ellos.

Para que me entendáis, Valeria es un contraste en sí misma. Una mujer que no deja indiferente a nadie. Capaz de sorprenderte todo el rato. Tanto que es capaz, incluso, de sorprenderse a sí misma.

He tenido la gran suerte, durante estos últimos años, de disfrutar de cerca de sus aventuras y desventuras, ya no solo en el escenario, sino en el día a día. La he visto cambiar de nombre artístico hasta en cuatro ocasiones. Por cierto, Valeria, tengo que decirte desde aquí que para decidir el nombre de tu hija no te lo curraste tanto. Si no, no la habrías acabado llamando Federica.

Durante una época muy divertida para ambas viajamos juntas, compartimos bolos con nuestro espectáculo, *Fieras,* y vivimos un sinfín de situaciones surrealistas, como aquella vez en la que nos dejaron anunciar un bolo desde el altavoz de un avión de Ryanair (ojo, sin cobrarnos un coste adicional).

Así que he podido comprobar de primera mano su enorme evolución como cómica, su transformación y, sobre todo, su creciente seguridad como persona y como artista.

También he vivido la parte más divertida: la de su desequilibrio mental. Puedo presumir, si me lo permiten, en este prólogo, de que, como amiga suya y confidente, he escuchado sus mejores y más decadentes historias.

Como aquella vez que pusimos rumbo a Valencia para actuar

en un bolo conjunto. Era verano y Valeria llevaba una pamela italiana que la protegía del sol. Ella siempre se traía algo de sus múltiples viajes a Italia: una pamela, un novio nuevo, una candidiasis…

Al bajarnos del tren, cogimos un autobús que nos llevaría al hotel. De repente, en mitad del trayecto, se percató de que ya no llevaba puesta la pamela y empezó a buscarla como una loca. Tras cinco intensos minutos de búsqueda llegó a la firme conclusión de que algún pasajero se la había robado. No quedaba otra.

No sé cómo, pero me convenció. La idea era tan loca como la de aquella película de Jodie Foster en la que raptan a su hijo en pleno vuelo mientras está con ella. Así que Valeria y yo nos lanzamos por el pasillo de aquel autobús en marcha para avisar al conductor de que había un ladrón de pamelas entre nosotros. La lie tan parda con tal de recuperar la pamela de mi amiga que, en cuanto llegamos al final del trayecto, al conductor no se le ocurrió otra cosa que llamar a la policía y cerrar las puertas del autobús a cal y canto para impedir que nadie saliera de allí hasta que se resolviera la situación.

Allí estábamos nosotras, atrapadas dentro de un autobús en algún pueblo de Valencia con unas cincuenta personas a las que estábamos acusando de ladronas y que no solo nos odiaban por lo violento de la acusación, sino porque estaban deseando llegar a su casa y no podían. Mi amiga y yo aguantamos con mucha dignidad los abucheos del personal mientras esperábamos al cuerpo de la ley que, finalmente, apareció.

—¿Qué pasa aquí?

—A mi amiga le han robado la pamela.

—¿Cómo era?

—Italiana —respondió Valeria, como si ese dato sirviera para reconocerla por el acento.

Los policías se dirigieron hacia el fondo del autobús, concretamente a los asientos donde mi amiga y yo habíamos iniciado el trayecto, y en menos de un minuto se escuchó la voz de uno de ellos al fondo preguntar:

—¿Es esta?

En aquel momento crucé la mirada con Valeria en plan «¡Te voy a matar!». Era su pamela. Estaba debajo de su asiento.

Cuando abrieron las puertas de aquel autobús y la gente empezó a bajar no hubo pasajero que no pasase por nuestro lado y aprovechase para decirnos de todo. Nosotras esperamos pacientemente a que nos insultasen todos, uno por uno, para pedirle a la policía el favor de que nos escoltasen hasta el hotel. Teníamos miedo.

Ya no me voy a extender más porque, querido lector, si conoces a Valeria, estarás deseando comenzar a leer este libro y, si no la conoces, estoy segura de que cuando termines de leerlo pensarás de ella lo mismo que pensé yo cuando apareció su pamela: ¿por qué cojones no la habré visto antes?

Te quiero, Val.

1
Estado de alarma

No me ha bajado la regla.

Tendría que bajarme hoy, así que no debería estar tan preocupada. Otros meses he tenido retrasos y no ha pasado nada, pero esta vez es diferente.

Hace unos días mi amiga Lucho y yo nos pusimos a trastear con mi *app* para la menstruación; esa aplicación donde las mujeres metemos religiosamente los días que tenemos el periodo para que Google sepa cuándo anunciarnos que toca ir al súper a por compresas de noche. Por lo visto, el programa también tiene otra utilidad. Lucho me dijo que, según mi móvil, mi día más fértil del mes había sido el 1 de marzo. Es decir, el día que me lie con mi ex. ¡Maldito teléfono inteligente! Si tienes una *app* para decirme cuál es mi día más fértil, deberías sincronizarla con WhatsApp para evitar que escriba a mi exnovio italiano a las dos de la madrugada de ese mismo día.

Ahora mismo la gente anda de cabeza con esto de confinarnos en casa, pero yo no dejo de pensar que si me hubiera quedado encerrada hace dos semanas no estaría buscando en Google «¿cómo saber si estás embarazada?». Aunque también podría haber usado un condón, claro.

Recuerdo que salí a tomar algo por ahí y cinco horas después estaba escribiendo a Musco. Luego le llamé y él me lo cogió al primer tono. «Oye, que yo no lo juzgo, ¿eh? De todas formas, es italiano, y estos son como los argentinos: les encanta coger.»

¿Y si estoy embarazada? El destino a veces es así de caprichoso. Me va a pasar como a la persona que pidió una sopa de murciélago sin imaginar siquiera que aquella exótica merienda iba a cambiar el mundo: yo no podía pensar que unos chupitos de Jäger terminarían en embarazo. La gente odia al que se pidió la

sopa de murciélago, pero quizá era una pobre chinita que hacía tiempo que no se comía un buen murciélago por ahí y estaba harta de tener que cocinar ella en casa, a mano o con ayuda de su vieja batidora; o tal vez siempre que se tomaba unas copas terminaba cenando murciélago; o a lo mejor simplemente comía murciélago por inercia y se odiaba después de hacerlo, y terminaba borrando el número del móvil del murciélago en cuestión, pero da igual porque se lo sabe de memoria… ¡¿Es que nadie ha pensado en esa pobre chica?!

Fíjate: la gente alarmada, mirando la tele para enterarse de lo que pasa con la pandemia esa, y a mí no podría importarme menos mientras leo los resultados del buscador en el ordenador: «Dolor de senos, cansancio, ligero sangrado…». ¿Cómo pueden ser los síntomas del embarazo los mismos que los del síndrome premenstrual? ¿Tengo un cigoto vivo y un óvulo muerto a la vez? ¿¡Tengo el gato de Schrödinger dentro del útero!?

¡Relájate, Valeria!

No estás embarazada. Tienes síndrome de ovario poliquístico: eso significa que un ovario me funciona normal y el otro es como el Langui de resaca. De todas formas, voy a bajar a la farmacia a comprarme un test de embarazo. Ya que no hay test para el coronavirus, por lo menos así me quito el mono con este y salgo de dudas.

En la calle todo el mundo se ha vuelto loco. Hay una cola kilométrica en la puerta del súper para comprar papel higiénico. ¿Para qué necesita la gente tanto papel de golpe? Lo único que se me ocurre es que quizá todas esas personas antes echaban el trufi en la oficina y ahora, con el teletrabajo, se ven obligados a comprar sus propios rollos.

La histeria que produce la incertidumbre se puede sentir en cada cara cubierta por esa tela completamente ajena a nosotros que produce acné y hace que se te corra el pintalabios. Qué miedo nos da el «no saber», el salir de tu zona de confort. Ese término que tanto odio de tanto como lo usan los *coaches* emocionales del siglo

XXI. La vida pone a prueba nuestra salud mental cuando menos lo esperamos. No estamos preparados para situaciones imprevistas que están fuera de nuestro control. Es increíble el miedo que produce este tipo de acontecimientos. Por eso es tan importante trabajar la mente. Gracias a mi obsesión por ser perfecta y dejar de ser un caos de manual llevo años trabajando en entender quién soy, así que puede que en esta situación tan surrealista les lleve a muchas personas años de ventaja.

Voy en dirección contraria a todo el mundo. La gente entra en los comercios a por papel, harina, conservas, gel hidroalcohólico y birras. Mientras, yo voy camino de comprar un test de embarazo, como si la pandemia no fuera conmigo. Quizá debería pasar del test y comprarme directamente un lanzallamas, por si la cosa se complica de verdad.

Ayer escribí a un chico con el que me lie hace unas semanas. Le mandé un DM por Instagram metiéndole alguna fichilla a ver si seguía interesado y su contestación fue: «Vamos a morir todos». Esperaba algo de *sexting* por su parte con la que se avecinaba. Habríamos ahorrado mucho dinero en farmacia.

Si lo pienso así, en frío, me flipa que los farmacéuticos vendan condones, pastillas del día después, píldoras anticonceptivas, test de embarazo, geles lubricantes, Viagra… En poco tiempo empezarán a vender bolas chinas junto a las aspirinas. Nadie sabe más sobre tu vida sexual que el farmacéutico de tu barrio. En mi caso, se trata de un señor con bata blanca y gafas que tiene pinta de que hace tiempo que no echa un buen polvo. Parece más un profe de Conocimiento del Medio que un científico.

El hombrecillo me da el test de embarazo. Tengo que admitir que siento cierta vergüenza con la situación. Soy cómica y cuento mi vida en cualquier bar a cambio de unas cervezas y unos aplausos, pero, de pronto, pedir un Predictor me da palo.

Hasta hace un par de meses vivía con Musco. Compartíamos un piso en La Latina, pero no compartíamos vida. Yo me pasaba el día en platós y cumpliendo con diferentes compromisos. Luego, por las noches, iba a micros abiertos de comedia a tomarme algo con la excusa de probar algunos chistes. Él por la noche prefería estar con

sus colegas de juerga que conmigo y por el día trabajaba como dentista. Siempre dice que los dos nos dedicamos a lo mismo: «fabricamos sonrisas». ¡Qué puta vergüenza! No me puede dar más rabia cuando dice esa ñoñada. Un día la soltó delante de un cómico famoso y casi finjo que no nos conocíamos.

Ahora vivimos separados. Llegó un momento en que parecíamos compañeros de piso, así que decidí cortar y marcharme a otra casa. Quedamos en que cada uno haría su vida, pero en este mismo instante voy camino de mi casa para hacerme un test que me dirá si vamos a tener un crío.

No sé si estoy preparada para ser madre con treinta y tres años. No sé si alguna vez se está preparada para algo así, pero no puedo imaginar cómo se sintió mi madre con apenas diecinueve.

Nací en los ochenta en el País Vasco, cuando la heroína y ETA estaban a tope y los niños llegábamos a repoblar Euskadi. Crecí dentro de un matriarcado puro y duro. Mi abuela Begoña se había divorciado de mi abuelo, Franqui, cuando divorciarse todavía no era *mainstream.* Mi abuelita vivía en una casa con sus cuatro hijas. Eso era prácticamente *Mujercitas*. Aunque siendo vascas eran más *mujeronas*. Mi madre, la más empollona y perfeccionista de las cuatro, se quedó embarazada a los diecinueve años, algo que sorprendió mucho a mi abuela. Parece que además de pasarse el día hincando los codos, de vez en cuando también hincaba las rodillas. Llevaba, o eso me han contado, tres años con mi padre de novios.

Nací de penalti en una época en la que no estaba muy bien visto, sobre todo sin ceremonia de por medio. Mientras mi familia paterna ya estaba organizando la boda, mi abuela materna, feminista hasta la médula, juntó en el salón de casa a mis padres:

—Vamos a ver, antes del bombo, ¿vosotros teníais previsto casaros?

Se miraron un instante antes de responder que no.

—Pues, entonces, ya os casaréis en un futuro si os apetece.

Por supuesto, yo esto no lo recuerdo: me estaba gestando y ya tenía bastante con tener que alimentarme por un tubo metido en el ombligo, pero siempre me lo cuenta mi abuela y me hace sentir

orgullosa de ella. Mejor prevenir que curar.

Vi a mi padre unas cuantas veces más. Aunque mi madre me llevaba a la casa de la abuela Sol a comer todos los domingos, él nunca estaba. Mi vida se ha caracterizado por idealizar la figura paterna precisamente por no tenerla. En nuestra sociedad la gente idealiza lo que no tiene. Sueñan con un yate, creen que serían felices con un chalé más grande, y yo, por supuesto, encumbraba a mi padre ausente. Con un poco de suerte un día podré comprarme un yate y superarlo. Desconocía la razón de su distanciamiento y, ya con una edad, empecé a preguntar, pero siempre se me contestó con eufemismos y frases cortas. Yo interpreté esas respuestas como que a nadie le apetecía mucho hablar del tema y era mejor no saber.

El colmo de una niña que echa de menos a su papá es que su padre sea marinero. Mi padre lo era y pasaba mucho tiempo lejos de tierra firme, pero hasta para el marinero más comprometido esas temporadas eran demasiado largas. Un día me di cuenta de que mi padre tenía otras pasiones que lo alejaban de mí, además de la mar. Desde muy pequeña bromeaba con mis amigas sobre mi padre el marinero. Convertí algo que me resultaba doloroso en un chiste recurrente. Mi primer *running gag*.

Mi madre estaba en segundo de carrera de Informática cuando nací. Iba a la uni con el bombo y no se perdía una clase. No debía de pasar desapercibida. Esos aprendices de informáticos vascos seguro que no estaban acostumbrados a ver muchas mujeres por ahí, y menos a una que estaba embarazada por practicar sexo con alguien que no fuera su propia mano. Además, mi madre siempre ha sido muy guapa. De joven llegó a trabajar de modelo. Cuando vine al mundo, empezó a trabajar para poder darme un futuro digno mientras continuaba con sus clases. Así que me criaron muchas personas.

Pasé por manos de infinitas niñeras; mi tía Vero, la más pequeña de las cuatro hermanas, no dejó de cuidarme en su plena edad del pavo porque era el castigo que le ponía mi abuela cuando desaparecía de juerga un fin de semana sin avisar; mi madre me acunaba por las tardes mientras estudiaba códigos html y los

demás me iban mimando a ratos convirtiéndome en el bebé más empático y sociable que mi familia cree recordar. Me iba absolutamente con cualquiera. Ni lloros ni dependencia emocional. Era una cómica de bares *underground* en potencia.

Mi abuela siempre me dice que fui un milagro para ella. Mi nacimiento le devolvió las ganas de vivir. Era su antidepresivo. Ella se dejó la piel en mimarme como nadie. Hoy por hoy, a mis treinta y cuatro años, duermo con ella en la misma cama y me hace cosquillas antes de dormir. Aguanta menos que antes por la artrosis. Ese momento es mágico para mí. Ahora ella es mi Lorazepam. Creo que soy la persona que más ha dormido con uno de sus abuelos, con permiso de las nietas de Josef Fritzl. No hay otra situación que me haga sentir más tranquila que cuando veo la tele tumbada sobre las piernas de mi abuela mientras me rasca la espalda. A cada novio que he tenido le he obligado a escenificar esta situación, pero nunca con los mismos resultados. Mis novios se cansaban antes y no había tanto ímpetu como en ese amor incondicional que hemos sentido la una por la otra. Espero que ninguno de ellos se molestara por tener que encarnar el rol de mi abuela, pero si es así, que se aguanten. Me lo debían por todas las veces que me ha tocado a mí hacer de enfermera o de colegiala. Sin duda, mi abuela Begoña es una mujer irrepetible, aunque irónicamente tiene una hermana gemela, la tía Mari Tere, o como yo la llamo, *mi abuela de repuesto*.

Es curioso que no tenga muchos recuerdos de infancia. Supongo que eso significa que fui más o menos feliz, porque dicen que solo recordamos los traumas. Más de un psicólogo me ha dicho que soy una *drama queen*, porque casi todos los *flashbacks* que tengo suelen ser de experiencias que en ese momento me parecieron traumáticas. Como cuando no encontraba el pasaporte para ir a Eurodisney.

Una enana de ocho años no tiene por qué saber dónde guardar esos documentos, pero mi madre se volvió loca: «¿¡Dónde está tu pasaporte!?». Me lo pedía como si fuera un *ranger* y yo una pobre inmigrante ilegal que intentara entrar en Texas. Esa intensa

experiencia no se parecía mucho a lo que había imaginado que iba a ser un viaje a Eurodisney. Ella siempre se ha puesto muy nerviosa con todos los obstáculos que conlleva la vida: por esta peculiaridad de su personalidad, mi madre está siempre atacada. Hoy por hoy, sigue sin darse cuenta de que el día a día está lleno de imprevistos y que hay que tomárselo con humor, porque, si no, el nervio termina consumiéndote. Por cierto, al final conocí a Mickey en persona y es menos atractivo que en dibujo animado.

Pero el peor momento de mi joven vida fue cuando mi madre decidió que era hora de independizarnos de mi abuela y vivir las dos solas en una casa. La gente cree que a los vascos nos encanta independizarnos, pero yo creo que nunca he llorado tanto. Lloré como solo puede hacerte llorar una madre, una hija o una estudiante de peluquería que acaba de cortarte el pelo. Supongo que tenía sentido que mi madre quisiera tomar el timón de su vida, pero para mí era como si mi abuela y mi madre se divorciaran y le hubieran dado mi custodia a la última sin preguntarme. Solo tenía once y ya había vivido dos divorcios. ¿Cómo me van a durar a mí los novios con esa infancia? A esa tierna edad nunca veía a mi padre y en ese momento sentía que me separaban de la adorable señora que me cuidaba a diario. Esa era mi vida…, bueno, y también es el final de *La señora Doubtfire*.

En realidad, solo nos fuimos a dos kilómetros de distancia y seguía viendo a mi abuela todos los días. Recuerdo que nos mudamos a una casa en la que teníamos de vecino al novio de mi madre de entonces. Eso me aterraba. Una cosa es tener miedo de que tu vecino te robe el wifi y otra cosa es que te robe a tu madre. Nadie se puede imaginar las películas que un niño puede montarse en cuanto a las nuevas parejas de su progenitor. Sientes un miedo atroz al abandono. Puede que la sociedad vaya modernizándose en cuanto a lo que es una familia, pero un niño sigue teniendo un esquema mental instintivo: necesita amor y no soporta ninguna situación en la que se lo puedan arrebatar. El hijo de una madre soltera es como un novio inseguro que se comporta como un capullo, porque todo el rato cree que lo van a dejar. Pues yo era

ese tío, y mi madre, como era normal a su edad, intentaba buscar el amor en otras personas con las que yo no solía llevarme especialmente bien.

Así como guardo un hemisferio del cerebro para todas las letras del reguetón, el otro lo uso para la lista de todos los *affaires* que ha tenido mi madre a lo largo de mi vida. Una vez me llevó con uno de ellos de vacaciones. Yo sería un mico, pero Quique se atrevió a decirme que no podía poner el codo encima de la mesa. Me fui llorando y le grité: «¡Tú no eres mi padre, gordo de mierda!». Lo de «gordo de mierda» lo he añadido yo con el tiempo, pero estaba bien hermoso, el cabrón. Ahora le habría contestado: «¡Tanto vigilarme a mí! ¿Por qué no vigilas tu colesterol?».

En el fondo, siempre he fantaseado con que mi madre y mi padre volvieran. Para mí son como uno de esos grupos míticos que tocaban antes de que tú nacieras y que todo el mundo sueña con que vuelvan a juntarse para hacer una gira, pero parece imposible. Para mí, mis padres son los hermanos Gallagher. Solo los he visto juntos un par de veces. Digo a mis padres, no a los de Oasis.

Recuerdo un domingo en casa de mi abuela paterna en el que, por casualidad, estaba mi padre cuando mi madre fue a buscarme. Estaban en el sofá y mi padre le dijo a mi madre que le diera la mano y ella se ruborizó. No sé cómo catalogar ese instante. Para mí fue uno de los momentos más bonitos que he vivido. Es increíble la mente de un niño. Ahora que entiendo más la vida, me parece que mi madre no pudo hacerlo mejor y que, al fin y al cabo, tus padres son los que te crían, no aquellos a los que se les ha ido de las manos el orgasmo. Pero cuando eres una pulga sientes una necesidad inexplicable de tener una familia, llamémosla, por decir algo, estructurada. ¿Y quién me había enseñado que eso existía? ¡Nadie! Viene en el ADN. Ahí viene todo escrito. En un párrafo pone «tobillos gordos», y en el siguiente, «necesito a mi padre». Todo en el ADN. Al fin y al cabo, somos animales.

Ser hija única tiene cosas guais —te regalan mejores juguetes — y cosas malas —no tienes nadie con quien jugar—. No tener hermanos me ha hecho obsesionarme con la idea de la soledad. Durante mi infancia siempre estaba acompañada. Era una niña

muy sociable y mi madre podía dejarme con cualquiera, que yo me adaptaba. Mi terror a la soledad creció con la adolescencia. Si cierro los ojos puedo visualizar a una niña de trece años rellenita, llena de granos, con una nube oscura encima y mucho miedo a que la dejaran de lado. Con bastante labia, eso sí.

Mi estrategia para no estar sola fue crear una personalidad todoterreno. Todo el mundo quería estar conmigo. El don de gentes lo desarrollé por necesidad, pero al final dio resultado. Si ahora me dedico a la comedia es porque llevo trabajándomelo desde que tengo uso de razón por una cuestión de supervivencia. Mis anécdotas siempre han causado sensación. Ya entonces, utilizaba de forma intuitiva técnicas de comedia que he estudiado *a posteriori*: exageración, ritmo, comparaciones, regla de tres, honestidad brutal… Siempre me pasaban toda clase de cosas. Sacaba mínimo una anécdota al día y, si no me pasaba nada, inconscientemente forzaba que me ocurriera algo. En el patio, mis amigas se morían de risa conmigo. Era igual que las actuaciones de ahora, pero sin que te digan al bajar del escenario: «Me ha encantado, pero la que me gusta de verdad es Eva Hache». ¿Quién quiere un hermano cuando el miedo a la soledad te da una carrera profesional? ¡Que te jodan, hermano imaginario!

No saber estar sola también me ha traído algunos problemas. Mi madre viajaba mucho por trabajo y en esos periodos me quedaba con mi abuela en su casa. Aprovechaba la situación para contarle alguna milonga y montar fiestas. Le decía que me quedaba a dormir en casa de una amiga y organizaba una quedada en la casa de mi madre, que estaba vacía. Yo pensaba que no había fisuras en mi plan.

La última vez que lo hice, llamé a dos de mis mejores amigas del cole: Lupe y Lucho. La idea era hacer una inocente fiesta de pijamas en casa de mi madre. Comeríamos chuches y veríamos *Leyendas de pasión* por octava vez, pero llorando como si fuera la primera. No sé si llorábamos por la trama o por ver el torso desnudo de Brad Pitt y compararlo con el de los niños de clase que nos gustaban. Porque a mí me han gustado los niños desde siempre. Creo que cuando el doctor me dio el azote al nacer pensé:

«Umm..., un madurito interesante y, encima, médico». Con ocho años estaba colada por Bosco (sí, siempre he sido un poco pija), el hijo de unos amigos de mi madre. Por loco que parezca, yo a esa edad todavía usaba el chupete, pero mi madre me amenazó con contárselo a Bosco si no dejaba aquel vicio repugnante. Evidentemente, el miedo al ridículo me hizo escupirlo y no volver a meterme un chupete en la boca nunca más. Dejé los chupetes por amor.

No había mejor plan que ver un buen dramón hollywoodiense junto a mis amigas del cole. Yo ya quería ser actriz. La gente a veces me pregunta si quería ser cómica de pequeña, pero dejadme que os aclare esto de una vez: ninguna chica quería ser cómica de pequeña. Nadie decía con trece años: «Quiero ser como Lina Morgan, ponerme bizca y retorcer las rodillas mientras la guapa se lía con el galán de turno». En mi cuarto ensayaba mi discurso recogiendo un premio con forma de bote de Nenuco. Me imaginaba ganando el Goya, qué digo el Goya… ¡El Óscar! Todos fliparían y seguro que mi padre no podría negarse a acudir a una ceremonia así.

Cuando tocaron el timbre, mis amigas habían llevado algunos amigos y a su vez esos amigos habían avisado a unos colegas que habían invitado a unos conocidos... Todo Getxo y parte de Portugalete estaba en mi casa montando una *rave*. Yo tenía trece años y de pronto, en mi cocina, se estaba celebrando la semana grande de Bilbao. Una persona normal les hubiera frenado los pies, pero yo no era normal. Era una adolescente insegura y llena de acné que solo quería caer bien a la gente. Además, había ido un macarra por el que estaba muy colada.

La fiesta se nos fue de las manos y la casa acabó destrozada, pero no pasaba nada. Todavía quedaba un día para que llegara mi madre. Podíamos limpiar todo, recoger la casa y reparar la figurita de Lladró con el pegamento que usábamos en clase de tecnología. Ella no notaría nada y me daría un tierno beso al volver al hogar. De nuevo, mi plan era jodidamente brillante.

Mis dos amigas y yo quedamos al día siguiente. Cuando haces una fiesta se apunta todo el mundo, pero cuando se queda para

limpiar, solo aparecen las dos pringadas de tus mejores amigas. Yo siempre he sido muy de procrastinar (aunque entonces no existiera esa palabra y lo llamásemos *tocarse el toto)*, así que fuimos dejando la tarea para un poco más adelante. Teníamos toda la noche para recogerlo; sin prisas. Se nos ocurrió que sería más divertido hacer una sesión de espiritismo. Montamos una ouija con velas y todo. No pudimos hablar con ninguna presencia y solo movíamos el vaso de un lado para otro nosotras mismas como tres taradas. Lástima, nos habría sido útil contactar con algún espíritu responsable que nos hubiese obligado a ponernos a recoger y, ya de paso, nos hubiese dado algún *tip* de cómo quitar las manchas de *kalimotxo* del sofá.

Tras la sesión espiritista nos quedamos dormidas. Al día siguiente mi madre entró en la casa y no hubo un tierno beso. En su lugar, me llevé un bofetón, ganado a pulso, que sí que me puso en contacto con el más allá y me hizo sintonizar un pitido en el oído derecho. Tuvimos la mayor de nuestras broncas. Como resultado, decidió desterrarme a un internado para señoritas en Dublín. Ella había estado con dieciséis años y guardaba buen recuerdo del lugar. Mi madre aseguraba que allí la habían metido en cintura —aunque omitió que dos años después de ir se quedó preñada— y estaba segura de que a mí me iría genial un poco de disciplina y educación. Yo volví a llorar durante días seguidos. No me lo podía creer. Mi tercer divorcio con solo trece años: ni Ross Geller. Tenía que separarme de mi madre y de mi abuela durante un año entero. Yo no veía la oportunidad que suponía para aprender inglés y vivir nuevas experiencias y solo sentía que me mandaban a una lejana cárcel de mujeres. El curso había empezado hacía un mes y estaba a tiempo de incorporarme en ese mismo momento. Recé para no encontrar el puto pasaporte, pero esa vez sí estaba en su sitio y me fui a Glenageary, un pueblecito a las afueras de Dublín. Me sentía como una huérfana camino de un lejano internado. Así era mi vida... Eso, y el principio de *Harry Potter*.

Saco el test de la caja mientras ojeo las instrucciones. Tardo un rato en hacer pis sobre esa especie de termómetro rosa, porque soy de chorro tímido y a mis genitales nunca les han sentado bien las órdenes. Pero cuando abro el grifo del lavabo comienzo a orinar. ¡Cuánto hemos evolucionado como especie!

Por algún lado he leído que antiguamente las mujeres hacían pis encima de ranas para salir de dudas. ¡Qué asco mear encima de una rana, ¿verdad?! Pues imagínate para la rana… Menudo trabajito, ser el Predictor de los Picapiedra. El peor trabajo que se me ocurre, después del de *rider* en Madrid centro. Hay tíos que no son capaces de mear dentro de la taza sin salpicar y nosotras éramos capaces de atinar a una rana saltarina. Eso es puntería.

Cuando voy a limpiarme me doy cuenta de que solo me quedan dos rollos de papel higiénico. Mierda, debería haber comprado.

Mientras espero el resultado, me pregunto si cuando mi madre se quedó de mí todavía las embarazadas hacían lluvias doradas a las ranas…

POSITIVO.

En la pantalla del aparatito pone que estoy EMBARAZADA.

Abajo se puede leer: «1-2». ¿Eso qué es? ¡¿Uno o dos niños?! A ver si van a ser gemelos, como la tía Mari Tere y la abuela.

Vuelvo a la farmacia. El hombrecillo de las gafas me explica que está todo bien.

—Estos números significan que estás de una o dos semanas.

—¡Qué precisión! Un poco más y viene la geolocalización con los colegios de la zona.

—¡Enhorabuena, estás embarazada!

—Pero si solo fue un simple misionero.

El boticario se ríe. Me ofende un poco su risa, como si él hiciera el helicóptero en la cama con ese *gepeto* que tiene. Le compro otro test, por si el anterior estaba mal, pero esa vez ya no me da ninguna vergüenza pedirlo. También da positivo y ya no hay dudas. Tengo que llamar a Musco, seguro que cuando vea mi nombre en el teléfono va a pensar que quiero repetir lo de hace quince días antes de que nos encierren. Va a flipar.

Flipa. Musco me pregunta si estoy segura de que es suyo. No me ofende, porque no estamos juntos y podría haberme acostado con otro. De hecho, habría ocurrido si no hubiera ido tan pedo. Solo me he liado con otro chico este mes, pero íbamos demasiado borrachos como para pasar a mayores. Menos mal, porque era un cómico; me dan escalofríos de pensar cómo debe de ser el hijo de dos cómicos. Me imagino las llamadas del cole: «Su hijo ha sido expulsado por meterse con el niño que lleva muletas, y nos ha dicho que no piensa pedir perdón ni volver a clase porque está cansado de ofendiditos».

Musco cree que si vamos a tenerlo deberíamos estar juntos. Yo no lo tengo claro. Dudo.

Un niño no soluciona las cosas mágicamente.

Recuerdo que mi abuela decía que es mejor prevenir que curar.

Suenan aplausos.

Tardo un segundo en darme cuenta de lo que está pasando: son las ocho de la tarde y todo el mundo ha salido a la ventana a aplaudir a los sanitarios. Creo que con esto de la pandemia van a ser los únicos aplausos que voy a oír en mucho tiempo, porque tiene pinta de que queda bastante hasta que pueda volver a subirme a un escenario.

Salgo a la terraza y aplaudo a los sanitarios para que nos salven de la pandemia, pero también lo hago para que me ayuden con el parto. Me asusta mucho ese momento y, sin embargo, mientras doy palmas me doy cuenta de que en realidad estoy muy contenta.

Estoy feliz de estar embarazada pese a las circunstancias. En ningún momento he pensado en abortar. Como mujer feminista, estoy a favor del derecho al aborto, pero a mí ni se me ha pasado por la cabeza. Quizá porque estoy muy agradecida de que mi madre me tuviera, aunque fuera tan joven, o quizá porque siempre me han gustado los cambios vitales. Aun así, creo que no contaré todo ese rollo cuando mis colegas modernos me pregunten extrañados por qué no aborto. Les diré que fue por pereza: «Siempre procrastino y, como me da miedo la experiencia de

abortar, lo fui dejando hasta llegar al parto. Nueve meses de procrastinación».

Embarazada y confinada. Por lo menos yo tengo Netflix, porque mi pobre bebé va a estar doblemente confinado y sin nada que hacer mientras flota dentro de la placenta. No van a ser unos meses fáciles y estoy segura de que van a presentarse muchos retos. Tengo miedo de no estar a la altura, de tener que aparcar mi carrera profesional, de sentirme sola... Poco a poco los aplausos se van apagando y vuelve el silencio, pero yo sigo estando muy contenta.

Voy a tener un bebé.

2
No se puede competir con la comida

En la tele ya hemos visto toda clase de *realities:* gente guapa aislada en una isla para que se apareen entre ellos, famosos compitiendo para ver quién hace las mejores croquetas, adolescentes embarazadas en Kentucky e incluso un *Gran hermano* en un autobús (que si la gracia era ver cómo se comportan un montón de extraños confinados en un transporte público, podrían haber grabado en el Metro de Madrid a las nueve de la mañana).

En los últimos veinte años se han inventado mil y un formatos para conseguir audiencia, pero nunca he visto por televisión a un puñado de preadolescentes encerradas en un internado, a dos mil kilómetros de sus casas, durante un año entero y con el único objetivo de sacarse la ESO. Aunque, viendo el nivel del concursante medio, aprobar la ESO y ganar un *reality* son dos cosas que parecen incompatibles. Yo sí confío en que ese formato lo petaría, porque el año que viví en un internado en Irlanda fue superintenso y me cambió la vida.

El primer día de clase es normal sentir que todos se conocen y tú eres la única nueva, cuando en realidad nadie se conoce todavía y todos están como tú. Esto está causado por nuestra inseguridad, pero cuando llegué a Rathdown School, esa sensación era real. Hacía algo más de un mes que el curso había empezado y yo me había colado en la clase como un polizón. Tenía miedo de no encajar en ese nuevo lugar, tan lejano de mi hogar, pero en realidad conseguí hacer amigas rápido. En mi clase del cole de Getxo casi todo el mundo era del País Vasco. Allí, mi pandilla estaba formada por una niña de Hong Kong, una de Sri Lanka, una chica de Tailandia y una granadina que llevaba interna tanto tiempo que se le había olvidado el castellano. Eso sí, chicos, ni olerlos. Una no sabía si la estaban preparando para la universidad

o para el convento.

Cada mañana íbamos todas las alumnas al gimnasio a rezar antes de comenzar las clases. Un polideportivo es un lugar tan bueno como cualquier otro para hablar con Dios. Él está en todas partes y seguro que ya andaba por ahí a las ocho de la mañana, machacándose en el *gym*. Sigo a Chris Hemsworth por Instagram. He visto que se pasa el día entrenando y todo el mundo sabe que el buenorro de Thor es lo más parecido que tenemos a Dios en la Tierra. Espero que el Señor perdonara con su infinita paciencia el que yo pegase alguna que otra cabezada cuando estaba cansada.

Dormíamos en habitaciones llenas de literas junto a otras siete compañeras y al amanecer nos despertaban bruscamente las *nurses*. No me acuerdo de cómo se llamaban porque no nos dejaban pronunciar su nombre y solo podíamos llamarlas *nurses*. Eran dos enfermeras que parecían haberse escapado de la película *Alguien voló sobre el nido del cuco,* que nos meneaban los pies y abrían las cortinas mientras gritaban: «Good morning, girls!! Good Morning!!». Todos deberíamos pensar en eso cuando el delicado tono del despertador del móvil nos parezca desagradable.

Yo echaba de menos a mi abuela y le escribía todas las semanas cartas que todavía conservo. En una de ellas estampé una lágrima real para representar así mi enorme desdicha. Quería que mi abuela supiera que no era una gota de agua fortuita, así que puse una nota al lado que decía: «Esto es una lágrima». Debía de creerme el puto René Magritte con esa aclaración. Ahora me doy cuenta de que ese dramatismo era un poco *creepy* y podía haber asustado a mi abuela. Mandar lágrimas por correo está al nivel de enviar a tu abuelita una carta escrita con letras recortadas de revistas. Creo que toda mi correspondencia era así de dramática, porque, ya se sabe, en los *realities* todo se magnifica.

También usaba mi sentimentalismo para inventarme canciones de amor dedicadas a no sé muy bien quién, ya que no había ni un chico por allí:

Don't cry little buterfly, lalala
Don't cry little buterfly, lalala

you will be a little woman
when you marry with your boyfriend.

Estaba claro que, si no salía bien lo de los estudios, podía dedicarme a la música de forma profesional.

Éramos unas crías sin maldad alguna. Estábamos todo el día en las literas jugando, comiendo o viendo vídeos chinos. Recuerdo una vez que mis amigas Inés y Simone estaban hablando inocentemente en la cama de una de ellas cuando entró una de las *nurses*. Al día siguiente, la directora nos reunió a todas para acusarlas de lesbianas y para aclararnos que no podíamos tener esos actos impuros entre nosotras. No podíamos ni rozarnos. ¡Pero si eran ellos quienes nos metían en cuartos de ocho camas sin que pudiéramos ver a un chico ni en pintura! Yo nunca me he sentido atraída por una chica, pero si ese año a alguna de mis compañeras le hubiese salido bigote, puede que me hubiera enamorado. Lo del internado era puro cinismo. Seguro que luego, mientras nosotras dormíamos, las *nurses* hacían la tijera en su celda.

Para colmo, allí hacía frío todo el rato. Yo soy la persona más friolera del universo conocido. Sí, una vasca friolera: sé que suena patético, pero a mí mi abuela me había criado desde la cuna con la estufa dándome calorcito. En mi casa me encantaba darme baños de agua caliente, pero allí solo tenían unas duchas ruinosas a las que se llegaba bajando unas gélidas escaleras enmoquetadas que más que al baño te transportaban a Narnia.

Lo cierto es que el internado tampoco es que fuera un gulag de Siberia. Allí no todo era malo. Siento nostalgia de la comida que nos daban. Los postres eran auténticas capas de calorías excusadas por ser dulces típicos de la región. Siempre hay que probar lo típico de la zona cuando se viaja y yo iba a tope con eso. En el comedor zampaba sin culpa, pero con ansia. Era el mejor momento del día junto al *prep*, que eran las tres horas obligatorias de estudio después de las clases. Me divertía todo estudiar y retarme a mí misma. Era tan empollona que, si me viera ahora, me daría una colleja. Creo que esa actitud venía motivada por una frase que me repetía constantemente mi madre: «Tu única responsabilidad es

estudiar y aprobar». Tenía demasiado respeto a mi madre, incluso miedo, pero luchaba porque se quitara ese escudo autoritario de madre a la que le ha tocado también ejercer de padre y que por fin me elogiara con besos y abrazos. Nunca pasó. Ni ha pasado hasta ahora.

Al final del año tenía que aprobar el Junior Certificate, un examen de repaso de ese y los dos cursos anteriores. Evidentemente, las pruebas eran en inglés y no eran sencillas, pero no era nada que no pudiera hacer Superempollona. Tengo que reconocer que mi madre llevaba razón. Aquel curso aprendí muchas cosas, mejoré mi inglés e incluso memoricé canciones en cantonés que me enseñaba mi amiga Steph —en realidad se llamaba Suit Gin— y que hoy por hoy sigo cantando en la ducha.

Lo que en ese momento me parecía un infierno ahora lo recuerdo como una de las mejores decisiones que tomó mi madre. Y, lo más importante, con tan solo trece años abrí la mente. Había cosas más importantes que ser o no nacionalista, o si mi nombre sonaba a pija españolaza. Fuera del País Vasco había mundo.

Cuando mis amigas y yo nos quitábamos el uniforme del internado era para vestirnos como pandilleras. La moda era la sudadera con choto (así llamamos al gorro en el País Vasco) con palabras estampadas, como «sex» o «drugs». Enalteciendo algo que no sabíamos ni lo que era. Si hubiera sido sincera, en mi sudadera tendría que haber puesto: «desserts» o «chocolate». Recuerdo que vestíamos como *knackers*.

Los *knackers,* pese a sonar a chocolatinas, eran niños y niñas de quince o dieciséis años que vestían en chándal, iban repletos de oros y, en el caso de ellas, siempre empujaban carritos de bebé porque se habían quedado embarazadas con doce. Si las veías de lejos podías llegar a pensar, por su edad, que en el carro llevaban un Baby Born en lugar de un crío de verdad. Eran bastante peligrosos. Tenían su propia seña de identidad: sobrevivían con ayudas del Gobierno y las complementaban con narcotráfico o cualquier ilegalidad.

Ahora, pensando en ellas con perspectiva, me llama la atención que no abortaran. Pero, claro, si lo hacían no cobraban las

ayudas. También es posible que tuviera que ver con que en Irlanda el aborto no ha sido legal hasta 2018 y no suena muy seguro que te practique un aborto tu novio de catorce años con una percha y una palangana como único instrumental. Tras los años, no puedo evitar sentir admiración por esas chicas que eran capaces de cuidar de todos esos retoños puestas de pegamento y siendo menores de edad, mientras que yo no paro de leer libros para intentar aprender a ser una buena madre antes de dar a luz.

Busco en Amazon más libros sobre ser mamá. Quizá, si los compro todos, todo vaya bien. Tengo que dejar de mirar el móvil porque no me encuentro bien. Otra mañana más mareada y con vómitos.

Estar embarazada es como tener resaca, pero la juerga te la corriste hace un mes. He vuelto con mi exnovio, así que supongo que ahora es mi *exexnovio*. Sí, sé que dije todo eso de que no es necesario volver con alguien cuando se va a tener un hijo, pero no es sencillo estar embarazada y confinada. Me siento sola y estoy a punto de volver a escribirle cartas a mi abuela con lágrimas en los márgenes.

Musco y yo hemos hablado y vamos a darnos otra oportunidad. Siento que todo va a ser diferente esta vez. Soy optimista y tengo motivos para ello; hasta en la ventana de enfrente el hijo de un vecino ha puesto el dibujo de un arcoíris con la frase: «Todo va a salir bien». Eso es una señal.

Llevaba un par de meses viviendo sola en un precioso piso en el centro de Madrid. Pensaba que mi vida iba a ser como en *Sexo en Nueva York*, pero, por lo que sea, va camino de parecerse más a *Padres forzosos*. No contaba con un embarazo y una pandemia. El piso es de Marta Hazas y Javier Veiga, y lo encontré gracias a Robert Bodegas, que es amigo de ambos. Esto carece de importancia, pero siempre lo cuento porque a la gente le encanta que las anécdotas estén adornadas con nombres de famosos. De hecho, yo conocía a Marta de antes. Fui su doble en el rodaje de unos capítulos de Velvet.

No me refiero a que fuera la especialista de las secuencias peligrosas, porque lo único que hacía era fingir que mecanografiaba tras un cristal traslúcido. No: las jornadas en que no contrataban a Marta, pero necesitaban que su silueta se viera tras la puerta de la oficina, me llamaban a mí. Mi único mérito era tener un peinado parecido al de ella. Puede que esos hayan sido, por ahora, los mayores éxitos de mi carrera como actriz: he sido la doble de Marta y he vivido en su expiso. Soy la Marta Hazas de marca blanca. Soy a Marta Hazas lo que Matt Damon a DiCaprio.

Pese a disponer de ese precioso piso, he vuelto a la casa que tenía con Musco para pasar el confinamiento. Así que ahora pago dos alquileres en el centro de Madrid. ¡Bien, Val, eres una genia de las finanzas! Además, con la pandemia no hay actuaciones y han parado *Zapeando*. No sé qué va a ser de mí, pero me da igual porque estamos bien. Esta noche veremos una peli mientras comemos una pizza… Me encanta la pizza.

Creo que voy a vomitar otra vez.

Aunque el comedor del internado era lo mejor, para comer cosas como la pizza había que salir. Por suerte, en Dublín seguía manteniendo mis dotes de escapista. Si queríamos disfrutar de un fin de semana de permiso era necesario que algún adulto de fuera nos firmase un salvoconducto. La tía guay de mi amiga Steph vivía en la ciudad y de vez en cuando la convencíamos para que plantase un autógrafo en una autorización oficial, liberándonos así durante un par de días. Ninguna reclusa molaba más que mi amiga Steph. Me enseñaba canciones de moda en chino, no era virgen, fumaba con quince y nos conseguía cartas para salir de la cárcel. ¡No se podía ser más guay!

En uno de esos permisos fuimos a una discoteca para menores de edad: la Wesley. Si alguien no ha estado nunca en una discoteca *light,* puede que se imagine un lugar donde los niños bailan canciones infantiles en un corro mientras comen gusanitos, pero aquello era un verdadero nido de vicio y perversión. Nos habían

dicho que allí todo el mundo ligaba. Por lo visto, si no te entraba ningún chico es que eras una especie de monstruo del averno. Yo no me sentía muy segura de mí misma y tenía miedo de que ningún chico me encontrara atractiva.

La sociedad hace que las niñas se empiecen a medir muy pronto según los chicos que pueden atraer. Ahora mi valor lo mide la nota media de mi espectáculo en la mítica web Atrápalo, que todos los cómicos vamos actualizando después de un buen bolo, pero entonces sentía que valía lo que los chicos opinaran de mí. Si hubiera existido entonces un Atrápalo de *sex appeal* para puntuarme, me habría tocado leer críticas en plan: «Le pongo un cuatro raspado. Tiene acné y no es muy alta, pero por lo menos no lleva gafas ni aparato».

Nada más entrar, descubrimos que el lugar era una versión de Sodoma y Gomorra para menores de edad. En la pista, estábamos rodeadas de sofás en los que los chicos y las chicas se sentaban para besarse y hacer lo que llamaban *fingers* (cuando digo *fingers* no me refiero a empanar pollo, hablo de lo otro…, de hacer *palitos de merluza*). Era como la escena de la orgía de *Eyes Wide Shut,* pero con adolescentes con la ropa puesta y Craig David sonando de fondo.

Solo tenía catorce años, así que me impresionó mucho. La manera de ligar en aquel lugar era que un chico se te acercaba por detrás y te daba un toquecito en el hombro. Si te gustaba, te liabas con él. ¿Existe un método mejor para encontrar a tu alma gemela?

Aquella noche, poco a poco, mis amigas fueron desapareciendo. Era como el juego de las sillas. A todas las iban tocando por la espalda y todas se iban con su pareja, pero yo seguía sola en medio de la pista con miedo de que parase la música y no haber pillado. Por fin noté que alguien me tocaba el hombro. Ni lo pensé un segundo. Me giré y empecé a besarme con ese desconocido sin fijarme en él. Todo estaba oscuro y yo estaba muy nerviosa. Además, había leído en la *Súper Pop* que cuando te besas con alguien hay que cerrar los ojos todo el rato. Solo nos dimos unos besos con lengua durante unos minutos. Hice lo que la revista denominaba *el helicóptero*. Era la primera vez que me liaba con

alguien de esa manera.

Tras enrollarnos fui al baño y, al mirarme en el espejo, descubrí que tenía la cara totalmente roja. Ese chico me había hecho un *peeling* facial con la barba. ¿Cómo podía tener ya tanta barba alguien en ese lugar para menores? ¡¿Es que me había liado con el portero de la discoteca o qué mierda estaba pasando?! Bueno, por lo menos no volvía al internado de vacío. No me sentía inferior a mis compañeras y, por alguna extraña razón, aquello era importante para mí. Es patético necesitar gustar a los demás para gustarte a ti misma, pero supongo que es algo que hemos sentido todos durante nuestra vida… y que de vez en cuando nos toca volver a sentir de nuevo. El oficio de cómica de *stand up* tiene algo de intentar agradar a un montón de desconocidos cada noche para no sentir asco de ti misma al volver a casa.

Después de ese *affair* no me perdí y al final de curso conseguí sacar muy buenas notas en el Junior Certificate. Mi madre, como premio, me dijo que debía quedarme un año más para seguir aprendiendo inglés.

En realidad, también me dio la opción de volver a Bilbao siempre que me matriculara en el prestigioso Colegio Americano. Yo conocía a la gente de ese colegio. Había tenido discusiones de pijas malotas (sin gritar ni tirones de pelo) con las alumnas en más de una ocasión y había metido fichas a todos los tíos de esa clase, pero por entonces pensaba que no había nada peor que quedarse en el internado de Irlanda, así que al año siguiente regresé a Getxo y me tocó volver a ser la nueva de clase, pero esa vez mientras cuchicheaban de mí en grupitos. Estaba acostumbrada a ganarme a la gente en un tiempo récord, pero esa vez era diferente: les caía fatal.

Me odiaba toda la clase, pero la comedia inconsciente jugó a mi favor. Cuando llegó la víspera de Halloween el profesor de química, Mr. Cohen, dijo que si al día siguiente íbamos disfrazados nos pondría matrícula de honor. Como nadie me hablaba, no pude contrastar la información. Yo era adicta a sacar buenas notas, así que llegué a casa y empecé a buscar un disfraz en el baúl de los recuerdos para ganarme esa matrícula. Solo encontré uno de

Blancanieves que me quedaba a presión y unas babuchas de un disfraz de india. Posiblemente ese calzado étnico hoy en día se consideraría ofensivo por apropiación cultural, pero viendo cómo me quedaba el vestido, las babuchas eran el menor de mis problemas.

En la parada del bus nadie iba disfrazado, todos me miraban. Allí me encontré con mi amiga Lupe, que, al verme, soltó una carcajada y me preguntó si estaba segura de ir así. Yo pensaba que iba a ser llegar al colegio y entrar en Eurodisney, pero cuando vi a toda mi clase vestida normal casi me da un ataque. El profesor había insinuado que fueran un poco diferentes, así que los alumnos habían ido con algunos complementos originales como una corbata o una goma del pelo fucsia. Nada comparado con mi atuendo de cuerpo de Blancanieves y pies de Aladdín. Me pasé todo el día vestida con ese disfraz talla XS. Realmente el verbo correcto no sería *vestida,* sino *embutida,* ya que mi afición por los postres irlandeses había contribuido a que ese vestido estuviera a punto de explotar. Salir a la pizarra a resolver una ecuación vestida como una vendedora de globos del Retiro es toda una experiencia. Era tan ridícula la situación que les hizo mucha gracia a todos y me los terminé ganando.

Así que, en definitiva, no me costó mucho hacer amigas y amigos nuevos. Recalco lo de *amigos* porque después de pasar un año con el reparto de *El cuento de la criada* era agradable volver a relacionarme también con chicos, aunque pensaran que era un puto personaje.

Sé que es un tópico de libro, pero durante mi adolescencia me fijé siempre en los chicos que pasaban más de mí. Me iban los tíos malotes que me ignoraban y me daban mala vida. El complejo de Electra es buscar hombres que te recuerden a tu padre y el mío había pasado bastante de mí. Y yo no tenía complejo de Electra: era la puta reencarnación de Electra.

Mi familia paterna era una familia bien con un apellido famoso en Bilbao (López-Tapia, ¡sorpresa, no me apellido Ros!). Mi familia materna era prácticamente lo mismo. Mi madre y mi padre eran del mismo círculo. Algo chapados a la antigua, de derechas y,

pese a que tampoco nos sobraba el dinero, teníamos que vivir como si fuéramos de clase media alta para no ensuciar el apellido. Mi abuela Begoña era, en este caso, la excepción que confirmaba la regla. Cuando estás en la edad del pavo te gusta sentir que vas a contracorriente, así que pese a lo que quería mi familia, yo me fijaba en chicos nacionalistas con pinta de montañeros fumetas y en surferos que parecían cortarse el pelo en un peluquero canino. Yo quería formar parte de ese mundo, aunque no siempre les gustaba yo tanto a ellos. Con quince años estaba colada de mi amigo Álex. Pasé mucho tiempo sufriendo por él, le acompañaba a las seis de la mañana para ver cómo estaba el mar. Ahí estaba yo a las seis de la mañana mirando las marejadas como si fuera una meteoróloga. Luego me quedaba a ver cómo surfeaba de ola en ola sin que él me mirara demasiado. Lo pasaba fatal intentando captar su atención, pero entendí que no podía competir con el mar. Tengo que estarle agradecida a Álex porque mi obsesión con él me salvó un día el culo.

Por entonces, yo ya no estaba tan centrada como cuando vivía en el internado y había empezado a fumar porros con mis colegas. Supongo que lo de los porros me venía desde bebé, ya que cuando se portaba mal mi tía pequeña, la castigaban con cuidar de mí. Así que me llevaba con sus amigos fumetas y yo me pasaba la tarde sin rechistar amodorrada por el humo de los canutos.

Un día, después de clase, un porro me sentó especialmente mal o especialmente bien, según se mire, y al llegar a casa de mi abuela me sentía totalmente ida y con los ojos inyectados en sangre. Como sabía que se notaba, me quedé mirándome en el espejo del portal inspeccionando cada centímetro de mi rostro. Cuando me di cuenta, mi abuela me gritaba para ver dónde estaba. Para mí habían pasado un par de segundos, pero llevaba ahí plantada quince minutazos analizándome los ojos como una perturbada. Así que nada más entrar en casa, me fui corriendo a mi cuarto. Corriendo, literal. Como si participase en los cien metros fumeta. No tenía mucho sentido nada de lo que estaba pasando. ¿Pero dónde está el sentido cuando crees que estás volando? Mi abuela me siguió y yo me puse el camisón mirando hacia la pared.

Se lo estaba dejando a huevo, aunque en mi cabeza era la táctica perfecta. Se acercó a mí y me dijo: «Mírame». Ella me repasó de arriba abajo y se fue sin decir palabra. Yo estaba jodida, pero dormí como una reina.

Al día siguiente se mascaba el drama, pero en ese momento se me ocurrió una genialidad, fui a su cuarto y le dije:

—Abu, deberías de saber que ayer tenía los ojos así porque llevaba toda la tarde llorando por Álex, pero no quería preocuparte.

Funcionó. Me había librado. Podía pasarme el día tirada en la cama recuperándome en lugar de estar castigada mientras a mi abuela le reconcomía la conciencia por su falta de sensibilidad. Cada día estaba más cerca de llegar a ser una gran actriz dramática. Era la Meryl Streep de Getxo. Mi vida era una actuación constante. Hasta con mis amigos era una pija disfrazada de *borroka*.

Mi madre me dijo que estudiara una carrera en condiciones antes de dedicarme plenamente al arte dramático, que es el típico consejo que te dan cuando no dan ni un duro por tus dotes artísticas. Yo busqué lo que más se acercara y me inscribí en Comunicación Audiovisual. En ese momento, quería ver mundo…, bueno, quería juerga, así que convencí a mi madre para que me dejara estudiar en Salamanca. Yo lo único que sabía era que allí había muchísima fiesta.

Al llegar, la primera frase que aprendí fue: «En Salamanca, la que no es puta es manca». Menos mal que mi madre no había escuchado ese eslogan tan feminista, porque habría sido capaz de partirme el brazo para que no pensaran mal de mí. En lugar de eso, me metieron en un colegio mayor mixto. Por fin mi sueño se había hecho realidad. Todo era guay, aunque nada más llegar no podía dejar de llorar.

Había dejado atrás a mi cuadrilla, mis fiestas en el Purgatorio (un zulo de Berango de veinte metros cuadrados) y, sobre todo, había dejado a ese grupo de *surfers* que me volvían loca y con los que ahora solo podría hablar por MSN. Sentía que Getxo me definía como persona, así que, durante el primer año de

universidad, cogí todos los viernes un bus de cinco horas y media para luego volver a Salamanca el domingo de noche y que nadie supiera que era una emigrante en tierras charras. ¡Ay, Salamanca! ¡Qué puto frío!

El gel está helado. La ginecóloga me extiende ese pringue por la barriga antes de empezar. Parece un lefazo de hipopótamo.

En teoría, a las diecisiete semanas se empieza a ver algo más. Las ecografías ya van por las 5D, nada menos, que, si se entera Miguel Bosé que además del 5G tenemos ya el 5D, le da un parraque. Aunque, ahora que lo pienso, no creo que Miguel haya ido a muchas ecografías, él es más de comprar el niño ya terminado.

Aunque cada vez sean más modernas las ecografías, yo no veo una mierda. Miro a la pantalla como el que mira un cuadro abstracto en el Reina Sofía. La señora del ecógrafo me dice que no se ve mucho al feto porque es tímido. Por lo visto se tapa la cara con los brazos, pero yo no lo veo raro: tampoco va a estar ahí posando para un *selfie*. Me molesta un poco, eso sí, porque ya he pagado una pasta para conseguir ver algo. Creo que si tienes alguna duda de quién es el padre, la ecografía debería ser el momento perfecto para identificarlo. Te puedes llevar el *¿Quién es quién?* con todos los que te has tirado en los últimos meses e ir preguntando a la ginecóloga para descartar: «¿Es rubio? ¿Tiene gafas? ¿Es negro?…». De pronto, la señora ve algo:

—Mira. ¿Ves esas rayitas? Son los labios y el clítoris. ¡Es una niña!

¿Los labios y el clítoris? ¿Con cuatro meses de gestación? ¡Si yo tardé en encontrarme el clítoris quince años! ¡Qué va a ser tímida, esta niña es un zorrón!

Ahora parece que empiezo a ver algo. Me acuerdo de un chiste del cómico cántabro Chema Zavala, que dice que las ecografías son como cuando enciendes la luz del horno para ver cómo va el pollo. Sonrío. Es raro ver por primera vez a tu hija por

una pantalla. Antes de conocerla en persona te enseñan a tu bebé por *stories*. Supongo que a ella también le va a tocar verme por la televisión más de una vez.

Zapeando ha vuelto y ahora salgo en la mesa varias veces por semana. Antes solo tenía una sección semanal, así que parece que mi carrera va mejor pese al embarazo. Puede ser que confíen en mi talento o que sea porque ya estoy de cuatro meses y soy la que tiene más tetas del programa. Me dan ganas de pedirle a la ginecóloga que me mire las tetas también, no vaya a ser que lleve ahí a otros dos críos y al final sean trillizos. Voy a aprovechar estas mamas en el programa mientras pueda: «Los escotes para mí. ¡Qué Ana Simón ni qué nada! ¡Si esa es plana!».

También he leído por ahí que el parto puede causar vista cansada. ¿Es posible que después de parir mi bebé me destroce la figura y la vista? Trabajo en un sitio donde tengo que estar buena y leer chistes de una pantalla… ¿El propio fruto de mi vientre va a hacer que me despidan? Espero que no.

Estos días todo va arrancando lentamente tras tres meses de confinamiento. La gente decía que saldríamos mejores, pero yo no estoy segura. Hay días que me quedo en mi apartamento porque Musco me dice que está liado y que no hace falta que vaya para allá a dormir. Sé que ahora que se puede salir hay días que él prefiere quedar con sus amigos para ir de fiesta a estar conmigo. Estarán tomando copas en nuestra casa. Lo sé, porque yo inventé ese truco. Me está haciendo lo mismo que les hacía yo a mi madre y a mi abuela, pero yo no puedo aparecer y darle un bofetón que lo mande a Irlanda. Quiero que esté aquí, junto a mí.

Los cómicos decimos que no se puede competir con la comida. Cuando llegas a un bolo y todo el mundo está cenando, sabes que va a ir mal. No se puede competir con la comida. No se puede ser más gracioso que una ración de croquetas. Esa gente no te va a escuchar porque están calculando a cuántos calamares tocan por persona y están pendientes de que les sirvan otra botella de vino. Eso me pasa a mí con Musco.

A él le gusta salir de juerga con sus amigos. Prefiere eso a estar conmigo, y no puedo competir con la comida. Estoy

embarazada y enfadada porque necesito que estén todo el rato conmigo. Me enfado con Dios y con la naturaleza porque siento que tengo que cargar yo sola con esto. Es un machismo biológico. Envidio a los caballitos de mar: el macho lleva los huevos mientras la hembra se va por ahí a bucear… o a trotar, o lo que sea que hagan las caballitas de mar. Luego recuerdo que los hombres tienen menos esperanza de vida y pienso: *touché*.

Sé que no es fácil para él cambiar de vida de un día para otro. Yo estoy intentando dejar de fumar. Me he leído *Dejar de fumar es fácil si sabes cómo* tres veces y todavía no sé cómo dejarlo. También he ido a acupuntura y solo me falta probar el láser. He llegado a estar seis días sin fumar, pero el otro día tuvimos una pelea y terminé en un estanco de la Gran Vía a las cuatro de la mañana. Menuda estampa. Una embarazada con capucha haciendo cola en un estanco de madrugada. Si algo bueno tiene vivir en el centro es que puedes joderte la vida a cualquier hora del día o de la noche. Siempre puedo decir que aquello era un antojo de madrugada. Llevo muchos años maltratándome y ahora de golpe tengo que dejarlo todo por alguien a quien todavía no conozco en persona.

Bueno, ahora he visto por una pantalla a mi hija. Tengo que intentar dejar de fumar como sea, pero no es fácil competir con la comida.

El remordimiento de culpa es continuo. Me aterra que al bebé le pase algo por una puta adicción que no controlo. Leo chats de madres a las que les pasa lo mismo que a mí, pero no saco mucho en claro. Pregunto a la ginecóloga y me dice que debo dejarlo, pero no la veo muy preocupada y eso me alivia un poco. En el trabajo me escondo de la gente y si me pillaban dando unas caladas, me sueltan un discurso que a estas alturas ya conozco de memoria. Sé que estoy haciendo mal, pero no me machaques, porque no me veo capaz de pararlo y estoy sufriendo. Empezar a fumar es un error tremendo. No hay peor vicio, más esclavo y sin sentido que dar caladas a un humo tóxico que te mata despacio.

Vuelvo a casa contenta. Me gusta la idea de tener una niña creciendo dentro de mí.

Musco ha quedado para tomar algo. Podría quedarse

conmigo. Entonces comeríamos pizza, aunque estoy harta de pizza, y veríamos alguna película. Nunca me apetece ver las películas que le gustan a él y él nunca quiere ver las que a mí me gustan. Al final elegimos una que no nos gusta a ninguno de los dos para quedar en empate. Musco se va a una terraza con unos amigos, pero yo paso.

Los políticos llaman a este momento *nueva normalidad.* Utilizan ese término para referirse a que ahora algo ha cambiado para siempre, aunque todo va a ser como antes gradualmente. En nuestro caso es verdad. Todo ha cambiado en nuestras vidas, pero poco a poco estamos volviendo a ser como éramos antes. Nuestra nueva normalidad se parece demasiado a la antigua normalidad que terminó separándonos.

3

Money, money

«Tienes que perder peso.» No es la primera vez que me dicen esa frase en mi vida, pero es la primera vez que se la escucho a alguien que se ha molestado en sacarse una carrera para poder decírmelo con propiedad. Cuando era niña, mi madre y mi tía siempre controlaban mi peso como si fuese una joven gimnasta de la Unión Soviética. Supongo que por eso engordé tanto cuando vivía en el internado de Dublín: allí no había nadie para sumar las calorías de los postres.

Sé que no es nada especial que tu madre y tu tía se pasen tu infancia diciéndote que adelgaces para que no termines pareciendo una foca. Sé que la mayoría de las mujeres comenzamos a preocuparnos por el peso y la comida cuando todavía nuestra única preocupación gastronómica debería ser la de hacer té con pastas para nuestros peluches.

Las mujeres nos acomplejamos unas a otras, generación tras generación: «Hija, mi abuela acomplejó a mi madre, ella me acomplejó a mí y ahora tu tía y yo vamos a acomplejarte hasta que sientas asco de ti misma. Es una tradición que dura miles de años en nuestra familia y, algún día, tú acomplejarás a tu hija».

Yo siempre me sentía insegura con mi peso y todavía hoy, cuando cojo unos kilos, mi confianza se ve mermada. Mi peso es inversamente proporcional a mi amor propio. A veces me he puesto a temblar ante la idea de quitarme la ropa delante de un hombre que me gustaba. Ellos, sin embargo, sonríen seguros de sí mismos sin entender nada de lo que ocurre, porque han crecido en una familia que les ha dicho que las barrigas en los hombres son sexis o que lo que le cuelgan no son tetas, sino imponentes pectorales.

La doctora tiene razón. He engordado bastante rápido. Es

difícil no coger peso en una situación así. He estado embarazada durante un confinamiento, mientras intentaba dejar de fumar: la tormenta perfecta. Durante el tiempo que estuvimos encerrados, lo más parecido al deporte que hice fue caminar del sofá al baño para vaciar la vejiga. Además, la ansiedad de estar aislada del mundo exterior e intentar fumar lo menos posible me ha hecho comer dulces como si fuera Russel Crowe entre rodajes. Para rematar, está el pequeño detalle de que un ser humano está creciendo en mi interior, cosa que hace que termines cogiendo bastante peso de forma rápida.

Creo que llevo teniendo antojos desde el primer día. Me acojo a ello para comer lo que me salga de los ovarios cuando me salga de los ovarios. ¿Quién dijo que no se puede comer bollería industrial para cenar? ¿Por qué no voy a poder mojar churros en el zumo de naranja? «Señor juez, me vi obligada a hacer el alunizaje en la pastelería a las cuatro de la madrugada porque tenía un antojo… ¡Estoy embarazada! ¡Inmunidad diplomática!»

Me apetece comer cualquier tipo de guarrerías todo el rato. Todos hemos visto al típico niño que no para de echar chucherías al carro de la compra como un demente puesto de azúcar. Pues yo soy el carro. Este bebé quiere meter toda esa comida en mi cuerpo hasta que estalle. «¿No has estado fumando tú, perra? Pues yo voy a matarte con una indigestión de chuches.»

—Valeria, es importante que te cuides, ya no por ti, es que un exceso de peso puede ser peligroso para el bebé.

Mierda, la doctora ha vuelto a jugar la carta de «es por el bebé». Dejé de beber el mismo día que supe que estaba embarazada, estoy intentando dejar de fumar con todas mis fuerzas y ahora también tengo que dejar los alimentos procesados. ¡Dios santo, esta es la prueba más dura que le has puesto nunca a nadie! Mis amigas me animan y me dicen que si millones de personas han podido ser madres yo también puedo hacerlo. Dicen que es como el examen de conducir, que hasta los más inútiles lo tienen. Lo que no saben es que yo el práctico me lo saqué a la quinta y nunca conduzco. Tengo un pánico patológico a conducir.

Sacarme el carné fue un infierno. Tuve un profesor de

autoescuela en Salamanca que intentaba ligar conmigo y pasaba de enseñarme nada, y no conseguí aprobar hasta que lo intenté en Bilbao. En los exámenes me pasó de todo: el día con más nieve del año, se me cruzó un perro en una rotonda… Todo eran señales para que no condujese. Ahora tengo carné, pero no cojo el coche para nada. Varias veces he tenido que pillar la primera salida de la autopista porque se me ha empezado a nublar la vista o porque me ha dado un ataque de pánico y pensaba que me iba a matar en la próxima curva. Una vez en un rodaje tuve que conducir dando vueltas a la puerta de Alcalá y para mí fue como rodar *Fast and Furious 12*. Lo pasé fatal.

Hace unos días estaba subiendo las escaleras de casa y tuve que parar en el descansillo del segundo piso para llorar. No podía más. ¡Qué duro es ser gordo! Lo normal suele ser volverse gorda de forma gradual. Es una cosa que ocurre poco a poco, como cuando la gente se vuelve de derechas. Van pasando años y cuando te quieres dar cuenta has pasado de tener una camiseta del Che a votar a Vox. Con el peso suele pasar lo mismo. Van subiendo kilo a kilo hasta que se dan cuenta de que ya no se ven los pies; pero yo he engordado de golpe. Es como una de esas pelis de Disney de «devuélveme mi cuerpo». Una noche sales por ahí, te chocas con un gordo a medianoche, pasa una estrella fugaz y ¡zas! A la mañana siguiente eres gorda. *Obesa por sorpresa* sería el título de mi película.

Para ponerlo todo más difícil, casi todos los gimnasios están cerrados o con restricciones. La gente durante el confinamiento se apañó con vídeos de YouTube para hacer gimnasia con ayuda de una escoba, pero creo que yo necesito asesoramiento profesional. En *Zapeando* un día tienen la idea de que me dé consejos Pilar Rubio sobre ponerse en forma en el embarazo. ¡Consejos de ella, que está casi más buena preñada que de normal! Escucho durante el programa lo que tiene que decirme, pero me siento como un monstruo de feria. Ella nada más parir siempre parece una diosa. ¡¿Cómo lo hace?!

Busco en Internet gimnasios para embarazadas y descubro que hay uno que da clases *online*. Los llamo y me atiende una chica

muy amable que me mete en un grupo de entrenamiento. Al descubrir que soy medio conocida, se ofrecen a hacerme una buena oferta si los ayudo con la promo y yo accedo encantada. Lo que sea por ahorrar unos euros para que en un futuro mi hija pueda aprender inglés en Irlanda y yo pueda seguir teniendo Netflix sin compartirlo con nadie.

Ahora todo es *online*. Como siga así la cosa me va a tocar parir por Zoom. Ojo, que yo estoy a favor del parto natural en casa… si eres una gata. Una gata se apaña con unos cartones debajo de la mesa de la cocina, pero yo soy de la opinión de que las humanas solemos necesitar un hospital. En *Zapeando* también hemos estado un tiempo haciendo el programa con Zoom. Me he sentido como una *youtuber*. En poco tiempo hemos pasado de poner un pósit a las *webcams* para que no nos espíen los rusos a comunicarnos con todo el mundo a través de ese agujerito.

Cuando comienza la clase del gimnasio *online,* veo que están la profesora, unas cuantas preñadas como yo y algunas otras mujeres que, a juzgar por su tipín, no parecen tener un bebé en su interior. Supongo que son mujeres a las que les gustan estos ejercicios, pero a mí me parecen unas hijas de puta que están ahí para reírse de nosotras y para recochinearse de lo buenas que están. Tiene sentido que entrenemos juntas, ya que para el gimnasio es un poco más rentable el mezclar a futuras mamás con mujeres que no están en estado. Pienso que, si el objetivo es ganar más dinero, ya puestos también podrían invitar a algunos pervertidos a que nos vean hacer los ejercicios mientras se masturban en una esquinita de la pantalla (previo pago de una cuota *premium*). Todo el mundo sabe que hay mucho salido al que le encantan las embarazadas. Incluso hay una categoría de porno de preñadas. ¿Quién iba a imaginar que actriz porno era uno de los pocos trabajos en el que tu puesto no corre peligro por quedarte embarazada?

Pese a que los ejercicios no son muy complicados, yo me siento agotada nada más empezar. El programa es una especie de yoga mezclado con esos trucos que los cuidadores del zoo enseñan

a las focas amaestradas. Me estiro, me agacho, intento tocarme los pies… La profesora nos da muchas instrucciones internas, del estilo: «Abre el diafragma, respira con el estómago, contrae el suelo pélvico…». Tengo miedo de que me pida que mueva el bazo o que flexione el riñón derecho.

También practicamos *el abrazo al bebé,* que es meter la barriga todo lo que puedas hasta que la criatura no tenga casi espacio. Imagino que, cuando lo hago, mi niña se siente como en uno de esos minipisos que alquilan en el centro de Madrid y en los que la lavadora también cumple la función de cabecero de la cama. Debe de pensar que le ha tocado crecer en un vientre de alquiler, a juzgar por los metros cuadrados de los que dispone. Debería fijarme en la monitora todo el rato, pero no puedo evitar mirarme a mí misma en la pantalla cada diez segundos para ver si estoy guapa o si estoy hecha un desastre.

Cuando termina la sesión, no tengo ni idea de si lo he hecho bien, pero estoy cansada y se supone que eso es bueno para controlar mi peso. Me siento como si hubiera asistido al entrenamiento de un grupo de boinas verdes y no a una clase de premamás. La profesora es encantadora y me recomienda que compre una valoración del suelo pélvico, a lo que digo que sí. Desde que estoy preñada me venden de todo.

Una experta vendrá a mi casa para ponerle nota a mi suelo pélvico. Sí, ese trabajo existe. Una persona que va a domicilio para valorar el interior de las vaginas, como si fuera el Chicote de los suelos pélvicos.

Tras la clase, la música que ponen para los estiramientos es uno de esos discos de versiones instrumentales de clásicos del pop. Creo que se trata de una *cover* de una canción de Alejandro Sanz y, como siempre que escucho uno de sus temas, recuerdo mi época de la universidad.

Yo perdí la virginidad con Alejandro Sanz. No me refiero a que me tirara al famoso cantante, sino que la música que puso mi

novio de la universidad era de Alejandro Sanz. Rafa era un amor y pensó que sería romántico romperme el himen con el *Corazón partío* de fondo. Creo que fue mi único novio medio *normal* durante esos años. Después de él, todo fueron malotes.

En tercero comencé a salir con el traficante de la universidad, lo que hizo que estuviera bastante enganchada a los porros. Ese curso, decidí dejar Salamanca unos meses, e irme de Erasmus a Oulu (Finlandia). Odio el frío, pero hasta ese momento había vivido en Getxo, Dublín, Salamanca y Finlandia. Siguiendo esa progresión, lo lógico habría sido que me sacara un máster en el Polo Norte.

Finlandia da lo que promete: hace un frío de cojones, la gente es muy agradable y es muy difícil conseguir canutos. Tras años en Salamanca fumando porros como si los fuesen a prohibir (de hecho, supongo que estaba prohibido), llegué a Finlandia con el mono, pero ahí nadie tenía ni costo ni marihuana. Me pasé días preguntando y buscando algo que fumar en plan yonqui, hasta que conocí a un compañero de clase que tenía su propia plantación de maría.

Era el típico finés al que le gustaba relacionarse con extranjeros y enseñar las costumbres de su país. Nada más entrar nos obligó a quitarnos los zapatos, algo nuevo para mí. Así que mis compañeros de clase descubrieron en ese momento que yo era el tipo de persona que se pone dos calcetines totalmente diferentes. Si lo hubiera sabido, me habría esforzado por la mañana en encontrar un par iguales y no uno rosa de Hello Kitty y otro blanco con topos. Espero que pensaran que, igual que en Finlandia la gente se descalza al entrar en una casa, las de Bilbao llevamos los calcetines que nos sale del papo. Además, ¿qué más daba?, por fin iba a fumar hierba de verdad.

Con solo dos caladas flipamos. No recuerdo el nombre de aquel finés, y como para acordarme: tenía la marihuana más potente que había probado. Con la marihuana pasa como con los tomates, que cuando alguien te da uno de su huerta te das cuenta de que no has probado un tomate de verdad en tu vida y que llevas años comiendo la mierda que te venden en el súper del barrio.

Podríamos decir que este chico tenía maría ecológica y esa noche pillamos el mayor ciego de nuestras jóvenes vidas. Desde ahí no recuerdo mucho más de los siguientes seis meses, pero creo que hice todo lo que se debe hacer en un Erasmus: estudiar, conocer otra cultura, fumar y ponerle los cuernos a mi novio con otro chico. Espero que nadie me juzgue por ello, pero ir de Erasmus y no poner cuernos es como ir a París y no subir a la Torre Eiffel. Además, es más que posible que mi novio-*dealer* de entonces tampoco estuviera perdiendo el tiempo.

En la residencia de Oulu conocimos a estudiantes de todos los lados. Recuerdo que había mucho belga y un grupito de italianos que llegó más tarde. Era como el Eurovisión de los chulazos. Al llegar nos recibió Umar, un exótico estudiante de padre pakistaní y madre holandesa que era un buen personaje. Era divertido, contaba batallas de forma exagerada y las anécdotas siempre eran tan locas que parecían historias carcelarias del palo de haber presenciado un intento de asesinato. Su personalidad me cautivó y rápido noté que mi imán para los chicos problemáticos seguía en pleno funcionamiento. Entre fiestas alocadas y el suficiente alcohol para dormir a un elefante terminé liada con él, aunque pronto apareció un rollo obsesivo por su parte que me causó desconfianza.

Siempre dicen que los musulmanes tienden a ser algo posesivos con las mujeres, y en el caso de Umar se cumplía. No me sentía totalmente libre a su lado. Sus creencias religiosas tampoco afectaban demasiado a su comportamiento diario, pero había pequeños detalles que llamaban la atención. Algunas noches me despertaba de madrugada y le veía en el suelo rezando. Yo me hacía la dormida mientras le observaba. Los estereotipos son muy potentes y había visto demasiadas películas de sobremesa donde los terroristas suicidas rezan de madrugada el día antes de inmolarse en un McDonald's. Así que siempre me daba un poco de mal rollo ese momento y prefería engañarme y pensar que estaría murmurando buscando la zapatilla bajo la cama, que hacía su sesión de pilates nocturna o que era medio sonámbulo, en lugar de ver que estaba ahí rezando a las cuatro de la mañana como un

tarado.

Unos meses después, reconcomida por el cargo de conciencia de engañar a mi pareja de España y agobiada por la atención constante de Umar, decidí que era mejor que fuéramos solo amigos. Hoy por hoy seguimos manteniendo el contacto. Tiene gemelos y cada vez que me escribe me cuenta que su mujer está en la cárcel por narcotráfico. Sinceramente, no me creo una palabra, pero yo siempre atiendo a lo que me cuenta, porque sigue sabiendo narrar una buena historia. Las personas mentirosas compulsivas son las más divertidas del mundo: aunque sepa que no es real ni la mitad de lo que me sueltan, siempre disfruto de su literatura.

Al volver a Salamanca seguí con mi novio de entonces. Creo que los dos nos echábamos de menos después de tantos meses separados y decidimos irnos a vivir juntos siguiendo la inercia de nuestra relación. Era una cuestión práctica: así vivíamos cómodamente en pareja y yo ya no tenía que volverme loca para encontrar cannabis porque estaba viviendo con el camello del campus. No fui capaz de dejarlo con él hasta el último día de carrera.

Acabar una relación siempre me ha supuesto un conflicto enorme. La cobardía se apodera de mí incluso sabiendo que mis parejas tampoco están contentas. Los hombres heterosexuales son incapaces de romper sin una excusa de peso. Y esa excusa normalmente tiene nombre de mujer. Después de dejarlo con mi novio y la aventura con Umar, me prometí que mis relaciones con los malotes habían terminado. Me fui directa a Madrid a hacer un máster y a empezar una nueva vida, aunque de vez en cuando visitaba a mis amigas de la universidad que seguían disfrutando de la vida salmantina, y en uno de esos viajes me encontré con el rey de los chungos.

Estaba con mis amigas en el Clavel 8, un bar alternativo al que solíamos ir, cuando vi a un chico al que conocía por mi ex y del que había escuchado historias loquísimas. Fui directa a vacilarle porque vacilar al más pieza de Salamanca siempre es una buena idea. A veces soy como esos mosquitos que van hacia una trampa luminosa llenos de ilusión. Mi yo alocado aparece siempre

cuando estoy soltera y bebo demasiado. Desde ese momento me siguió durante mi ruta nocturna como si fuera su presa. Yo tomaba copas mientras él me observaba guardando la distancia y hablaba con la gente más turbia de cada local. Cuando cerramos la última discoteca me pidió el teléfono antes de irse.

Cuando un tío así te pide el teléfono no sabes si se refiere al número o al aparato. Por suerte se refería al número. Lo apuntó y después se piró. A los dos minutos estábamos saliendo de aquel antro mis amigas y yo cuando me llamó un número raro. Al cogerlo, una voz muy varonil me dijo:

—Nuestra primera llamada.

Típica frase canallita que, por supuesto, me conquistó.

Me dijo que se llamaba Ugo. Sin *h*. Era bonito pensar que sus padres iban tan de guais que le habían puesto ese exótico nombre, pero era más probable que cometieran una falta de ortografía al inscribirle en el registro civil. Fuera como fuese, ese nombre era una señal de alerta. En Ugo había algo raro que rechinaba nada más verlo. Algo que le faltaba o que no estaba en su sitio. Yo me lie con él y fui a su casa a las afueras de Salamanca. De camino, yo no podía dejar de pensar si estaba haciendo lo correcto, cuando de pronto paró el coche en medio de la autopista. Algo malo iba a pasar. Todo lo contrario. Me miró fijamente y me dio un pico. Claramente estaba como una chota, pero esa locura me divertía. Por suerte no nos embistió ningún vehículo y llegamos a su casa enteros.

Nunca había visto nada igual. Tenía una plantación de marihuana de película. Del baño venían unos potentes ladridos, porque allí tenía un dogo argentino que parecía no haber cenado esa noche. Ahí empecé a sentirme rara porque solo había visto lugares así en el programa *Callejeros*. Yo estaba tirada en el sofá y él no paraba de decir cosas raras andando de un lado para otro, y solo paraba para darme besos inesperados. Al día siguiente me llevó de vuelta a casa y mis amigas me montaron un buen pollo. Pensaban que tenía que estar loca para haberme ido con ese tío. Según ellas podía haber vuelto sin riñones.

Lo que nunca supieron es que más adelante fue a verme un fin

de semana a Madrid y que, además, me mandaba mensajes con poemas a diario. Cualquier tío que te mande poemas al segundo día es siempre un tío pereza y un intensito, aunque en este caso lo que le pasaba a Ugo era que estaba colgado. No volvimos a quedar. Unos años después me enteré de que había ido a casa de mi ex para decirle que había estado conmigo. Mi ex disimuló y le dijo que no había problema, porque cualquiera le decía otra cosa. Pero sé que le dolió, a un malote de medio pelo le duele que su exnovia se líe con un *real* malote. Posiblemente Ugo era otro pobre desgraciado perdido en este mundo como lo estamos todos. Para entonces empecé a preguntarme si yo no podría encapricharme nunca de un chico normal cuya mayor rareza es que le gusta la tortilla sin cebolla.

De todas formas, creo que nunca me he enamorado de estos tíos. Lo que más me gusta de ligar es llegar a casa y hacer la llamadita de rigor a mis amigas para contar todos los detalles y descojonarnos de cómo la he liado y de las cosas surrealistas que me han sucedido. Me divierte más la historia romántica que el propio romance. He tenido épocas de sequía y épocas en las que no era capaz de volver a casa sola después de salir de fiesta. Me entraba un bajón indescriptible. Lo peor era que cuando llegaba con uno a mi casa lo primero que hacía era ponerme el pijama, porque simplemente quería dormir acompañada. A muchos les importaba muy poco mi buzo de unicornio y se las ingeniaban para que terminase acostándome con ellos. Otros notaban las señales y se iban o dormían junto a mí de manera casta.

Nunca me ha gustado el sexo del todo porque estoy más pendiente de que la otra persona disfrute y que se vaya con buen sabor de boca que de mi propio placer. Literal. Me da vergüenza y siempre he estado muy acomplejada con mi cuerpo, así que lo primero que hacía era apagar la luz con la excusa de que no me concentraba. (¿Cómo van a encontrar así el punto G?) Reconozco que con mis relaciones de pareja al principio he disfrutado del sexo… Vamos, los tres primeros meses. También tuve una relación tóxica de casi dos años en la que lo único bueno era el sexo y el resto fue un infierno. A veces creo que la única vez que me lo he

pasado realmente bien en la cama fue esa excepcional mañana que gocé como nunca en una localidad del norte de Francia.

Cuando terminas la carrera de Comunicación Audiovisual te sientes sobradamente preparada para trabajar en el periódico de un colegio. Así que, como no tenía claro qué hacer con mi vida, decidí seguir dando vueltas por el mundo, a ver si, aunque fuera de casualidad, terminaba encontrando mi sitio. Un día me entró la paranoia de que tenía que aprender francés y decidí solicitar la beca Leonardo en busca de una productora francesa que acogiera a una recién licenciada española que solo sabía decir *bonjour* y ni siquiera sabía cómo se escribe. Lo más loco es que enseguida me contestaron de una productora pequeña de Dijon; sí, donde la mostaza (porque ahí solo hay mostaza): que me invitaban a trabajar como becaria de producción para eventos culturales y reportajes.

En una semana me vi en Dijon. Un reto nuevo se avecinaba y mientras llegaba en tren, sentía bullir todas esas endorfinas que se disparaban ante la posibilidad de volver a reinventarme. En la estación me esperaba mi nueva jefa, que había ido a recoger a su becaria como en el siglo XVII los señores acudían a recibir los barcos cargados de esclavos que llegaban a puerto en el Nuevo Mundo. Era de noche y yo estaba destrozada del viaje, pero eso no impidió que la señora se volviera jodidamente loca y me empezase a chillar de forma descontrolada. Yo no entendía ni papa, aunque, por el lenguaje gestual, no parecía contenta. Por suerte, ella había hecho muchos reportajes en Sudamérica y sí hablaba español. Tuvo la amabilidad de traducirme todos los insultos al castellano para que me quedase más claro lo que opinaba de mí. Parece ser que estaba tan acostumbrada a reclutar becarios de todas las partes del mundo de forma automática que ni se había parado a leer mi currículum y por eso no sabía que yo no hablaba francés. Estaba volviéndose loca porque le había tocado el esclavo más tullido y flacucho de todo el barco.

Pactamos que los primeros días me quedaría en su casa hasta que encontrara una habitación para alquilar. Mi nueva dueña vivía en una especie de palacio con una torre y yo dormía en la cúpula

donde hacía un frío horrible. De nuevo el frío como compañero de viaje. Me sentía como una mezcla entre Rapunzel y el Jorobado de Notre Dame encerrada en el campanario de la torre. Si hubiese tenido el pelo largo, lo habría lanzado por la ventana esperando a que cualquier príncipe me salvara de esa situación, pero acababa de cortármelo. Es lo que tienen los cambios vitales, que siempre te cortas el pelo como para pasar de etapa, pero nunca sabes cuándo vas a necesitar el poder de tu melena.

Creo que nunca he aprendido un idioma tan rápido en mi vida. Anne Bramard, que era como se llamaba mi señora, me dictaba los *emails* que tenía que mandar a sus suscriptores. ¡Me dictaba en voz alta palabras que nunca había escuchado y que no sabía ni qué significaban! Si escribía mal lo dictado, me montaba el pollo. Entre el miedo que me daban los exámenes diarios de esa mujer y que me pasaba las noches escuchando rap francés mientras leía las letras en el ordenador, aprendí el idioma en un tiempo récord.

Cansada de pasarme el día llorando en la torre de Rapunzel, un día decidí ir a tomar una caña a una tasca y allí conocí a un grupo de gabachos que me invitaron a beber con ellos. Estaban emocionados por encontrar a una doncella hispana perdida y bañada de mostaza que se había atrevido a escapar de una bruja para salir sola en busca de algo de compañía. Uno de ellos sabía un poco de castellano porque su madre era de Granada, así que me los gané rápidamente. Me adoptaron y me invitaron a ir con ellos todos los días después del trabajo a una zona rural donde se bañaban con cubos de agua y vivían rodeados de vacas y perros. Íbamos juntos a pasear un millón de perros que tenían adoptados. A veces dudaba de si les caía bien o simplemente necesitaban más manos para sacar a todos sus chuchillos. Cada tarde me enganchaban cuatro correas con perros que tiraban como locos. Ellos me sacaban a pasear a mí y yo solo tenía que tener cuidado de no desmembrarme. La estampa era algo pintoresca: un grupo de gente sacando a cien perros por el pueblo como si estuviéramos buscando a una niña desaparecida en el bosque.

Hay que reconocer que el lugar donde vivían recordaba

vagamente a la granja de los Manson, pero yo seguía acudiendo allí con la esperanza de liarme con el granadino y dar algo de vidilla a mi día a día. Aunque era más raro que un perro verde (y eso que él tenía un perro algo verdoso o mohoso), yo solo esperaba que estuviera un poco más cuerdo que el propio Charles Manson.

Nos sentábamos en el suelo y sacaban las flautas. Después me daban la canción del Che Guevara impresa en A4 para que cantara con ellos como si fuera un rito de iniciación, al que yo obedecía sin rechistar. Así eran mis tardes en Dijon: cantando himnos comunistas y paseando perros salvajes. Al final, el raro granadino cayó en mis redes. Nos liamos y, como apenas hablaba, al poco de meter su flauta decidió correrse dentro sin decir nada. Imbécil de mí por no usar protección con ese tío que me podía haber pegado el moquillo. Él no era imbécil, era un animal más de su granja. Durante mi aventura con esta cuadrilla el único gasto que tuve fue la píldora del día después. Todavía no había encontrado a mi príncipe azul francés que me hiciera llegar al éxtasis sexual.

Tras tomarme la pastilla, me fui a un pueblo en medio de la nada para hacer el reportaje: *La Musique et l'Alzheimer*. Nos instalamos una semana en una residencia con enfermos y nos llevamos una orquesta y a una profesora de tango argentina para mostrar cómo la música y el baile ayudan a recordar a los enfermos de alzhéimer. Fue una experiencia impresionante.

La profesora de tango me pareció la persona más increíble que había conocido. Nunca he sentido tanta admiración por alguien como por esa mujer. Quería ser ella. Era perfecta. Tenía tanta personalidad y daba tan buen rollo… Es lo más cerca que he estado de enamorarme de una mujer y hasta me llegué a plantear el irme a Buenos Aires a dar clases de sevillanas solo sabiendo el truquito de la manzana para ser como ella. Cuando volví a Dijon, empecé a salir por un local conocido por sus conciertos punkarras, los pogos y el *vin chaud*. Supongo que tenía morriña de mi tierra. Si en Euskadi nos encanta el *kalimotxo,* en Francia adoran el vino tinto caliente. Es una guarrada, pero yo me adapto a cualquier cosa con tal de seguir de fiesta. Bebía ese brebaje y me metía en los pogos para ver si fichaba algo interesante.

No me siento orgullosa de ello, pero siempre que estoy en un sitio de fiesta me tiene que gustar uno para no aburrirme. Aunque sean todos orcos, el menos orco será el objetivo de esa noche. Pese al meneo de pegarme bailando con hombres que me doblaban en altura y que podían vivir debajo de un puente, conseguí fichar a uno con gorra y pinta de misterioso. Me lo ligué y mientras volvíamos a casa caminando, se quitó la gorrita y salió disparada una cresta roja pasión como cuando abres una de esas cajas sorpresa que venden en las tiendas de artículos de broma. Treinta centímetros de cresta. Cuando mis amigas me decían que alguna vez se habían encontrado antes de liarse con un tío una sorpresa de treinta centímetros no me imaginaba esto.

La verdad es que no me importó demasiado. Me hizo hasta gracia, nunca me había liado con un punky real, como mucho algún *fake*. Y me divertía pensar en estar en la cama con él mientras me hacía cosquillas en los pies con la cresta. Además, era un tío muy guapo, alto y delgado. Qué tontería, nunca he visto un punki rellenito. También es verdad que la cresta estiliza. Es como nuestro tacón de aguja con pitillo negro. Antes de entrar en la humilde habitación de la residencia en la que vivía, decidí llevarle a la cocina donde nos reuníamos todos los convivientes para alargar un poco más el botellón. Recuerdo que un colega se acercó a mí y me dijo: «Ten cuidado con el bolso, que se ha colado un tío». Le contesté que era mi rollo y el chico flipó.

Al llegar a la habitación empecé a hacer cosas sin sentido porque estaba nerviosa, como tomarme el ansiolítico que en ese momento me había recomendado un doctor. El caso es que vi cómo se acercaba esa cresta cual gallo engorilado y me metió boca. Había visto la pastilla y supongo que pensaría que era LSD. Nunca me había besado con alguien de esa manera. Dos lenguas luchando por ingerir la pastilla. Él, porque se metía cualquier cosa; yo, para que no se durmiera con el Lexatín. Su lengua con tablas pudo más, así que en menos de diez minutos tenía a un punki roncando en mi cama. Al menos había contribuido a que durmiera por una noche en un sitio caliente. Y digo por una noche porque al ver esa estampa en mi cama sabía que no iba a volverle a ver nunca, y

pensándolo bien creo que por eso a la mañana siguiente disfruté tanto del sexo.

El no esperar nada después del polvo es la verdadera libertad sexual. Me dejé llevar y fue realmente liberador. Es increíble el sentir que nada te condiciona y poder ser egoísta por una vez en la vida. Lo mejor de follar con un punki es que no te va a juzgar ni se va a escandalizar por nada. No me imagino a un punkarra pensando: «Uy, se ha atrevido a soltar un gemido de ochenta decibelios, ¡menuda guarrilla!».

Cuando volví a España estaba igual de perdida en la vida, pero por lo menos había aprendido francés y había echado un buen polvo. En ese momento mi madre estaba saliendo con un tío que tenía un puestazo en una agencia de publicidad. Yo nunca me he llevado muy bien con sus novios, pero este tuvo el detalle de buscarme un currillo en la agencia y me tomé ese enchufe como mi premio por no haberme pegado con ninguna de las anteriores parejas de mi madre. Por otro lado, me tocaba vivir con ellos, lo cual era bastante incómodo. Dormía en la habitación que antes era de su hijo. A los hijos de él les iba muy bien en la vida y mi madre no paraba de compararme con la hija que era perfecta y había estudiado en Harvard. La verdad es que la chica era majísima, pero me resultaba muy molesto que mi madre me comparase con ella, sobre todo porque yo andaba un poco perdida en ese momento.

Por lo menos tenía un trabajo en Madrid, aunque fuera por enchufe. Podría ganar algo de pasta mientras seguía luchando por mi verdadera pasión: ser actriz. En esa época tuve la suerte de conseguir de carambola un par de becas de unos meses. Una, en Londres, donde estudié a Shakespeare, algo que ya habrá notado cualquiera que haya visto uno de mis monólogos en directo: tengo una gran influencia de su *Enrique V* en mis chistes de pollas. Y otra, en la New York Film Academy, para estudiar un curso de actuación ante la cámara. En Nueva York también aprendí lecciones más prácticas. Tenía un compañero afroamericano de acento cerrado al que apenas entendía, pero que siempre repetía «money, money», como una especie de mantra sobre «la búsqueda del dinero para alcanzar el éxito». Me pareció un buen consejo.

Volví a Madrid loca por utilizar lo aprendido en mis nuevos proyectos como actriz. Empecé a ir a muchos *castings*, pero en ninguno de ellos me llamaban. Ser actriz tiene mucho de eso. Inviertes dinero y tiempo en formarte, para que luego te digan que no te ven apropiada para anunciar un dentífrico porque mides dos centímetros menos de lo que buscaban. Cuando estuve más cerca de conseguir un trabajo de actriz fue para un anuncio de una ONG. Tenía que hacer de madre en el umbral de la pobreza y me tomé un calmante antes de entrar. Estaba bastante colocada, así que lo hice relajada y algo ida. Al director le pareció que lo había bordado, pero opinaba que era demasiado joven para el papel de madre arruinada. Se notaba que aquel tío nunca había visto a las *knackers* de Dublín con sus ejércitos de críos. Aunque no me cogieron, estaba satisfecha porque casi lo había logrado.

En ese momento descubrí que, por mis nervios, tiendo a autoboicotearme, ya que la mejor audición había sido en la que me había tomado un calmante para anestesiar mi personalidad y todas mis neuras. Desde entonces me acostumbré a tomar lexatines antes de las grandes citas. De esa forma no oía la voz en *off* que suele juzgarme y que me pone tan nerviosa. Años después, antes de salir en directo en *Zapeando* me metía un pirulazo y me sentía mucho más segura. Recuerdo que uno de mis primeros días en el programa, mientras comíamos, se me cayó un Lexatín delante de Anna Simón, que debió de pensar que era una drogata de cuidado.

En fin, eso ha terminado desde que estoy embarazada.

Ni benzodiacepinas, ni alcohol ni absolutamente nada de lo que me podía apetecer un día antes del notición. Pero lo más curioso es que no lo necesito. Las hormonas de la maternidad me están ayudando mucho a no necesitar nada del exterior para estar bien.

Miento, necesito incondicionalmente zumo de naranja. Mataría por un buen zumito exprimido a todas horas del día. Pero no por hacer mejor mi trabajo, sino por antojo. Qué maravilla de

recurso. Mi rol de madre es el de sana y adicta a los antioxidantes. De hecho, ahora me siento más segura que nunca en el trabajo. Tengo tantas preocupaciones reales que trabarme durante un chiste no me parece algo tan importante.

Desde que llevo a mi pequeña dentro de mí tengo menos nervios en la tele, aunque hay cosas que me siguen aterrando en la vida. Hoy va a venir una evaluadora de suelos pélvicos a casa de mi madre: planazo. Me siento realmente atacada ante la idea de que una mujer hurgue en mi interior mientras mi madre toma café con sus amigas en el salón contiguo.

Suena el timbre de la casa. Al abrir veo a una mujer muy sonriente que me sigue hasta mi habitación. Me pide que me desnude y me tumbe en la cama. Estoy incomodísima. Recuerdo cuando Rafa tuvo el detalle de ponerme Alejandro Sanz de fondo para que me relajara. La extraña me mete los dedos en la vagina y me pide que tosa. Toso bajito porque tengo miedo de que las amigas de mi madre me oigan y piensen que tengo covid. La experta me dice que tiene que hurgar en mi vagina para valorar mi suelo pélvico. He oído de todo, pero esta es la excusa más extraña que nunca me han dicho para meterse dentro de mí. No es muy agradable.

Al final me ocurre como cuando en el práctico de conducir se me cruzó un perro: suspenso. Mi suelo pélvico necesita fortalecerse si quiero ahorrarme problemas y tener un parto normal. Me dice que tengo que usar un tronquito para entrenar el suelo pélvico. Cada día tengo que subirme al tronco y hacer unos ejercicios.

Mientras estoy subida al puto tronco haciendo equilibrios, pienso que quizá todo esto del suelo pélvico es una estafa del patriarcado. Quizá es un complot de nuestros novios, que quieren que fortalezcamos el coño para que después del parto no les campanee la picha al metérnosla. Quieren que hagamos el *crossfit* del chocho mientras ellos no salen ni a correr.

La anécdota de la examinadora y toda esta loca teoría negacionista del suelo pélvico me hace mucha gracia, así que decido contarla en el programa de radio de esa semana. A Quequé también le divierte y se muere de la risa cuando se lo cuento en

directo. Para mejorar la escenografía, decido hacerlo encima del tronco. Me viene bien quitarle un poco de dramatismo a todo esto del embarazo y estoy segura de que a la gente también le va a divertir mi pantomima. Cuando termino el programa, me siento llena de adrenalina, como la primera vez que hice un monólogo.

Aquella primera actuación no fue algo planeado. Iba de camino a un *casting*, en minifalda, tirando de una maleta llena de modelitos para la prueba, y cruzaba uno de esos siniestros puentes que hay sobre la M-30 cuando vi que al otro lado un guaperas me sonreía. Era Carlos Librado (Nene), impreso en un cartel horriblemente diseñado con un texto que decía:

«CONCURSO DE MONÓLOGOS EN VILLALBA,
200 EUROS DE PREMIO.»

«Money, money…», pensé yo. Sin duda era una señal. Tenía que seguir el cartel como si fueran las baldosas amarillas que llevan a Oz. En el bar de Villalba estaba Nene, que hacía de presentador. Además de estar muy bueno, me pareció un tío de lo más simpático. El antro no parecía el Comedy Cellar, pero yo estaba allí para darlo todo. Mi actuación fue muy caótica. Conté algunas anécdotas, dije algunas bromas y chorradas, y sobre todo me dediqué a tirarle los trastos a Nene desde el escenario. Le dije de todo. La gente se reía ante la absurda escena. Aquello era divertido y, aunque estaba bastante nerviosa, no puedo negar que disfruté del *show*. Tantos años haciendo la payasa valían para algo.

Cuando Nene iba a decir quién era el ganador del concurso, pronunció mi nombre. No me lo podía creer. La pasta era mía y además la gente lo había pasado bien. No sonaba mal lo de ser cómica, aunque en el año 2015 pensar en ser cómica en España era más o menos como querer ser torero en Corea del Norte. No había muchos referentes femeninos en el mundo de los monólogos, pero,

pese a ello, me pareció una posibilidad a tener en cuenta. A la gente le encanta reír. Podría ser un trabajo guay. Hacer reír a la gente y que te lo agradezcan con muestras de cariño cada día me parecía algo entrañable.

«Ojalá te hagas pis encima el resto de tu vida, zorra.» Una fisioterapeuta me acaba de mandar ese mensaje privado a mi Instagram.

Parece que a la gente no le ha hecho tanta gracia mi sección en *La Lengua Moderna* como yo esperaba. Llevo varios días recibiendo insultos, amenazas y toda clase de burlas sobre mí por haberme metido con el suelo pélvico. Todo el mundo me odia. Es como si me persiguiera el ISIS por haber dibujado una caricatura de Mahoma.

«Espero que te mueras de dolor durante el parto», opina un señor que no he visto en mi vida. No debería leer estos comentarios y mensajes, pero no puedo evitarlo.

Las del gimnasio se han enfadado y me han dicho que ya no quieren mi ayuda ni que siga acudiendo a las clases. Les parece que con mis chistes ya les he hecho suficiente promoción. Mi teléfono no para de vibrar.

Me derrumbo y me pongo a llorar mientras los insultos no dejan de llegar.

4
El rechazo de la llamada

Tras mi primera actuación en un concurso de monólogos decidí hacerme cómica profesional, triunfé y gané millones de Euros al instante. Habría sido genial que hubiera sucedido así, pero no. Lo que realmente pasó es que dejé para más adelante la idea de probar en la comedia y me fui a Londres para perseguir mi gran sueño oculto: trabajar de camarera.

Durante la carrera de Comunicación Audiovisual no tienes muy claro para qué te estás preparando, pero, eso sí, hay ciertos conceptos que te repiten a diario como: *El viaje del héroe.* En clase de guion te explican, un millón de veces, que gran parte de las historias que conocemos encajan en un esquema de varios pasos que forman el viaje que recorren los héroes y las heroínas de algunos libros y películas. El segundo paso de esa ruta es *La llamada a la aventura* y el tercero es *El rechazo de la llamada.*

Se supone que en la mayoría de las historias sucede algo que hace las veces de una invitación a la aventura, pero el héroe suele negarse a adentrarse en ese nuevo mundo en un primer momento. Cuando la vida me invitó a ser cómica de una forma algo fortuita, yo rechacé la llamada y me fui a Londres. Muchas veces he hecho eso. El destino me manda un mensaje y yo lo dejo en visto. La vida me mete boca y yo le hago la cobra para enrollarme luego con el primer desgraciado que pasa. Quizá eso significa que soy toda una heroína.

Se dice que las actrices que no tienen éxito siempre terminan de camareras. Yo ni siquiera conseguía eso. Nunca pasaba el *casting* para trabajar en un bar. Así de lejos estaba de ser actriz. Era torpe con la bandeja, olvidaba los pedidos y la liaba en cualquier prueba que me pusieran. Llevaba años deseando trabajar de camarera porque temía a la soledad y me parecía un planazo el ponerte

mona para hablar con extraños mientras les servías unas copas, pero tenía que conformarme con trabajos en agencias de publicidad digital, que se suponía que eran un lugar mejor para trabajar, pero que después de dos horas allí lo único que hacías era calentar la silla. En Londres por fin pude cumplir mi anhelo y encontré un trabajo sirviendo comida y bebida en un bar. El negocio estaba dentro del O2. Una especie de estadio mezclado con un centro comercial donde se celebran los conciertos y eventos más multitudinarios de todo Londres. Una auténtica locura.

La única manera de sacar pasta de ese trabajo era conseguir buenas propinas. Todo dependía de currártelo mucho y del grupo al que te tocara atender. *Service charge* es como llaman los ingleses al porcentaje de la cuenta que los clientes pueden o no dejar como propina. Nosotros sacábamos la factura total con esta propina incluida y si no se paraban a revisar, se la comían. Mi estrategia era hablarles mientras pagaban y muchas veces funcionaba. Ese 10 % de más por mesa hacía que los camareros fuésemos excesivamente amables con los clientes e increíblemente desagradables entre nosotros. Aprendías rápido qué perfiles de cliente dejaban propinas y había auténticas batallas para servirles. Aprendimos, como animales en la selva, a oler al poderoso caballero, don Dinero. Si hacías una pausita o te ponías a charlar, te quedabas sin esa mesa que iba a darte una buena cena en pleno Soho.

Ese método sacaba lo peor de nosotros a todos los niveles. Por ejemplo, en Londres hay muchos indios y estos no suelen dejar propina, así que cuando entraba una familia india nadie iba a atenderlos y te empujaban para que te comieras tú ese marrón mientras ellos intentaban quedarse con algún grupo de forrados blanquitos de Chelsea a los que les sobrara la pasta y que dejarían una jugosa propina sin darse ni cuenta. En realidad, lo de discriminar a ciudadanos de otras razas de sus colonias es algo que se ha practicado en el Reino Unido desde hace siglos. Así que de alguna manera aquella segregación racial era casi un homenaje al Imperio británico. Quizá lo de Gandhi no era una huelga de hambre y simplemente nadie le daba de comer porque sabían que

como representante del pueblo indio no iba a dejar un s*ervice charge*.

Mi vida fuera del trabajo tampoco era muy lujosa. Si querías ahorrar en Londres, tenías que vivir a tomar viento del centro. Yo compartía un adosado cochambroso con seis personas más y una cama de 1,30 con mi amiga Jara. Puedo decir que jamás he tenido sexo con una chica, pero estuve ocho meses acostándome cada día con una de mis mejores amigas. Era eso o dormir en la bañera. Nuestro ocio se basaba en ir a dar vueltas al supermercado del barrio o emborracharnos en el George's. Un tugurio que teníamos al lado de casa y que siempre estaba lleno de alcohólicos terminales. Aquello era un *spoiler* diario que nos mostraba Londres sobre lo que puede hacerte una de las más notables capitales del mundo a la que le importas menos que una mierda.

Lo de la comedia no se me había ido del todo de la cabeza. Todavía me visualizo en nuestro salón transcribiendo los monólogos de Leo Harlem como si fuese un dictado del cole y leyéndolos una y otra vez para entender por qué era gracioso. Transcribía todo lo que decía Leo esperando aprender el idioma por arte de magia, como cuando Anne Bramard me dictaba sus *emails* en Dijon.

Un día decidí subirme a un escenario para probar material e invité a una pinta al único británico de nuestra casa para que me ayudara a hacer un monólogo en un inglés que se pudiera entender. No te das cuenta de lo poco que controlas un idioma hasta que intentas bromear en esa lengua. Un año de interna en Dublín y tres años en un colegio americano me dieron el carné teórico de bilingüe, pero, por desgracia (sobre todo para mi ego), no tenía aprobado el práctico. Investigué y encontré un garito donde se hacían *open mics*.

Candem Head era un local muy mítico en la zona de Angel en el que te dejaban probar material durante cinco minutos. Y cuando en Gran Bretaña dicen cinco minutos, son cinco minutos. No son los *cinco minutos* de España. El pollo que me montaron después de actuar me dejó traumatizada. Hice once… y sin apenas chistes. Pese a eso, no me vine abajo. Siempre me ha impresionado la

solemnidad con la que aguanto el fracaso. No sé si el público lo pasó bien, pero tenía un chiste en el que traducía que tenía el pepe rasurado como «rasurated». Evidentemente, esa palabra no existía, así que todo el mundo se rio cuando lo dije. La gente se partía de mí como cuando aparecí disfrazada de Blancanieves con babuchas en clase. Aprendí que a menudo la comedia no es lo que tú tenías planificado. A veces no se ríen de los chistes que tanto has pensado y sí de los errores que surgen. A veces, la comedia eres tú. Al día siguiente volví al O2 y a mi vida como camarera.

¡Por suerte, me llegó un correo de Dani Mateo para que volviera corriendo a España porque había pensado en mí para un posible nuevo programa de radio! Yo hice la maleta y me volví a Madrid, aunque el programa al final no salió ni era el Dani Mateo que todo el mundo cree. Se trataba de un chico con el mismo nombre al que me habían presentado antes de irme a Inglaterra y que también trabaja en el sector audiovisual. Aunque no saliera el trabajo al final, le estaré eternamente agradecida a Dani por rescatarme, porque al volver a Madrid fue cuando realmente empecé a intentar lo de ser cómica en serio.

Mis primeras actuaciones eran improvisaciones absurdas donde intentaba ser graciosa de manera intuitiva y donde le echaba más morro que técnica. Yo siempre he sido una empollona, así que pensé que si quería dedicarme a esto de hacer reír necesitaba estudiar. Decidí apuntarme a una academia de comedia para aprender algo más sobre el tema. Por aquel entonces, Luismi impartía un curso de monólogos en La Chocita del Loro que se llamaba *Cómicos Padawan*. Yo no he visto *La guerra de las galaxias,* así que tuve que buscar en Google qué narices significaba *padawan* para pillar el chiste del nombre. Pues sí que empezábamos bien el curso de comedia...

La verdad es que las clases fueron de mucha utilidad. Luismi es un cómico que lleva mucho tiempo actuando por todas partes y nos enseñó mil herramientas valiosas. Además, mis compañeros eran muy divertidos y era de gran ayuda compartir con ellos la experiencia de empezar en este nuevo mundo. Mientras estudiábamos, íbamos probando nuestros monólogos los domingos

en La Chocita del Loro que había en el barrio de Salamanca (que no se diga que no he actuado en La Chocita por ser mujer) y algunos días venían cómicos profesionales a darnos alguna *master class*. Recuerdo que un día vinieron Dani Piqueras e Iggy Rubín, que ahora son de mis mejores amigos en la comedia. Durante ese periodo empecé a ir también a los micros abiertos que había entonces, como los del Picnic, el Leka Leka o el Madrid Comedy Club. Allí conocí a muchos compañeros que me ayudaron desde el minuto uno sin dudarlo. Yo al principio no sabía escribir chistes, así que los admiraba a todos. Cualquier persona que escribiera chistes era alguien increíble para mí y en aquel momento esos genios eran mis colegas. Intentaba aprender de ellos y pasar todo el tiempo posible con cómicos para que se me pegara su talento.

Hoy por hoy, lo políticamente correcto es que diga que he luchado mucho como mujer para conseguir algo en el mundo de la comedia. Es verdad que, aunque he currado un montón y tengo la tranquilidad de que no me han regalado nada, me cuesta afirmar que lo haya tenido peor por ser mujer. Aunque en esto, como en cada página de este libro, obviamente, hablo de mí y nada más que de mí.

Cuando yo empecé no había muchas mujeres haciendo monólogos y parecía difícil llegar a conseguir algo en ese ambiente tan masculino. Muchos cavernícolas pensaban que las tías no teníamos ninguna gracia y que era absurdo que hiciéramos comedia, pero a la vez la sociedad estaba cambiando y era el momento perfecto para meterme a monologuista. Por primera vez había gente planteándose que tal vez hacía falta incorporar a nuevas cómicas, y justo entonces yo pasaba por allí. También he de decir que, al haber pocas cómicas novatas, muchos compañeros se fijaban en nosotras y se ofrecían para ayudarnos.

No soy tonta: sé que muchos de ellos tenían intereses más allá del puro altruismo. A algunos cómicos veteranos simplemente les gustaba la compañía de chicas jóvenes que los admiraban o incluso pretendían ligar con nosotras…, y algunas veces llegaban a conseguirlo. Muchos te adulaban constantemente y siempre estaban pendientes de ti a la vez que alimentaban tus

inseguridades para hacerte dependiente de ellos. Supongo que así se sienten los chicos guapos el primer día que llegan a la cárcel. En ese momento es útil que te presenten a gente, te avisen de los errores que cometes y te den consejos, así que yo me serví de todo eso para crecer y mejorar más rápido, pero sabía que muchos de ellos solo querían verme en pelotas.

Ahora soy consciente de que, aunque me fue útil esa especie de magnetismo novato de algunos compañeros hacia mí, he de decir que en este momento me respetan más que entonces. Ahora no me tiran los trastos, no me tratan con condescendencia ni me dicen que se van a pasar por mi casa a repasar mis chistes. Ahora me tratan como a una más. Quizá porque me he hecho amiga de muchos de ellos y me ven como otro de la pandilla, pero también porque he alcanzado cierto éxito y me respetan profesionalmente.

A lo mejor peco de ilusa, pero qué bien estaría que llegásemos a partir de ese respeto desde el primer día. Aunque yo qué sé, a lo mejor nada ha cambiado y es todo porque ahora hay nuevas cómicas más jóvenes a las que babear. La profesión nos ha hecho creer que solo puede quedar una y lo peor de todo es que muchas veces ha conseguido su objetivo: que sientas envidia o tengas pequeños *flashes* de negatividad cuando una compañera te dice que la han cogido en una prueba y a ti ni te ha sonado el teléfono. Quiero ser sincera: este sentimiento lo he tenido. Puede que menos a menudo que algunas compañeras, porque desde que empecé en este sector no he parado de trabajar, pero lo he tenido.

Creo que, hoy en día, gracias a nuestro esfuerzo por erradicar este tipo de pensamiento inconscientemente machista, hemos conseguido que frases recurrentes como «eres la mejor cómica del país» nos den un poco de repelús y optemos por pensar que ninguna es la mejor, que somos diferentes, talentosas y buenas en lo que hacemos. No hace falta destacar entre nosotras. Si eres ambiciosa, proponte destacar entre todos y cada uno de los compañeros.

No sé si esto pasa en todos los gremios. Creo que sí. Porque creo que más o menos todas las mujeres somos conscientes de que esta cultura patriarcal está en todas partes, ¿no? Me cuesta creer

que en una gestoría el primer día la mitad de tus compañeros te inviten a una copa después del trabajo. Creo que esta clase de comportamientos se favorecen por el ambiente de la comedia. Casi siempre estamos en un bar riéndonos y bebiendo un grupo de seductores empedernidos que necesitamos que alguien nos diga lo guais que somos cada cinco minutos. Tal vez esa situación ayuda más al ligoteo que el tomar un café de máquina junto a la fotocopiadora de la oficina a las once de la mañana.

Estas son mis vivencias y soy consciente de que he tenido mucha suerte en el sector, porque me consta que otras chicas en ese clima de hombres han tenido experiencias más desagradables que las mías. Es evidente que en estos años han llegado a tener cierto éxito muchas más mujeres que hace unos años. Hay gente que critica esto y da a entender que las mujeres estamos siendo favorecidas por el mero hecho de ser mujeres. Para nada.

Cuando hace veinte años muchísimos cómicos hombres salieron de Paramount Comedy o del Club de la Comedia y se hicieron ricos y famosos, nadie dijo que todos esos tíos habían sido favorecidos por ser hombres. Dicho esto, soy consciente de que ayuda mucho el hecho de estar en el sitio adecuado en el momento adecuado. Igual que Dani Mateo, Ángel Martín, Goyo Jiménez, Agustín Jiménez, Joaquín Reyes o J. J. Vaquero, además de ser talentosos, tuvieron ese puntito de suerte, de empezar en un momento favorable para ellos, Patricia Espejo, Eva Soriano, Victoria Martín o yo misma también hemos tenido la suerte de vivir un momento social en el que pintábamos más y en el que, por fin, se buscaban cómicas nuevas.

Eso sí, nos ha tocado demostrar cada día que podíamos hacerlo tan bien o mejor que nuestros compañeros de oficio y aguantar que muchos estuvieran esperando con ansia cada fallo que pudiéramos cometer.

Cuando empecé, no solo encontraba hombres en la comedia, de vez en cuando coincidía con chicas en aquel campo de nabos. Una de las personas más importantes que conocí en los *open* que frecuentaba al principio fue Susi Caramelo. Estaba tan perdida como yo, pero ya tenía esa personalidad especial que te engancha

desde el primer momento. Me parecía la persona más divertida del mundo y me encantaba estar con ella. Estaba como una cabra (y lo sigue estando) y me caía genial. Cuando actuaba yo muchas veces no se reía nadie, pero cuando actuaba Susi siempre se reía por lo menos una persona: ella. Su risa era algo omnipresente en sus actuaciones y a veces incluso se reía antes de los remates, pero creo que esa risa maravillosa ahora forma parte fundamental de su identidad y de su increíble éxito. Nos hicimos amigas de forma rápida, así que en cuanto tuvimos cierto nivel para hacer bolos (o eso creíamos) empezamos a ir juntas por ahí. Nos echamos a la carretera y viajamos por pueblos de toda España donde nos pasaron mil aventuras. Tengo historias divertidísimas al lado de Susi, pero casi nunca las cuento porque se enfada conmigo por ser tan chismosa.

Éramos unas todoterrenos capaces de cualquier cosa para conseguir que nuestra actuación funcionara. Recuerdo que nos fuimos una vez a Mallorca y teníamos mucho miedo de que no fuera nadie a la sala a vernos porque íbamos a taquilla. Así que se me ocurrió que nos abriéramos un Tinder para capturar espectadores. Susi se hizo un Tinder con fotos de cuando tenía dieciocho años y estaba increíblemente buena. Con esas fotos podíamos montar una convención de babas, pero subestimamos a esos hombres, a los que les pareció raro eso de tener una primera cita con una *teen* en un bar de monólogos. Tras un día de curro con su Tinder, solo apareció un incauto. Un cuarentón que al final de la actuación se me acercó para felicitarme, pero que no le dijo nada a Susi, ya que no la había reconocido por el pequeño detalle de haber usado como cebo unas fotos de hacía veinte años.

Aunque yo estaba un poco verde, ya buscaba oportunidades para empezar a meter la cabeza en medios. De los bolos en los pueblos no se podía vivir y yo tenía el valor necesario para buscarme la vida en otro lado. Conseguí que Castelo me metiera de guionista de entrevistas en *Anda ya* y ahí me las ingenié para que me dieran una oportunidad en la SER como cómica. Así que, de pronto, una vez a la semana salía en *La ventana* contando mis mierdas. Nada más y nada menos que en el programa de Carles

Francino. Se la había colado a la SER. Les había llevado la cuenta con el *service charge* incluido y ellos habían pasado la tarjeta sin darse cuenta del sablazo. ¡Trabajaba como cómica en *La ventana*! Y la cosa fue un desastre.

Todavía no estaba preparada para aquello. Me ponía histérica y empezaba a sudar como una gorrina. Sentía que apestaba con tanto sudor. Imaginaba que ese hedor le llegaba a Francino, que, mientras levantaba su interesante ceja, estaría pensando: «Puaj, ¡qué puto asco! Esta tía apesta». Pensaba que aquella pestilencia era tan hedionda que les estaba llegando mi olor a los oyentes a través de las ondas. No sé cómo podía hacer esa sección sin desmayarme de lo atacada que estaba. Alguien más debió de notarlo también, porque me echaron a la calle al poco tiempo.

Pero al final la salvación siempre está en un bar y gracias a estar todo el día en los clubs de comedia y conocer a todo el mundo tuve la oportunidad de grabar en *La central de cómicos* de Comedy Central, lo que antes se conocía como Paramount Comedy. ¡Qué nervios! La inexperiencia me provocaba una ansiedad incontrolable y un miedo al fracaso que jugaban en mi contra.

Me acuerdo de que se grabó en el teatro Barceló de Madrid. Me tomé como una buena señal que el lugar tuviera el nombre de un ron. Cuando decían tu nombre por la megafonía, una chica de producción te daba un empujoncito para que empezaras a bajar unas escaleras en forma de caracol. Te tenían que empujar como cuando vas a hacer paracaidismo y no te atreves a lanzarte. La chica me dio tal empujón que no me maté de milagro. No sé muy bien cómo quedó. Sinceramente, nunca lo vi. Me cuesta mucho ver las cosas que hago a no ser que sepa al cien por cien que han sido un éxito. Suelen aconsejar en la profesión que veas tus grabaciones para que puedas corregir errores, pero yo lo paso mal. Nunca le he puesto a un chico un vídeo de un gatillazo para que mejore en la cama, así que no me hagáis a mí la misma putada.

Mi chiste estrella por aquel entonces, y al que tengo un cariño especial, era el de Valentina:

Soy Valeria… Parezco fría, pero soy vasca. De hecho, tengo una

falta de cariño impresionante. Estuve siete meses con un tío que me llamaba Valentina. Nunca le dije nada, hasta que me pilló:

—Pero ¿cómo no me has dicho que te llamas Valeria?

—¿Qué más da? Es solo un nombre. Valentina, Valeria… No te rayes, tronco. Digo… No seas boludo.

—¿¡Qué!? ¿¡Tampoco eres argentina!?

Esta historia no es real…, pero tampoco es completamente ficticia. Los mejores chistes siempre suelen tener algo de verdad. Lo que me pasó en realidad fue que estaba de rollo con un cántabro que había conocido en la universidad y me invitó a su casa cuando lo acababa de dejar con su novia, que también se llamaba Valeria. Cuando llegué, me comentó que íbamos a una barbacoa con toda su familia. Mínimo cuarenta parientes me preguntaron cómo me llamaba, y a mí me daba tanta vergüenza decirles que me llamaba igual que la ex que les decía que era Valentina. Lo hacía para evitar la cara de sufrimiento de ellos y no ver cómo pensaban: «¡No puede ser! Se llama como su ex. Como Valeria la que queremos. ¡Como Valeria la buena!». Me negaba a transportarlos al recuerdo de la ex el día de mi presentación oficial.

Federico se enfadó. Subimos al coche y me preguntó muy cabreado por qué le decía a toda la familia que me llamaba Valentina. Pensé en mentir y decirle que trabajaba para la CIA, pero posiblemente habría complicado más las cosas. Supongo que se enfadó porque sabía que, si no decía mi nombre verdadero, eso solo podía significar que para mí él era un rollo. Me había invitado a comer con su familia y yo ni siquiera les decía mi verdadero nombre. La relación no funcionó, pero por lo menos yo gané un chiste. ¿Qué más se le puede pedir a un rollo? Mejor salir de ahí con un chiste que con una venérea.

«VPH: Virus del Papiloma Humano.» Cuando te haces el test del papiloma estás más nerviosa que con el test de embarazo. La ginecóloga me informa de que no he dado positivo, pero que tengo

dos pequeñas verruguitas de cuando lo tuve que pueden ser peligrosas en el parto. El sexo te puede dejar todo tipo de sorpresas y esta vez el regalo es muy desagradable. No sé hace cuánto lo pillé ni quién me lo pegó. Casi todo el mundo lo tiene o lo ha tenido; «mal de muchos, consuelo de tontos».

Pienso en lo irresponsable que he sido en cuanto a mi vida sexual. Las veces que he comprado papeletas, pero también tengo amigas que solo lo han hecho con un hombre en toda su vida y lo tienen. Es una de las lacras del siglo XXI. Ni siquiera creo que las veces que lo he hecho a pelo fuera por placer. Es más, siempre ha sido porque era mi pareja y me confiaba, o porque estábamos ya en un punto caliente de no retorno y no teníamos gomita.

La ginecóloga me explica que en mi caso significa que me van a tener que hacer cesárea. Esas minúsculas verrugas podrían infectar al bebé en el parto y ser algo muy peligroso. Si alguien le tiene que pegar el papiloma a mi hija, espero que sea un ligue de la universidad y no su madre, así que lo recomendable es la cesárea programada.

Genial: llevo meses haciendo ejercicios de suelo pélvico para nada. Bueno, por lo menos ahora puedo mandar a la mierda a todos los *haters* que me insultaron por mis chistes: «Que os den, puta secta del suelo pélvico».

—¿Cómo te viene el viernes 13 para la cesárea programada?

—Déjame que mire la agenda… Uy, fatal. Mejor el lunes.

—Perfecto. Lunes 16 a las dos y media de la tarde hacemos el ingreso.

En realidad, el viernes lo tengo libre, pero un viernes 13 para que te abran en canal parece mala fecha. Me voy a casa con una cita programada para tener un hijo con la misma exactitud que cuando coges hora para hacerte las uñas. Se me hace todo muy raro. Me llama una amiga. Le digo que me tienen que hacer la cesárea porque la niña viene de culo y no porque tuve una venérea.

No puedo dormir. Me da miedo el parto y no puedo dejar de pensar por qué nadie me ha hablado de este terror. No encuentro la postura para dormir con semejante tripón y en lugar de contar

ovejitas para vencer al insomnio, empiezo a pensar en todas las mujeres que han muerto dando a luz. No funciona, claro.

Nunca me han operado de nada y tumbarme en la camilla para que me rajen me da auténtico pavor. Cuando estás embarazada te cuesta procesar todo lo que está pasando. Vivimos tan alejados de la naturaleza que es muy complicado hacerse a la idea de que tienes un bebé viviendo dentro de ti, comiendo y dando patadas como si fuera un guiri en un todo incluido de Magaluf. Me han dicho que cuente las contracciones por hora, por si se adelanta, pero siempre he sido mala en matemáticas y lo mismo la termino liando. Euskera y matemáticas eran las dos asignaturas que siempre suspendía en el colegio.

Yo había pensado depilarme para el parto, para que a la doctora no le diera la risa al ver aparecer a un bebé como un soldado entre la maleza, pero supongo que ya no hace falta. Siempre me había depilado para que me metieran algo y me hacía ilusión que esta vez fuera para que me lo sacaran. Aunque me tengan que hacer la cesárea, flipo con la idea de que pudiera salir un bebé por mi vagina. Me parece que la vagina es la navaja suiza de los órganos. Sirve para un millón de cosas: para traer vida al mundo, para mear, para correrse, para meter droga en la cárcel…, ¡la vagina es la polla!

Me río con la ocurrencia y me levanto para apuntar la broma en mi cuaderno de chistes. Estoy preparando un especial de comedia sobre el embarazo. Echo mucho de menos actuar para bastante gente y además creo que es un momento único que no puedo dejar escapar. Hace un tiempo vi un especial en Netflix de Ali Wang en el que estaba embarazada y me flipó. Ali Wang es una cómica oriental buenísima y pensé que podría hacer lo mismo. Por una vez está bien que los chinos sean el original y nosotros la copia cutre. Así que he escrito junto a Alberto Sierra en dos meses todo un especial de comedia que, por la pandemia, apenas puedo probar en ningún sitio más allá de unos minutos que hice sin público en el programa de Buenafuente. Conociéndome, debería estar atacada, pero el reto de ser madre me hace ver la comedia de forma algo más relativa.

Íbamos a grabar el especial en la Sala Moby Dick, lo cual me parece muy apropiado porque estoy como un cachalote y creo que me pondrán la epidural con arpón, pero por la pandemia están cerrando barrios con muchos contagios y esta sala está dentro de uno de esos perímetros rojos. Así que al final nos han cedido el Pequeño Teatro Gran Vía.

Impresiona subirse al escenario de un teatro tras todo lo que hemos vivido estos meses. Las medidas de seguridad hacen que muchas butacas estén vacías y que las sonrisas permanezcan ocultas tras las mascarillas. Todo es nuevo, pero el sonido de las carcajadas vuelve poco a poco y comienzo a recordar. Desde ese momento me es fácil darlo todo en el escenario. Disfruto del espectáculo y durante los aplausos finales me olvido por unos segundos de que en menos de un mes tengo que traer a una niña al mundo.

5
Ponerme a parir

16 de noviembre de 2020. Me despierto sola en un apartamento que me es extraño, pero irónicamente es la primera casa en la que amanezco que es realmente mía. No es de mi madre ni de mi abuela ni de uno con el que me he liado ni de Marta Hazas. Es mía. Bueno, mía y de Musco; y del banco, claro. Nos hemos hipotecado. Porque vamos a ser padres y se supone que hay que comprar casas. La vida nos enseña que el ciclo natural es: naces, creces, te reproduces, te hipotecas, te compras un BMW, te divorcias, te embargan la casa y te mueres.

Me pongo a hacer la maleta porque esta noche no dormiré aquí. Tengo una cita en el hospital para parir. Preparo mis cosas y las de Federica. Ya hemos decidido su nombre. Aunque todavía no la conozco, me es más fácil imaginármela ahora que tiene un nombre real.

Me han dicho que tengo que llevar un cuco vacío para traerme a Federica de vuelta a casa. Es como cuando te llevas una bolsa de rafia al súper para hacer la compra. Cuando estoy en la calle, miro el capazo vacío y siento un escalofrío. He intentado no comprar muchas cosas para la niña, por si algo sale mal. Me aterra la idea y ese capazo vacío me parece la metáfora perfecta de que algo podría fallar. Pienso en las mujeres que alguna vez han tenido que volver con un cuco vacío y me mareo.

Espero a mi novio, que ha venido en tren desde Barcelona para acompañarme en el parto. Pienso que todo sale al revés justo cuando debería ser el momento más importante de mi vida. El futuro padre de Federica ha tenido una pequeña crisis, así que ha tenido que irse durante unos meses y apenas lo veo. Tampoco doy muchos detalles de ello a nadie cuando me preguntan: por respeto a él y a mi hija. Aunque yo soy un libro abierto, no puedo pedir

que todo el mundo a mi alrededor sea igual. Cuando te dedicas a la comedia te alimentas de tus intimidades y, a veces, de las de la gente que te rodea. Mi madre y mi tía ya me dejaron claro que no les hacía gracia eso después de que utilizara algún cotilleo sobre ellas en mi programa de radio.

Estos últimos meses han sido duros. Me he sentido sola con Musco lejos, embarazada y en plena pandemia. He estado viviendo con mi madre hasta que el banco nos dio el OK. Parece ser que tenían sus dudas de si podría pagar la hipoteca por eso de que soy autónoma. No los culpo. Si algo he aprendido en la vida es que nada es 100 % seguro, y menos cuando cotizas en el régimen de autónomos. Así que entre mi familia y, sobre todo, la de Musco, nos han ayudado a reunir suficiente para la entrada y los impuestos para conseguir el piso.

Estoy loca por ver a Musco porque en mi interior creo que él me protegerá de todo. Me gusta pensar que somos un equipo y no sentir que esta incertidumbre es solo cosa mía.

Cuando llega, me dice que se me ha olvidado la almohada para Federica. Le digo que voy a tener un bebé, no un señor de cincuenta años con tortícolis, y le explico que los recién nacidos no necesitan almohada. Parece que no se ha leído muchos libros sobre paternidad en estos meses.

Vamos en el coche. Conduzco yo y Musco va de copiloto. Estoy consiguiendo vencer mi pánico a los coches poco a poco. Me siento muy orgullosa de hacer algo que para otros es tan normal. La gente me pregunta en ocasiones si me siento orgullosa de poder hablar en un teatro durante una hora y hacer reír a extraños, pero eso no me hace sentir orgullosa porque lo he normalizado. Pero lo de conducir sin tener que parar a vomitar, eso sí que me parece un logro.

En las pelis la chica siempre va en ambulancia o en la parte de atrás de un coche resoplando cuando va a parir, mientras algún guaperas conduce a toda velocidad y saca un pañuelo blanco por la ventana. Nunca me había imaginado conduciendo hacia mi propio parto.

Paro en una rotonda, doy el intermitente, meto primera y

hago todas esas cosas automáticas que se hacen cuando llevas un coche. Realmente me hace sentir empoderada lo de conducir hacia el hospital por mí misma. Así es la nueva Valeria. Me imagino llevando también el coche fúnebre a mi entierro.

En el hospital nos hacen esperar en el *hall* mientras nos preparan una habitación. Pasa un buen rato y comienzo a estar más nerviosa. Hay otros pacientes esperando en la sala. Juego a intentar adivinar por qué está allí cada uno de ellos para matar el rato. Es un juego difícil a no ser que alguien tosa muy fuerte o tenga un cuchillo clavado en la espalda. Dani Mateo siempre cuenta la batallita de que un tío entró al hospital con una navaja clavada en la espalda chorreando sangre y que le preguntaron si estaba bien y él contestó: «Tenías que haber visto al otro». Ellos tienen claro que estoy ahí para que me saquen un bebé de dentro. Tengo un bombo enorme que no deja lugar a dudas.

Alguien pronuncia mi nombre. Todo está preparado.

En la habitación una mujer joven y una más mayor intentan ponerme la vía. Empiezan a menearme el brazo mientras me pinchan, me hacen un daño tremendo. La veterana da indicaciones y la joven es quien me manipula. Me fijo en que la chica tiene una placa donde se puede leer: «Prácticas». Resoplo. Entiendo que tienen que aprender algún día. Yo no soy de esa gente que se queja cuando un camarero nuevo tarda en tirar bien una caña, pero hoy me agobia que experimenten conmigo. Igualmente, no digo nada mientras consiguen meterme la vía correctamente y me llevan para el quirófano.

Estoy tumbada en la camilla junto a la puerta de la habitación en la que me van a intervenir. Llevo un pijama verde hospital y uno de esos gorritos de ducha que te ponen para que no sueltes pelos en las operaciones. Es importante que en los quirófanos no haya pelos. No vaya a ser que uno de mis largos pelos rubios termine dentro de un señor y luego su mujer le monte un pollo cuando lo descubran en una ecografía.

La matrona se acerca y se queda mirándome fijamente.

—¿Nos conocemos de algo?

—Ummm, no creo… Es mi primera vez.

—¿Seguro que no te he visto en algún lado?

No me importaría que me conociese de la tele, lo que pasa es que me da miedo que me conozca de todo el jaleo de lo del suelo pélvico. Lo último que quiero es tener una matrona enfadada, así que miento y le digo que tengo una cara muy común.

En el quirófano me van a poner la epidural. Me tiene que pinchar cinco veces porque dice la anestesista que con el embarazo se me ha encorvado la columna. Además de hacerme daño físico me ataca la autoestima. Cada intento duele muchísimo. ¿Cómo tiene que doler un parto para que este pinchazo en la columna vertebral te salga a cuenta?

Poco a poco se me duerme todo el cuerpo de cuello para abajo, como si fuera uno de los ligues de Bill Cosby. Me ponen una especie de tela para que no vea la cirugía. Es como una de esas sábanas que ponen en los espectáculos de títeres de los parques para que no se vea el truco. Me acuerdo del chiste que hice en mi especial hace un mes en el que hablaba de que lo mejor de tener esta panza era que mi novio no me miraba juzgándome mientras me lo comía. Yo tampoco veo nada durante el proceso y lo agradezco.

Empiezan a hurgar con instrumental y yo me siento como si fuera un mueble de Ikea que están tratando de montar o de desmontar. Me da la paranoia de que necesito toser todo el rato. Luego creo que voy a vomitar, pero no lo hago. Mi ginecólogo y su equipo no se preocupan demasiado por mis locuras. Deben de ver de todo por aquí.

De pronto dicen que ya está fuera la cabeza de mi niña. Llaman a Musco corriendo. Por lo visto, en las cesáreas, esa es la señal para que pueda entrar el padre. Musco se sienta al lado y mira fijamente todo el proceso. Como es dentista parece no darle ninguna clase de reparo y se muestra interesado en verme abierta en canal. Flipo un poco. ¿Qué clase de psicópata es este tío para no dejar de mirar? ¿Qué clase de bocas putrefactas ha visto en la consulta para que esto no le dé asco? Si quitaran la tela del teatrillo de títeres creo que yo me desmayaría.

Todo ha salido bien. La niña está fuera. Siento un enorme

alivio al verla. Me la ponen al lado y la veo bastante grisácea. Debo de estar algo drogada porque lo primero que pienso es que al tener ese color va a juego con el sofá gris que acabamos de comprar para la nueva casa. La lavan para ponérmela encima y siento un amor incondicional desde el primer contacto.

Esto sí es amor a primera vista. No había visto jamás a este ser humano, pero es la persona que más me importa del planeta. Mataría y moriría por ella pese a que todavía es una extraña. Me da un poco de rabia, porque una de mis cómicas favoritas, Michelle Wolf, dice que hay que desmitificar el parto. Comenta que está harta de escuchar que es un milagro, pero es que siento que esto que acaba de pasar es un puto milagro. Ahora entiendo todas esas películas de sobremesa en las que una mujer que hace de vientre de alquiler no quiere entregar al bebé. Me aterra que me separen de ella. Pero lo hacen.

Me llevan a una sala con otros recién operados para que me recupere. Todos estamos tumbados mirando al techo como en la típica imagen de las películas en la que los bebés esperan en sus cunas antes de poder volver con sus madres. Me siento ansiosa porque quiero estar con ella, así que no puedo dormir como se supone que debería hacer. Quizá el señor que tengo al lado también eche de menos la vesícula que le acaban de quitar.

Cuando vuelvo a la habitación me enseñan un vídeo de Musco con Federica. Han hecho eso del «piel con piel», porque, al ser una cesárea, a la madre se la lleva a una especie de sala de recuperación con todo gente drogada hasta las trancas y le hacen al padre quitarse la camiseta y ponerse al bebé encima. Los tíos se hacen muchas fotos así. Como si ellos hubieran parido. Es como si me voy a la meta de una maratón y le robo el trofeo al ganador para hacerme fotos mientras él echa el bofe. A todos se les cae la baba con las fotografías y a mí debería parecerme una imagen tierna, pero me da un poco de repelús ver a un bebé abrazado al tetamen de un señor. En el embarazo y en el parto hay más cosas que dan cosita de las que nos cuentan.

Pongo alguna cosa en redes sociales, pero paso de mandar un *whatsapp* a todos mis contactos. No me gusta cuando hacen eso de

mandar un mensaje como si fuera el bebé el que lo escribe, en plan: «Hola, me llamo Julia y he pesado tres kilitos. Mi mami está bien». Es absurdo. Es como si se muere tu abuelo y pones: «Hola, me llamo Óscar. Tengo ochenta y cinco años. Esta mañana me ha dado un chungo y estoy en la sala cuatro del tanatorio de la M-40».

Musco se vuelve a ir antes de que me den el alta. Se me hace rara esta situación. Para que todo resulte más marciano, en el hospital ha habido algunos casos de covid, así que no tenemos nido[1]y a cada rato entran unos señores con una especie de escafandra para decirnos que todo va bien. No paran de repetirlo, pero cuando entra alguien vestido así, tú piensas que todo va mal.

A los dos días de que yo haya parido, mi madre se agobia con la situación. Llevamos aquí un tiempo y no estamos nada cómodas. Les preguntamos si podemos irnos a casa, así que miran si todo está bien y proceden a darnos el alta. Mi madre se baja a la recepción a hacer los papeles mientras yo me quedo con la niña en la habitación. Cuando voy a mirar a mi pequeña, veo que un líquido blanco le sale de los agujeros de la nariz y por la boca. No respira.

La cojo y salgo corriendo por el pasillo buscando a alguien que pueda ayudarme. Pese a estar llena de puntos corro a toda velocidad. Grito. Una enfermera coge a la niña y empieza a reanimarla en medio del pasillo. Cada segundo parece durar como un año. Consigue que vuelva a respirar y yo también vuelvo a hacerlo. Siento que está a punto de darme un infarto. Volvemos las dos a la habitación y comienzo a llorar mientras la miro en la cuna. Nunca había pasado tanto miedo en toda mi vida.

Llegamos a mi casa con Federica. En el hospital nos dijeron que podíamos volvernos sin problemas, pero yo sigo con el miedo en el cuerpo. Hemos contratado una salus[2]para que nos ayude por las noches y así podamos dormir. La salus dice que se encarga de darle su primer baño a Federica. Cuando tiene todo preparado me anima a entrar para verlo, pero yo no soy capaz y me quedo en la habitación. Después de la experiencia que he vivido en el hospital estoy aterrada. Me paralizo.

Escucho las risas de mi madre y de una amiga que sí han

entrado al baño. Luego la enfermera coge al bebé y lo seca en la habitación, pero de pronto algo pasa. La niña vuelve a echar algo por la nariz y la boca y no respira de nuevo. La salus empieza a hacer una maniobra y salva la vida de mi hija. Entro en pánico y llevo a Federica al hospital más cercano. Cuento lo que ha pasado y deciden ingresarla unos días en observación porque puede que tenga que expulsar trozos de placenta, pero a mí me mandan a casa. Ver a mi hija quedarse sola en una incubadora me pesa demasiado. Ella es lo más bonito que he visto en mi vida y tengo mucho miedo.

Me dejan llamar a cualquier hora de la madrugada para que me digan cómo se encuentra y no me agobie demasiado, pero yo me paso el día acojonada. No pienso en mí. Me acaban de abrir en canal, pero no noto nada, ni me preocupo ni me cuido apenas. Solo pienso en mi hija.

Estoy a las nueve menos cinco de la mañana en la puerta de neonatos. Abren a las nueve y quiero estar siempre a esa hora para ver a mi bella durmiente. Paso la mañana a su lado, pero a la una de la tarde no soporto más los dolores en el abdomen y llega mi madre para relevarme en la guardia.

La llamo por la tarde para ver cómo va todo y mi madre me cuenta que es íntima de todas las enfermeras. Las llama por su nombre y todo. Yo le digo que apenas hablo con ellas. Me doy cuenta de que yo también tengo que ganarme a las enfermeras. Soy la madre de la criatura y además soy cómica, y debería dárseme bien esto de relacionarme con los demás.

A las once de la noche quiero saber cómo está la niña. No puedo ir, pero sí puedo llamar. Seré coloquial y encantadora, y seguro que así las enfermeras tratan mejor a mi hija y me tienen al corriente de cada pequeño avance. Seré la mamá enrollada. Puedo prometerles cosas guais, como un autógrafo de la Pedroche. Cuando me pasan con la enfermera me muestro informal y afable, e intento disimular que estoy de los nervios con el tema:

—Buenas noches, llamaba para saber cómo está Federica. Supongo que ya estará grogui, ¿no?

—¿Perdona?

Mierda…, demasiado informal. *Grogui* no es una palabra para nada apropiada para hablar de un bebé que está en una incubadora. Es una palabra perfecta para hablar de alguien que se queda dormido después de beberse una botella de vino con la comida. Le digo rápidamente que solo quería saber si está bien y la oigo contestarme: «Sí, ahora mismo la acabamos de sedar».

—¡Sedar! ¿Sedáis a los bebés?

—¿Cómo? De *asear*.

—Ahhh… Gracias. Buenas noches.

Cuelgo antes de acusarla de robar niños de las incubadoras o de algo parecido. ¿Cómo lo ha hecho mi madre para ganarse a las enfermeras? Puede que sea porque no se pone histérica en este tipo de situaciones.

Cuando a Federica le dan el alta la cosa no cambia. Me dicen los pediatras que me relaje porque no tiene por qué pasar nada, pero que esté atenta porque la niña puede ahogarse. O sea: ¿¡Tengo que estar relajada mientras estoy atenta de que no se muera mi hija!? Me paso el día mirándola fijamente rezando para que no le pase nada.

Mi madre tiene que volver a trabajar, así que decido irme a casa de mi abuela para tener apoyo las veinticuatro horas del día. Ella intenta ayudarme con Federica, pero me doy cuenta de que mi abuela empieza a estar mayor y ya no puede con todo como cuando yo era pequeña. Eso la frustra y a veces hace que discutamos. Me duele pelear con ella porque la quiero infinito y sé que hace todo lo que puede.

Decido irme a casa de mi tía con mi pequeña. He perdido la cuenta de las casas en las que he estado en los últimos meses. Me siento como una peregrina que siempre está buscando un lugar para descansar. Pese a que tengo la ayuda de la salus por las noches, siento que ya no puedo más. Mi tía tiene tres hijas, así que parecen estar más acostumbrados al jaleo. Podemos quedarnos aquí hasta que vuelva Musco. Necesito que me ayude con todo esto.

Mi único ocio se basa en ver episodios de *Élite*. Disfruto y

sufro con cada capítulo recordando lo que era ser joven y no tener obligaciones. Hace nada era yo la que salía de juerga y disfrutaba del sexo, pero de pronto soy una especie de madre solterona mientras esos adolescentes no paran de follar como conejos.

Por fin Musco vuelve a Madrid. Nos vamos juntos a nuestro nuevo hogar como una familia normal. Es mi salvación; o eso pienso yo, porque cuando lleva menos de una semana sale con sus colegas y termina dando positivo en covid. No me lo puedo creer.

¡¡¡JODER!!!

Tenemos una bronca monumental y él se queda en el apartamento aislado mientras yo vuelvo a casa de mi tía. Empiezo a estar tan agotada que tengo ganas de morirme. Quiero desaparecer de verdad. Diluirme en un dulce sueño.

En ese momento me doy cuenta de que estoy cayendo en una profunda depresión. No se trata de una depresión posparto de manual, de esas en las que no te apetece ni ver a tu bebé. Es algo diferente. Me estoy olvidando de quién soy.

Le cuento a mi madre cómo me siento y juntas decidimos que es mejor que vuelva a trabajar. Han pasado apenas dos semanas del parto, pero necesito volver a ser yo. Tener mi propia vida. Quiero a mi hija con toda mi alma, pero también tengo que quererme a mí.

Mi madre hace un esfuerzo y contrata a otra salus para que nos ayude durante el día y yo vuelvo al trabajo.

Algunas personas celebran en redes sociales que vuelva a *Zapeando,* pero unas pocas me ponen a parir. Alguien dice que cómo puedo considerarme feminista sin disfrutar de mi baja por maternidad. Qué sabrán ellos por lo que estoy pasando. Bastante duro es para todas luchar por tus sueños en una sociedad patriarcal para que además tenga que ser el ejemplo perfecto del feminismo sin tener en cuenta mi situación personal.

En las redes sociales la gente siempre se queja por una cosa y por la contraria. Yo creo que es bastante feminista pararme a pensar en qué necesito yo y no renunciar a mi carrera profesional pese a ser madre. También creo que es bastante machista ser muy permisivos con los hombres y obligar siempre a las mujeres a ser

un ejemplo impoluto de feminismo y buena conducta social.

Si fuera un cómico, nadie diría estas cosas. No puedo cargar con ese peso. No quiero ser el ejemplo de nada. Bastante tengo con ser madre y cómica.

6
El destino y Mr. Panamá

Asusta pensar en los millones de coincidencias que tienen que suceder para que un ser humano venga al mundo.

Pienso esto mientras le doy el biberón a Federica. Ella succiona ajena a todo lo que ha pasado hasta llegar aquí. No solo hay que ser el primer espermatozoide en llegar al óvulo, sino que hay otro millón de pequeños detalles insignificantes que se tienen que cumplir para nacer. Si el día que me crucé con Musco al salir de mi portal el ascensor hubiera tardado dos segundos más en abrir las puertas, no estaríamos aquí. Si esa mañana Musco hubiera retrasado cinco minutos la alarma del móvil y hubiera llegado tarde al trabajo, Federica nunca habría nacido. No existiría. Me da un escalofrío al pensarlo.

El comienzo de mi relación con Musco estuvo marcado por las coincidencias. Cuando estás bajo el influjo del flirteo a todas esas cosas que te suceden las llamas *señales,* pero puede que solo fueran algo fortuito que ocurrió en medio de todo el loco azar que sucede en una ciudad como Madrid.

Lo conocí un año antes de nuestro segundo encuentro. Mis amigas quedaban a veces con un grupo de dentistas italianos que habían sido compañeros de universidad en la Alfonso X entre los que se encontraba él. Así que una noche coincidimos en un bar de Madrid. No me llamó especialmente la atención. Hablamos de que yo había estado de *roadtrip* en la región italiana de Puglia con mi amiga Rafaela y él me dijo que justo era de allí. Me salió mi inoportuna honestidad y le dije que me había parecido un coñazo. Era la verdad. Mi amiga y yo nos fuimos pensando que caerían italianos estilosos del cielo y no vimos nada de eso. No había fiesta, todo nuestro alrededor era más joven y teníamos que conducir a cincuenta por carreteras secundarias para poder ir a

cualquier lado. Esto le dolió en su orgullo nacionalista y me dijo que si no lo pasé bien fue porque no tenía ni idea de a qué lugares ir.

Un año después volvimos a juntarnos en una terraza. Allí me llamó la atención y nos caímos mejor (en parte porque no me metí con su pueblo). Supongo que hubo cierto tonteo, pero nada que pudiera presagiar que una semana más tarde estaría con él en mi cama. Me fui pronto a casa porque tenía que madrugar pese a que era fin de semana. Tenía que ir temprano a casa de mi abuela. Me desperté con sueño, me duché y me vestí, y durante ese proceso la imagen de Musco apareció en mi mente un par de veces bajo el papel del chico agradable de la noche anterior. Cuando fui a abrir la puerta para salir a la calle, Musco cruzó el cristal del portal como si fuera una aparición. Él no me vio, pero esa imagen me dejó impresionada. Era una señal. Mi pensamiento se había materializado en un ser humano real.

Yo iba hacia la parada de metro de mi barrio y él parecía ir en la misma dirección. Comencé a seguirle algo nerviosa por lo extraño de aquella situación. No me atreví a gritar su nombre, por si mi inconsciente me había jugado una mala pasada y era otro fulano. Podía hacer un ridículo espantoso. Y si era él, era casi peor: ¡qué vergüenza gritar su nombre en medio de la calle como si fuera una loca que le sigue a todas partes! Desde una distancia prudencial vi que entraba en la boca de metro a la que yo tenía que dirigirme. Me adentré escaleras abajo. Eso parecía una segunda señal. Cuando bajé las escaleras mecánicas, el tren estaba a punto de salir, pegué un *sprint* para poder entrar antes de que se cerraran las puertas. Al ser sábado por la mañana, el metro no estaba tan lleno como cualquier otro día. Fui andando por los diferentes vagones mirando a los pasajeros como en una película policíaca hasta que vi a Musco. Estaba sentado con las gafas de sol puestas. La cabeza miraba hacia abajo y se meneaba hacia todos los lados con el traqueteo del tren. Yo me acerqué y, aunque me daba mucha vergüenza, le saludé con el mayor asombro posible, como si no le hubiera estado siguiendo.

Estaba dormido, así que le desperté. Yo no me había dado

cuenta de que dormía, porque estaba tan nerviosa que había obviado esa evidencia. Musco se sorprendió de verme allí, él iba a trabajar a una clínica en Villalba, pero no entendía mi madrugón para ir a ver a la abuela. Supongo que esta era otra señal que me decía: «SOS, no es un hombre de día», pero las ganas de creer en el amor hicieron que lo pasara por alto. Seguimos charlando hasta que nos bajamos en la misma parada: Moncloa. Durante toda la semana pensé en él y en lo extraño y divertido que había sido nuestro encuentro hasta que le volví a ver el sábado siguiente.

Por aquel entonces, compaginaba mi trabajo de cómica incipiente con el de camarera de bar de copas. Llevaba unas cuantas horas sirviendo bebidas a extraños cuando de pronto una voz familiar me pedía unos chupitos. Cuando me di la vuelta y miré al cliente, vi que era Musco. Los dos flipamos. Sin duda era otra señal. El destino estaba trucando los dados. Aunque no creas en estos rollos, cuando te encuentras a alguien dos veces en una semana de forma casual, empiezas a pensar que el universo conspira para que te tires a alguien en concreto.

Musco había ido con unos colegas al bar en el que trabajaba a tomar algo. Podrían haber ido a cualquiera de los otros miles de bares que hay en el centro de Madrid, pero fueron a ese. Si alguien de la cuadrilla hubiera decidido ir a otro, quizá nunca nos hubiéramos liado, ni lo hubiéramos dejado, ni le hubiera llamado desesperada una noche un tiempo después, ni hubiéramos concebido a Federica. Si no hubieran ido a ese bar no estaría ahora mismo abrazando a este maravilloso bebé al que le intento sacar los gases.

Durante toda la noche no dejó pedir ni una ronda a sus amigos. Venía a la barra y cruzábamos cuatro frases mientras le atendía. Se notaba que él estaba tan *flasheado* como yo con lo que estaba pasando. En una de las últimas rondas juntó el valor (o llevaba las suficientes copas encima) para pedirme el número. Cuando saliera del trabajo me llamaría para tomar la última. Esa copa la tomamos en mi casa. Yo no era nadie para llevarle la contraria al destino, así que terminamos liados.

A la mañana siguiente parecíamos novios. El viernes de la

semana anterior era apenas un conocido y el domingo de esa semana parecía que nos íbamos a casar. Tenía la extraña sensación de que llevábamos años como pareja. Sentía que teníamos confianza y, sobre todo, nos reíamos todo el rato de las mismas cosas. A veces, las relaciones se basan en tener un idioma común para el humor y nosotros ya teníamos chistes internos. Me encanta eso. Cuando dos personas tienen sus coñas personales que nadie más entiende es cuando realmente son pareja. Me parecía graciosísimo y estaba muy a gusto a su lado. Ese mismo día él trajo su cepillo de dientes a casa. Yo no me agobié ni lo interpreté como una señal de compromiso. Era un dentista y ellos van a todas partes con su cepillo de dientes.

Mis amigas sabían de mi debilidad por los italianos, así que no les sorprendió. Los italianos me gustaban más que comer pizza con las manos. Mi anterior novio también era de Italia y había tenido algunos otros romances con ellos.

Mi relación con Musco estuvo llena de rupturas y reconciliaciones. El cómico Gustavo Biosca tiene un chiste así:

—¿Qué tal con tu novia?

—Pues lo dejamos, volvemos, lo dejamos, volvemos…

—Pues lo siento, me alegro, lo siento, me alegro…

Nosotros somos como ese chiste.

Una de las veces que más nos enfadamos fue cuando tuvimos el accidente de moto.

Odio las motos. Me dan miedo y siempre pienso que cuando me monto en una algo malo va a pasar. Una noche, después de un concierto, Musco me dijo de pillar una de esas motos de alquiler que hay por la calle. No había bebido nada, así que opinaba que era la forma más rápida y cómoda de volver a casa, porque allí no había quien pillara un taxi. Yo le dije que no me gustan las motos, pero me acabó convenciendo. Cuando íbamos por la Gran Vía alguien se saltó un ceda el paso y yo salí por los aires. Me hice mucho daño con la hostia, pero yo pensaba que realmente me moría. Empecé a gritar que me iba a morir en ese momento, mientras me miraba toda la Gran Vía madrileña. No tardó en llegar el SAMUR y cuando me atendieron, pese a mi estado de nervios y

mis múltiples heridas, los enfermeros me reconocieron. Me subieron a la ambulancia y mientras me atendían uno de ellos me preguntó:

—¿Conoces a Broncano? Me encanta Broncano.

—Me lie con él —le solté—. ¡Es lo más!

Mentí, pero es que quería impresionarlo y conseguir que me atendiera de una forma VIP. Como si las ambulancias tuvieran dos servicios. Uno *premium* y el otro regular. No creo que influyera aquella mentira, pero lo que es cierto es que me atendieron superbién y hace unas semanas, cuando nació mi hija, me mandaron una especie de tarta hecha con pañales y pequeños coches del SAMUR. Después de ese incidente llegó una ruptura y luego una reconciliación y otra ruptura y otra reconciliación… Ahora no sé muy bien cómo estamos, tras lo del covid.

He pensado mil veces que, si no hubiéramos cogido esa moto, no habríamos tenido ese accidente. También he pensado muchas veces que quizá, si hubiera caído de otra manera de la moto, podría haber sido fatal. De cualquier forma, sé que hasta las vivencias más desagradables me han traído hasta mi hija y por eso no me arrepiento de nada.

Federica comienza a llorar. Nunca llora, pero solo lo hace cuando intento hacer que se duerma y ella se niega. Es como si no quisiera perderse nada de la vida. Lo entiendo, acaba de aterrizar y todo es nuevo e increíble para ella. ¿Quién quiere volverse a casa cuando la fiesta está a tope? Es como cuando yo aterricé en Panamá. Esta niña ha salido a su madre, aunque todavía no sepa perrear. Por fin se duerme y yo pienso en lo mucho que queda para correrme una fiesta tan increíble como cuando me fui con otras ocho solteras a las mejores playas paradisíacas de Panamá.

En una de las rupturas entre Musco y yo, decidí irme a Bilbao a pasar el verano. Estaba realmente triste. Pensaba que mi vida sin Musco no tenía ningún sentido. Lo sentía de verdad, hasta que me llamó mi amiga Loreto. Cuando me preguntó si quería irme a Panamá con ella y otras siete amigas, lo que me impresionó fue

que a esas alturas le quedaran siete amigas. Yo venía de descuidar a todas mis amistades, como suele ocurrir cuando te vuelves loca intentando hacer que funcione tu relación. Al principio dudé si aceptar, pero al final me convenció Loreto y me hizo ver que era justo lo que necesitaba. Iríamos a Panamá a pasarlo genial y a ligar con todos los tíos buenos con los que nos cruzáramos. Le dije: «Cuando lleve ahí dos días me van a llamar el canal de Panamá porque me habrán atravesado los buques más importantes». Loreto se rio y yo me fui a comprar ropa para el viaje.

Panamá es una pasada: las playas son increíbles, la gente es encantadora, las fiestas son brutales y los tíos están buenísimos. Todas nos liamos con chicos muy atractivos, pero creo que yo me llevé la palma porque me follé a Mr. Panamá.

Cuando digo Mr. Panamá no es una forma de hablar en plan «era muy guapo». El tío con el que me lie había sido el puto Mr. Panamá con banda y todo ese rollo, y eso es un gran éxito para una chica de Guetxo como yo.

He ido a muchas fiestas en mi vida, pero creo que la fiesta de Bocas del Toro es la mejor de todas en las que he estado. Antes de salir de España ya compramos nuestras entradas. Me pareció muy raro tener que cogerlas ya desde España, pero yo haría todo lo que decidiera hacer el resto del grupo.

Esta famosa fiesta de Panamá es un recorrido por tres islas paradisíacas llenas de gente joven bebiendo y bailando como si el mundo se fuera a acabar. La juerga comienza a las once de la mañana. Cuando empiezas a beber a esa hora es que tienes un problema bastante serio, pero en ese ambiente es lo normal. Cuando llegas a la última isla ya llevas un pedo muy serio entre el sol y los cócteles. Los lugareños, que saben esto, deciden esperar a las turistas cocidas en la última isla para hacer la pesca de arrastre. Ver llegar a puerto canoas llenas de jovencitas rusas, polacas, francesas y alemanas donde las esperan un montón de depredadores autóctonos se parece bastante a ver un documental.

En esa isla, Loreto y yo conocimos a Mr. Panamá y a su amigo, que no había ganado el título de Mr. Panamá, pero podía haber sido una de las damas de honor. Nunca le cuento a nadie el

año que ganó el certamen porque él nos dijo que estaba casado. Entre lo guapo que era y que no estaba soltero, parecía algo imposible. Así que desde el minuto uno empecé a echarle fichas a saco tomándomelo a broma. Lo hacía para que Loreto se partiera de la risa. Era gracioso decirle cosas todo el rato, pero no tenía ninguna fe en que me lo fuera a ligar y más viendo todas las chicas preciosas que había en aquel edén.

Él era un tío muy agradable y su físico era de anuncio. Tenía rasgos indígenas y una piel de un color imposible de coger en ninguna playa del País Vasco. Tras unas copas decidimos volver a nuestra isla, pero los dos panameños se ofrecieron a volverse con nosotras. Yo me despisté y casi me quedo en puerto, así que me tocó saltar a la canoa en marcha; por suerte, Mr. Panamá me ayudó a entrar en la embarcación, aunque me dijo que me fuera al otro lado para no desestabilizar la canoa. Yo me ofendí porque parecía que me estaba llamando gorda y le dije que yo estaba muy bien y que mi abuela decía que tenía el mejor culo de España. Eso le hizo gracia y durante el resto de la noche no paró de decir que habría que comprobar lo del culo. Parecía que le picaba la curiosidad.

Al final, mi amiga se fue con el suyo y yo me di por vencida cuando vi al guaperas hablando con una chica preciosa. Así que me fui a nuestro hostal. La broma había terminado, pero cuando iba al baño para prepararme para dormir, vi en la puerta del *hostel* a Mr. Panamá charlando con un amigo. Tenía una última oportunidad e iba a aprovecharla. Me calmé los nervios y recorrí todo el pasillo hasta la calle, y cuando pasé al lado de los dos chicos los saludé y me inventé que iba a la pizzería de enfrente a ver a unos amigos que realmente no existían. Mr. Panamá me paró y me dijo que yo no iba a ningún lado y que él y yo íbamos a liarnos.

—¡Pero ¿qué me estás diciendo?!

Después de pasarme la noche echándole fichas, ahora estaba escandalizada. Era un poco teatrillo, pero por otro lado él me pilló por sorpresa y estaba asustada. Las fantasías son más fáciles de gestionar que la realidad.

Cuando subimos a su coche me dijo que podríamos liarnos

allí. Le dije que no. Follar con Mr. Panamá en un coche sería como pedir angulas en un McAuto. Así que fuimos a casa de su amigo y les cortamos el rollo a él y a Loreto, que estaban medio en pelotas. Nada más entrar en la casa, Mr. Panamá me dijo que me esperaba en el baño. Yo estaba acojonada, así que me quedé con mi amiga y su ligue dándoles palique. No aguantaron demasiado y unos minutos más tarde Loreto me dijo: «Entra al puto baño». Capté la indirecta y entré en el baño mientras Loreto me metía a empujones.

Cuando entré casi me dio un infarto. Mr. Panamá estaba sentado debajo del chorro de la ducha. Supongo que era un numerito de modelo que estaba acostumbrado a hacer, pero en lugar de impresionarme me asustó, porque parecía que estaba muerto. El agua le caía por su melena negra y resbalaba por sus abdominales. Estaba totalmente en pelotas y era impresionante contemplar lo perfecto que era. Parecía una especie de Mowgli adulto cincelado por los dioses. Seguía asustada, porque una cosa es contemplar la belleza y otra cosa es tocarla. Cuando vas al Museo del Prado te gusta deleitarte mirando los cuadros, pero te aterra la idea de rozar uno. Te sientes cómoda en el lado correcto del cordón de terciopelo de seguridad, lo bastante lejos de la obra de arte.

Al final, me dejé llevar y me lie con él. Lo pasé bien porque sabía que no volvería a verle en mi vida y eso siempre me funciona, como me funcionó con el punky francés. Al día siguiente él no pudo salir, pero Loreto me contó que había preguntado a sus amigos por mí. Aunque hubiera en esa isla cada día muchas mujeres nuevas más guapas que yo, por lo visto le había marcado mi sentido del humor…, y algo también haría que tenga el mejor culo de España, según mi abuela.

7
The show must go on

Ruth, la regidora de *Zapeando,* inicia la cuenta atrás para entrar en directo. En tres segundos vuelvo a la tele, algo que me parece unas vacaciones en comparación con todo lo que ha pasado estas dos últimas semanas. También tengo claro que trabajar en la televisión no siempre es sencillo ni agradable. Pongo la mejor de mis sonrisas mientras pienso en el camino que he recorrido estos últimos cuatro años hasta llegar a la estabilidad de salir en un programa diario. Estamos en el aire.

Tengo treinta y cuatro años y llevo treinta y cuatro mudanzas. La media sale a una mudanza por año, así que está claro que siempre he sido un culo inquieto. No sé si he viajado tanto porque siento un subidón cada vez que empiezo una nueva vida en otro país o porque no veía un futuro estable. Soy de la generación a la que le pilló la crisis del 2008 y me he negado a asentarme en una joven empresa que tiene más pinta de haber nacido para blanquear dinero que de un proyecto real y de futuro. Lo único que me ha estabilizado ha sido la comedia. Llevo años viviendo en Madrid y la comedia no me ha dejado tiempo para plantearme mi vida ni para volver a escapar.

La comedia se ha convertido en un trabajo en el que ir ascendiendo y en el que puedo ir en zapatillas a trabajar. Es el lugar perfecto para ser yo misma y no preocuparme por nada más que intentar cada día ser lo más graciosa posible. Aunque ser cómica no es exactamente como ser graciosa con tus amigos del instituto. Según me he hecho profesional he perdido parte de mi gracia natural. Parece una incongruencia, pero el hecho de estar todo el día escribiendo y rodeada de cómicos me aleja de esa espontaneidad que sale cuando me junto con mi cuadrilla de amigos de siempre.

Desde luego que no me quejo. Soy muy afortunada. Desde que empecé en la comedia los únicos viajes que hago son por placer a zonas de buen clima para ligar con latinos o para actuar. Joder, eso es el éxito. No hay más frío en mi vida.

En estos años me he dado cuenta de que es importante ir contando con padrinos y mentores que te ayuden en el camino y que te recomienden a otras personas. Supongo que uno de mis primeros mentores en este mundillo fue Jorge Javier Vázquez.

Mi abuela cumple con muchos de los estereotipos de abuela que tenemos todos en la cabeza. Le encanta el bingo. De hecho, nos encanta ir juntas a quemar unos cuantos cartones. Y también le mola *Sálvame.* Un día mi madre y ella estaban viendo uno de los relajantes programas de *Sálvame* y entre grito y grito vieron un letrero que aparecía en la parte inferior de la pantalla. Mediaset buscaba nuevas caras para Telecinco y solo había que mandar tu material. Ellas, sin decirme nada, decidieron mandar mi *videobook* y parece que no les desagradó porque me llamaron como una de las seleccionadas para un curso sobre televisión.

El curso tenía como premio, para los mejores de la promoción, poder participar en programas de la cadena. Parecía una gran oportunidad para poder salir por la tele. Cuando llegué al curso me di cuenta de que el espíritu telecinquero estaba por todas partes. Aquello parecía un *reality,* porque teníamos que convivir unos cuantos aspirantes a estrellas de la tele y solo unos pocos tendrían la oportunidad de llegar a ello. Desde el principio me llevé genial con Jorge Javier y todo el mundo pensaba que era su favorita. Él estaba muy ilusionado conmigo e intentaba enseñarme muchas cosas del mundillo. La verdad es que, más allá de las bromas, en el curso intensivo hicimos cosas que me resultaron enriquecedoras. Por ejemplo, me tocó entrevistar a Mila Ximénez y a otros personajes de la tele. Cuando llegó el último día Jorge Javier entró algo serio y me evitaba la mirada. Me pareció raro porque le caía muy bien. Al rato descubrí por qué era: habían elegido a otras personas como ganadoras del curso y supongo que le daba pudor tratarme con naturalidad después de haber tenido los dos tan buen rollo. Algunos de los que ganaron esa especie de

reality trabajan ahora en Mediaset, así que supongo que era una buena oportunidad, pero creo que no ganar era lo mejor que me podía pasar en ese momento. Todavía tenía que conocer a otros mentores y trabajar mucho hasta verme preparada para salir por la tele.

Todo el trabajo que puedo tener ahora, de alguna forma, se lo debo al gran Ignatius Farray. Además de ser cómico y filósofo de patrimonio nacional, Nacho siempre ha destacado por ser un gran padrino de cómicos. Él siempre parece no poner atención a nada, pero de repente, cuando ve a algún cómico que le motiva sobre el escenario, decide de manera altruista ayudarle en todo lo posible. Le pasó conmigo, con Silvia Sparks o con Lalo Tenorio.

Un día, mientras estaba trabajando como *community manager* en el Teatro Nuevo Apolo de Madrid (por supuesto que tenía que seguir compaginando trabajos con actuar gratis por las noches), me sonó el teléfono. Era un número que no tenía. Al cogerlo descubrí una voz muy radiofónica. Era don Héctor de Miguel: Quequé. Me dijo que le había dado mi teléfono Ignatius porque la SER le había encargado hacer un programa de verano a raíz de una sección que tenía en *La vida moderna* que se llamaba «El castellano», y buscaba una colaboradora. Me ofreció hacer un *casting* porque quería una cómica para el puesto.

—Ignatius no deja de hablarnos de ti a Broncano y a mí. Nos enseñó tu actuación en Londres.

No sabía qué decir. ¿Habrían escuchado lo de *rasurated*? Yo acababa de aterrizar en este mundo y no conocía mucho a Quequé. Creo que ni le ponía cara, pero sí sabía que era un pez gordo.

Me presenté en el *casting* con una sección muy loca sobre política. Éramos tres candidatas al puesto. Una amiga de Héctor que trabajaba en Comedy Central, Eva Soriano y yo. Salí del estudio pensando: «¿Qué cojones acabo de hacer?». No daba un duro por mí, sobre todo porque Eva canta, baila y si hace falta te hace una paella en directo. Así que pensé que el trabajo se lo darían a ella.

Al día siguiente me llamó Quequé para decirme que el puesto era mío.

—¿Te han dicho que no las otras? —bromeé.

Y así fue como nació un programa que en aquel momento no teníamos ni la más remota idea de cómo sería.

Nunca me he currado tanto un programa durante mi carrera. Sentía una profunda responsabilidad y quería estar a la altura, así que le eché un montón de horas. Con mucho esfuerzo, conseguimos que el programa fuera más allá de un formato de verano y se convirtiera en algo semanal cuando nos renovaron. *La lengua moderna* ha sido siempre un máster en el que me pagaban. He tenido secciones excepcionales, pero también he hecho mucha mierda y en esos momentos podía leer en los ojos de Héctor de Miguel cierta decepción que me hacía ponerme las pilas para el siguiente programa. No me resultaba fácil crear material porque nunca tuve una temática concreta. Cuando tienes todo un abanico de posibilidades es mucho más complicado que cuando tienes que desarrollar contenido de un tema específico. Mis secciones se convirtieron en bloques de monólogos. Siempre tiraba de mi vida y lo llevaba todo al exceso. ¡Hasta un día le obligué a Quequé a darme un pico metidos en una guirnalda navideña!

Siempre me ha importado mucho su opinión. Aunque él odia la palabra *mentor,* siento que lo ha sido para mí. Él bromea y me dice que mi verdadero mentor es Jorge Javier. Cuando le gustaba mi sección no podía evitar darme un toque en directo por debajo de la mesa, como diciéndome: «cojonudo». Siempre he esperado ese toquecito que a veces no llegaba y que me hacía polvo la autoestima. Él lo hacía inconscientemente, pero a mí ese toquecito me daba la vida.

Un día hasta me llamó para ir por sorpresa a *La vida moderna*. Con mi habitual inconsciencia, me planté en uno de los programas con más éxito del momento para hablar de feminismo. ¡Ole mis ovarios! Fue la primera vez que me pusieron a caldo en redes.

La radio estaba bien, pero alguien con mi cutis tenía que salir en la tele. Es broma, mi cutis no es nada del otro mundo… He tenido que tomar Roacutan tres veces. ¿Quién iba a decir que tengo el hígado jodido por eso y no por ponerme fina a birras? Así que me presenté al *casting* para el programa de Movistar+

LocoMundo, que lo cogía Quequé porque a Broncano le habían ofrecido presentar *La resistencia.*

En el *casting* me volví a topar con Eva y algunos otros amigos del gremio. Hasta el último momento no decidieron si Quequé iba a estar rodeado de mujeres (Eva y yo) o iba a contar con Pablo Ibarburu y una de nosotras. Volví a conseguir el curro, aunque años después volvería a encontrarme con Eva en otro *casting* y esa vez el puesto se lo llevaría ella. No sé si nos volveremos a encontrar en más *castings*, porque las cómicas tenemos la sensación de que en cada programa solo pueden contar con una de nosotras y tenemos que batirnos a duelo hasta que solo quede una, como en *Los inmortales.*

Estaba en la televisión de pago junto a mi gran amigo Pablo, al que adoro y es un referente de constancia y talento. ¿Qué podría salir mal?

Para ser sincera…, la experiencia en *LocoMundo* fue bastante dolorosa. Era mi primera vez presentando con el cue y los textos no estaban escritos por mí. Todo esto parecía ir en contra de ese estilo natural al que estaba acostumbrada. El primer día de grabación yo me vi bastante bien, pero en dirección no se quedaron muy convencidos con mi sección. Ahí comenzó mi inseguridad y mi declive en el programa.

Yo me había hecho dependiente de los toquecitos de Quequé, que para mí eran como palmaditas en la espalda que me guiaban, y en ese momento ni siquiera sabía qué querían de mí. Volvieron los sudores y el olor a fracaso mientras hacía unas secciones que aparentemente eran fáciles, pero que se me hacían un mundo. Además, Pablo, quien decidió escribir su parte, era pura comedia. El equipo y yo llorábamos de la risa con él. En mi sección había silencios, me trababa constantemente y me ponía tan nerviosa que una vez, al llegar, bebí de la taza de Quequé en lugar de la mía.

Cada día lo pasaba peor, pero no me iba de allí. Incluso llegué a contratar a un director de teatro para leerle los guiones y reescribirlos juntos para conseguir que hicieran más gracia. Aun así, nadie estaba contento. Se notaba en el ambiente y yo entré en un bucle de desesperación y ganas de dejarlo todo. Comencé a

medicarme, estaba muy deprimida. Mis jefes, que he de decir que eran muy buenas personas, no sabían cómo dirigirme y cuando llevábamos dos años de programa me hacían comentarios involuntarios como: «Hazlo como en el *casting*». No dormía e incluso fantaseaba con mi vida anterior en agencias de publicidad. Me imaginaba estando tranquila en una oficina haciendo estrategias digitales para El Corte Inglés.

Nunca fui capaz de irme, pero cuando decidieron que iban a dejar de contar con colaboradores, por fin respiré. Pablo se fue a *La resistencia.* Así que supongo que el cambio le vino bien a él y también a mi salud mental. Ahora, con la perspectiva del tiempo, no entiendo por qué alargué tanto el sufrimiento. Pero en ese momento la obsesión de poder salir en la tele se convirtió en una pesadilla. Lo mejor de la experiencia es que los temas del programa eran superinteresantes, así que me llevé mucha cultura y también unas cuantas vivencias profesionales de las que he aprendido.

Pero ese no fue mi mayor fracaso televisivo. A la vez que entraba en *LocoMundo,* empecé en un programa de Televisión Española que se llamaba *Lo siguiente.* Recuerdo que cuando estábamos preparando la producción un cámara me dijo: «Tengo el presentimiento de que tú le vas a dar suerte a este programa». Seguro que era un cámara estupendo, pero como vidente era un fraude.

El primer día de programa yo hacía labores de reportera. En el plató estaban la presentadora y Mario Casas, y conectaban conmigo, que me encontraba en un cine con unas fans suyas. Yo, en lugar de ceñirme a hacer mi trabajo, aproveché la conexión para tirarle fichas a Mario. Le llegué a llamar «Mario Cachas». Pese a lo surrealista de la escena, gustó en el programa y comenzaron a darme más protagonismo.

No es sencillo encontrar el tono de un programa. No es fácil parecer natural y fresca, caerles bien a los invitados y hacer caso a tus jefes. Cuando fue Edu Soto, me obligaron a saludarle diciendo «¡Qué pasa, nen!», cosa de la que está bastante harto. Cuando fue la campeona de halterofilia Lidia Valentín, le dije que si le podía tocar «la bola» refiriéndome al bíceps (*spoiler:* no le gustó). Y

cuando fue Javier Gutiérrez a presentar *Campeones,* yo empecé a hablar sobre su culo, lo cual quedó bastante surrealista.

Hubo un montón de cagadas cada día, pero sin duda hubo una que supuso mi coronación como metepatas mayor del reino. Un día tenía que hacer un «teatrillo» junto a Dani Piqueras. Nosotros fingíamos que estábamos comiendo palomitas en el sitio de la jefa cuando ella llegaba con la invitada y nos sorprendía haciendo el vago. Teníamos que dejarle el sitio libre y poco más, pero a mí se me ocurrió improvisar una frase en ese momento: «Me queda bien la silla de la presentadora, ¿verdad?». A los pocos programas de ese suceso yo estaba despedida y la presentadora ya no me seguía en Instagram. Fue una faena, pero aprendí la valiosa lección de que nunca le tienes que decir a tu jefe que te queda bien su puesto…, aunque estés claramente de coña.

Salgo de *Zapeando* y cojo un taxi hacia un piso del centro de Madrid que sirve como consulta para mi psiquiatra. Hace mucho que no le visito, pero la sensación es familiar porque durante mi vida he ido a varios psiquiatras y psicólogos buscando ayuda. De hecho, he ido hasta a ver a una bruja; bueno, para ser más exacta…, una bruja en prácticas.

Una amiga cómica me dijo que una bruja podría ayudarme para mejorar mi vida. A mucha gente le debe de parecer rarísimo que existan brujas en el siglo XXI, pero no debería parecernos tan raro, porque en nuestro país tenemos un rey y nadie se echa las manos a la cabeza. Recuerdo que la bruja iba caracterizada para su trabajo. Tenía el pelo largo, rizado y lleno de mechones canosos, y se pasaba todo el rato fumando para llenar la casa de niebla. Me dijo todo lo que yo quería oír y en un momento dado se fue a prepararse un café y me dejó un baúl abierto para que le pagara lo que pensara que era adecuado. Tras dos horas de palique me parecía que lo mínimo que debería soltar eran cincuenta euros, pero cada vez tardaba más, así que empecé a dudar. Iba metiendo más dinero por si me había quedado corta ya que había dedicado mucho tiempo a mi caso… y al rato sacaba billetes porque

tampoco se trataba de una bruja oficial. Al final, pagué más que si hubiera sido la misma Sabrina, aunque mi vida no se arregló tras la visita o ahora no estaría en la sala de espera de un psiquiatra.

Igual que la bruja tenía la casa decorada llena de motivos esotéricos, un psiquiatra del centro de Madrid tiene que tener una sala de espera de postín que sea elegante e ir un poco disfrazado de Freud. Mi psiquiatra cumple con todos esos lugares comunes, pero hay algo que enrarece la pintoresca imagen: como estamos en medio de una pandemia me recibe con una mascarilla FFP2 puesta. Yo también llevo otra y me doy cuenta de lo raro que es contarle mi vida a alguien sin apenas poder verle la cara. Resulta raro hablar de mis nimiedades mientras, ahí fuera, el mundo está pasando por una crisis histórica.

Él ya me conoce, porque en los últimos años, cuando estoy muy mal, vengo a hablar con él y a veces incluso he tenido que medicarme. Durante la pandemia solo he contado con la ayuda de una estupenda psicóloga *online*, pero ahora noto que necesito un refuerzo extra. Le hablo de que últimamente pienso en la primera vez que «peté». Desde pequeña he tenido problemas de seguridad en mí misma y, por la extraña relación que he tenido con mis padres, a veces he sentido que era una niña no deseada. Esa sensación se fue acumulando hasta que, ya viviendo en Madrid, tuve una crisis de autoestima. Vivía con una amiga íntima, una chica guapísima que parecía una modelo de Victoria Secret y que a mis ojos era y sigue siendo perfecta. Yo salía todos los días de fiesta con ella y no podía evitar hacer comparaciones y sentirme mal todo el rato, como si fuera su amiga amorfa. Así que al final intentaba estar más delgada y eso me causó un desorden alimentario. Además, me medía por los chicos con los que me liaba y al final, cuando salía, me iba con cualquiera a casa con tal de sentirme deseada y hermosa. Cada día me odiaba más y cuando ese verano fui a visitar a mi abuela al País Vasco caí en una depresión. No quería salir de la cama ni relacionarme con nadie.

Esa fue la primera vez que me llevaron a un especialista. El psiquiatra me dijo que era bipolar, aunque luego otros me dijeron que simplemente soy inestable emocionalmente.

La verdad es que me hizo una especie de test de la *Super Pop* y rápidamente me diagnosticó. No sé si acertó o estaba equivocado, pero lo que era evidente es que yo no estaba bien. Me metieron en un centro de día para que fuera mejorando mi ánimo poco a poco. Allí hacíamos toda clase de actividades y terapias. Yo tomaba medicación para tratar el trastorno bipolar sin saber siquiera si lo era y me junté con gente que estaba en una situación más delicada, la mayoría con duelos sin resolver. Uno de ellos era un chico muy especial que me traía libros todos los días y me contaba todo sobre su vida. Así que al final... tuvimos un amor veraniego. Un amor de verano en un centro de día para salud mental. Yo soy capaz de encontrar el amor en los lugares más raros.

A partir de ese verano siempre he ido a terapia cuando me he encontrado mal. Una vez un familiar me recomendó un psiquiatra diciéndome que era el mejor de Madrid. Yo me abría y le contaba toda mi vida a ese genio de los divanes, desde mis problemas familiares o de autoestima a mis romances con los chicos. Un día me dijo: «¿Yo te atraigo?». Puede que fuera una novedosa técnica para conocer mi inconsciente, pero creo que el tío escuchaba mi vida como una especie de pajero, así que no volví a ir. Cuando se lo conté a mi abuela me dijo que nunca volviera a pisar esa consulta, y yo estaba de acuerdo. No le voy a dar a un tío material para pajas y encima me va a tocar a mí pagar. No le juzgo. Ese tipo de cosas pasan. Yo fui un tiempo a un psicólogo guapísimo y me era muy difícil ser sincera con él. No era fácil llorar y estar fea delante de un tío tan buenorro, así que las sesiones se basaban en yo intentando disimular las ganas de llorar. El tío me miraba extrañado porque debía de pensar que estaba sufriendo un ataque epiléptico en medio de la consulta.

A veces, cuando estás jodida no te das cuenta de que puedes hacer algo para mejorar tu vida. Parece imposible salir del hoyo, pero, si te dejas ayudar y sigues intentándolo, las cosas cambian para mejor. Mis problemas de alimentación mejoraron mágicamente cuando llegó la comedia. Siempre había estado engordando y adelgazando durante mi adolescencia y nunca me veía bien. Mi aspecto físico era lo primero, pero cuando empecé a

actuar me di cuenta de que lo primero ya no era estar mona. Lo principal era ser graciosa. Tenía algo más importante que hacer con mi vida, así que mi peso pasó a ser algo secundario.

Algo así siento desde que ha nacido mi hija.

No estoy estable ahora mismo, pero sé que lo más importante en mi nueva vida es ella, así que algunas cosas que antes me preocupaban mucho empiezan a pasar a un segundo plano. Ya no me preocupo tanto por cosas como los chicos, porque tengo a alguien a quien amar incondicionalmente y, de pronto, el tener el centro de mi atención en esa personita hace que no me vuelva tan loca con mis mierdas.

Ha sido agradable hablar con el psiquiatra. Siempre es duro, pero salgo de la consulta cansada como si hubiera ido a un *spa*. Me receta una pauta de medicación y antes de irme me cita para otro día.

Sé que durante mi vida voy a tener que acudir de vez en cuando a psicólogos o psiquiatras, pero me siento más fuerte que cuando no tenía esta clase de ayuda. ¿Estoy loca? Muchas veces pienso que sí, y otras, que he sido lo bastante cuerda para responsabilizarme de mis emociones y tomar el control de mi vida de una vez por todas.

8
Conciliando

¡Jajajajajajaja!

Son las cinco de la mañana y no he dormido nada… Federica ha comenzado a aplaudir y a reírse. Una cosa es que un bebé te despierte porque está llorando y otra cosa es que te despierte de juerga.

Esta niña siempre está contenta y de buen rollo. Creo que mi hija es hiperactiva. Su padre lo es y quizá ya empiezan a asomar los genes italianos, porque no para ni un solo segundo quieta. Así no hay quien duerma. Aplaude y se ríe a destiempo como si fuese una aspirante a público de *Zapeando* que todavía no conoce el momento del chiste. Puede que diez meses sea muy poco tiempo para llevarla a la guardería, pero ella lo está pidiendo a gritos. Necesita desfogarse y seguro que allí conoce a un montón de bebés con los que gastar toda esa energía. ¡Tiene que hacer amigos ya o terminará siendo una de esas solteronas que pasean junto a su madre por la calle mientras la gente se pregunta quién es la madre y quién la hija!

Durante la mañana busco una buena guardería y quedamos en empezar a llevarla al día siguiente. La dejo a las nueve de la mañana en un aula con niños que no paran de llorar. Son el Orfeón Donostiarra de los berridos. Yo no puedo acceder por la normativa covid, así que me despido de ella en la puerta. Por lo visto, como madre primeriza me he vuelto a equivocar y la cuidadora me explica que los bebés tan pequeños no socializan todavía. La profesora me cierra la puerta, Federica no ha puesto ningún impedimento a irse con una desconocida, aunque he de decir que se va con cualquiera. Esta niña en otros tiempos habría sido carne de cañón para que la hubiera robado una monja. Intento mirar entre las cortinillas de las ventanas, pero no veo nada.

Cuando lleva una semana yendo a la guarde me llaman y me dicen que parece que la niña está enferma. Tengo que ir a por ella. Solo lleva una semana de trabajo y ya está faltando. La van a despedir como siga así. Ese nido de gérmenes le ha causado un millón de mocos y cero amigos. Eso sí, ha aprendido de los otros niños a llorar para llamar la atención. Hasta ahora solo lloraba cuando no quería dormir, pero ahora llora todo el rato para manipularme. Esa es la primera lección que aprenden en la guarde: el que no llora no mama.

Estoy convencida de que mucha gente ve las guarderías como una especie de parking para bebés. Allí puedes dejar a tus hijos aparcados para intentar conciliar. Hasta aparcas el propio carrito a la entrada. Yo sigo trabajando y últimamente tengo muchísimo curro extra. No abandono mi máxima de decir a todo que sí, así que cuando mis repres, Ana y Pau, me llamaron para decirme que querían que escribiera un libro sobre mis experiencias como madre y cómica, dije que por supuesto.

Yo no sé decir que no y, además, siempre han dicho que en la vida hay que tener un niño, escribir un libro y plantar un árbol. Ya solo me faltaría lo del árbol. La verdad es que no tengo ni zorra de jardinería, pero tampoco sé mucho de literatura ni de maternidad y eso no me ha frenado hasta ahora. Mis representantes se alegran cuando digo que sí. Siempre lo hago.

Una vez fui a una estilista antes de ir a una boda pija en Getxo y la chica me dijo que si me pintaba las uñas con unos dibujos de huevos fritos. ¡Huevos fritos para una boda de gente adinerada! Y yo dije que sí. Podría haber ido con una polla en la frente, como en una despedida, si me lo hubiera pedido con educación. No quiero defraudar a nadie y siempre acabo aceptando. He de decir que los huevos fritos fueron un éxito y la chica tenía razón.

He llevado la conciliación al máximo y durante estos meses me he llevado a la niña a algunas actuaciones. He llegado a pensar en utilizarla como muñeco ventrílocuo. En una actuación en Basauri se puso a llorar en el camerino y yo la oía desde el escenario. Lo pasé fatal. No sabía cuál era mi obligación, si seguir

entreteniendo a esos extraños o ir en ayuda de mi pequeña, que estaba con mi representante. Al final decidí seguir en el escenario porque a la larga es mejor para ella.

Ana es más que mi repre. Es más joven, pero es mucho más responsable que yo (sé que no es mucho decir…). Me dice que deje de beber cuando empiezo a ponerme tonta, viene a mi casa a ayudarme con mi hija, le cuento todas mis intimidades. Está claro que además de trabajar juntas es mi amiga. Al principio veía a los representantes como una especie de proxenetas de cómicos, pero con el tiempo me he dado cuenta de que son fundamentales y de que sin el trabajo de ellos sería imposible que los cómicos nos centrásemos en lo nuestro, y yo tengo la suerte de contar con la mejor. Es muy importante rodearse de gente así. La única persona que he visto tan entregada como Ana es Flor, que trabaja en la SER y se ocupa de la producción de *La lengua moderna*. Sin ella todo sería un caos y, además de ser un amor, me ha salvado el culo millones de veces.

La recojo en la guarde y cuando llegamos al centro de salud me dicen que me han cambiado la pediatra y tenemos una nueva, aunque por lo visto no está y tenemos al suplente. Pediatra suplente. Eso suena raro. Nadie quiere poner la salud de su hija en manos del suplente. ¡Mi hija se merece el titular! ¡Mi hija se merece al Messi de los pediatras!

Cuando entramos en la consulta veo a un moderno de barba espesa, gafas de pasta y una bata blanca. ¡Joder, un pediatra *hipster*!

Los prejuicios son los prejuicios y cuando alguien entra en una consulta espera encontrar un pediatra serio tirando a anodino y no un tío que seguro que ha tomado MDMA en un concierto de Izal. Así son los prejuicios. Nos hacen sentir seguros y tranquilos cuando se cumplen nuestras expectativas, y cuando no…, nos sacan de la zona de confort. Es como si entras en una tienda de alimentación y el dependiente es indio en lugar de chino, o como si vas a La Chocita del Loro y te encuentras una cómica. No es lo habitual… y te escama.

El médico me dice que la niña tiene otitis porque ha pillado

algo en la guardería. Me lo comenta entre bromas. No sé si me estoy volviendo loca o está flirteando conmigo. Hace tanto tiempo que no tonteo que ni recuerdo cómo es. Llevo un tiempo sin estar con Musco y reconozco que echo de menos tontear, pero no tengo tiempo ni para planteármelo.

—Ya está, tranquila, bombón.

¿Me acaba de llamar bombón? Ah, no, creo que se lo ha dicho a la niña. Salimos las dos de la consulta y pienso que no debe de ser fácil ser un moderno y pediatra, igual que no es fácil ser madre soltera. Tiene que tener cantidad de problemas, como que le programen a la vez una operación de urgencias y un concierto del Mad Cool.

Llegamos a casa y me escribe Musco. Esta tarde se pasará para estar con la niña. Casi todos los días viene una o dos horas a jugar con ella y a ver cómo está. Nos llevamos bien y eso es lo más importante. Ha alquilado una casa cerca de la mía. Se me hace raro eso de abrir la puerta a mi exnovio a diario para que vea a nuestra hija. Sé que, si no hubiese un ser humano de por medio, no sabría nada de él a estas alturas.

Durante un tiempo pensé que debíamos estar juntos por la niña, pero la cosa no iba ni le veía a él realmente comprometido. Ahora supongo que soy oficialmente madre soltera y entera. La gente me dice que hay que tener muchos ovarios para enfrentarse a la maternidad sola. Yo creo que simplemente no tiene sentido mantener una relación en la que no eres feliz solo porque la sociedad nos ha dicho que es lo correcto. Si la cosa no va bien, con el tiempo irá peor. Mi hija va a ser feliz en un ambiente de felicidad y no entre discusiones y malas caras.

Además, cuando me planteo por un segundo volver, recuerdo lo frustrante que es estar con un hombre que no tiene iniciativa en cambiar un pañal o en dar de comer al bebé, y se me pasa. Él era capaz de ver películas enteras con la niña llorando en la hamaca mientras yo no puedo ver ni un capítulo de una serie sin pararlo mil veces. Cuando lo pienso me lleno de rabia.

¡Qué cojones! Yo soy una MILF: *Mother I'd Like to Fuck*. En mi monólogo hablo de que algunos tíos nos llaman así a las mujeres

que hemos tenido un niño y todavía les resultamos atractivas. Nosotras también tenemos un nombre para los hombres que son maduritos y nos ponen: *Millonarios.* Nosotras somos MILF, ellos son CASH.

Cuando pienso esto aplaude Federica, pero apostaría que ha sido pura chiripa.

Sé que voy a hacer todo lo posible por que mi hija tenga el mayor contacto con su familia de Italia y con su padre. Iré todas las veces que haga falta. Su familia paterna es estupenda y adora a mi hija. No quiero que el padre de mi hija salga de su vida como el mío salió de la mía. En ese momento pienso en la última vez que tuve alguna información de mi padre. Fue nada más empezar en *Zapeando.*

En el verano de 2019 no tenía ningún proyecto en televisión más allá de un par de días en que me llamaron de *Todo es mentira.* Parecía que mi carrera iba para atrás y de nuevo volvía a centrarme en los bolos y los micros abiertos. En ese momento me llamó Maikol, uno de los gurús de la tele de los últimos tiempos y creador de formatos como *El intermedio,* para decirme que quería probarme para *Zapeando.* En cuanto estuve un par de días, Maikol parecía entusiasmado conmigo y me prometió que me iban a dar una sección semanal, y que, si todo iba bien, podría participar más en el programa. Eso me flipó, pero a la vez me generó de nuevo ansiedad.

Me di cuenta de que en este programa tenía que aportar algo especial más allá de leer los chistes del cue, así que aposté por improvisar de vez en cuando y ser lo más natural y sincera posible para ganarme al público. La cosa funcionó, pero aprendí las otras claves para que estén contentos con tu trabajo: llevarte bien con tus compañeros, no tener demasiado ego y hacer lo que te pidan sin rechistar. Me lo puso mucho más fácil el estar rodeada de gente talentosa y amable como son Dani, Lorena, Quique, Cristina, Anna, Maya, Santi y el resto del equipo. Todo iba a la perfección y sentí que mi carrera de cómica volvía a ir hacia delante.

Una tarde, nada más salir del programa, vi que me llamaba un número raro. Pensé que sería una ONG o alguna compañía telefónica que quería hacerme una oferta, pero al descolgar el interlocutor dijo ser mi abuelo.

La mayoría de la gente normal tiene el número de su abuelo en la agenda del teléfono, pero yo no soy muy normal. Hacía mucho que no sabía nada de él, pero mi abuelo se comportaba como si hubiéramos mantenido el contacto cada Navidad. Me dijo que me había visto en la tele. Estaba muy feliz de ver que me iba tan bien. También me dijo: «He estado esta mañana con tu padre. Está muy contento, se ha comprado una moto de 6.000 euros». Me hablaba como si mi padre formara parte de mi vida y no como si fuera una persona a la que me cuesta ponerle cara.

Yo fui amable, pero sabía lo que estaba pasando. Mi abuelo siempre ha sido un as de los negocios. Siempre ha encontrado la manera de hacer dinero y huele un buen *business* a kilómetros. Él me había visto en la televisión y de pronto su nieta desaparecida le pareció algo que tenía más interés del que creía. Como el que se encuentra un billete en una chaqueta que hacía años que no usaba. Así que, pese a que me pareció un poco doloroso, me lo tomé como un piropo. Que me llamara significaba que mi carrera iba bien y también que la gente mayor solo ve la televisión en abierto, porque no me había llamado durante todo el tiempo que había estado en Movistar.

Supongo que el interés no era del todo sincero, porque hoy por hoy no conoce a Federica y no creo que tenga muchas ganas en hacerlo.

Federica es la luz de mi vida, pero como no salga un día a tomar unas copas con mis amigos me voy a tirar por el balcón. Entre la pandemia, el embarazo y el posparto, hace siglos que no salgo de juerga. Lo más parecido que he tenido a una fiesta en estos meses ha sido el bautizo de la niña. Donde lo más loco del día fue ver a Quequé jurar por Dios en la iglesia para poder convertirse en el padrino de Federica. Sé que él no es un tipo muy espiritual,

por eso valoro especialmente el esfuerzo.

Así que, como necesito salir, decido hablar con Marce y le digo que le pagaré un poco más para que se quede con la niña y yo pueda irme con unos amigos a tomar algo y airearme un poco.

Cuando llevo unas copas de más me acuerdo de que tengo que escribir a mi estilista para que me diga una de las marcas con las que me ha vestido y poder subir una foto a Instagram. Uno de esos pensamientos de pedo que surgen porque estás vulnerable y quieres unos pocos *likes* que te suban el ánimo. Mi estilista tiene el mismo nombre de pila que uno de mis cómicos favoritos del país.

Cuando paso por esa parte de la agenda leo el nombre del cómico y decido mandarle un mensaje. No sé qué estoy haciendo. Además de admirarle, siempre me ha caído genial y me parece un tío increíble, así que le digo si quiere tomarse algo conmigo ahora mismo. Él acepta y no sé muy bien cómo terminamos liados antes de que acabe la noche. Parece que la leona bañada en Jäger que dice barbaridades sin pudor no se había extinguido por haber pasado un embarazo y seguía dentro de mí grabada a fuego como las canciones de Estopa que escuchaba de adolescente.

Tontear con un chico nuevo cuando eres madre es algo inédito para mí. De pronto, cuando quiero quedar con él, me supone buscar una canguro y dejar unas horas sola a la persona más importante de mi vida, así que exijo que la cita esté a la altura. Eso me estresa y va en contra de la naturalidad. Esta presión tampoco es justa para el chico y sé que debo relajarme si quiero que la cosa salga bien. Reconozco que esta situación es rara, pero me divierte. Los dos últimos años han sido una puta locura y creo que tengo derecho a intentar disfrutar de mi propia vida.

Siempre he comenzado relaciones a lo loco. Conocía a alguien, me encantaba, quedábamos prácticamente todos los días hasta que poco a poco esa pasión terminaba y se transformaba en ver juntos series de Netflix y convertirme en su madre. Luego volvía a empezar con otra persona la misma rueda.

Rápidamente me doy cuenta de que en esta ocasión no tengo la libertad que tenía antes. No puedo ver al tío que me gusta cuando quiera y escribirle todo el rato como una adolescente,

porque hay un bebé que me necesita. Pensar en alguien que no sea mi hija a veces me genera un gran sentimiento de culpa. Una parte de mí quiere volver a estos últimos meses donde solo vivía por y para mi hija. En este tiempo únicamente me permitía pasiones más sencillas, como entrar en mi cuenta bancaria y ver si había algún ingreso para fantasear con ese lejano momento en el que podré amortizar la hipoteca.

Ahora dentro de mí hay una lucha entre «mi yo adolescente», que quiere sentir el amor despreocupadamente, contra mi «yo madre», que solo quiere estar todo el rato con mi hija sin preocupaciones de instituto.

Nunca he sabido tomarme el amor de una manera adulta, paciente y relajada. Escribo al chico que me gusta y cuando pasan unas horas sin que me conteste comienzan a volver las inseguridades como cuando tenía dieciséis años. «¿Por qué no me contesta? ¿Ya no le gusto? ¿Tiene una novia?» Después de día y medio sin saber nada de él, le escribo una parrafada de loca para poner punto final a la relación. Llevábamos una semana, pero yo lo vivo como si fuéramos a casarnos y me hubiera plantado en el altar. Él no entiende que me ponga así. Tiene una buena excusa para haber estado liado y no contestar.

Mi ansiedad desaparece tan rápido como había llegado. Me gustaría decirle que le echo de menos y que necesito que me conteste cuando le escribo porque me siento vulnerable en este momento de mi vida, pero en lugar de eso charlamos sobre tonterías y termino mandándole unos emoticonos.

9
¡Feliz *cumpleaño*!

Hoy es el primer cumpleaños de Federica. De hecho, es su *cumpleaño,* porque es tan joven que no se puede usar el plural en su caso. Ya ha pasado un año desde que vino al mundo para cambiar mi vida por completo. Han pasado veintiún meses desde que Federica solo era un cigoto recién fecundado en mi interior. Parece que ha pasado un siglo porque mi vida ha cambiado de manera radical.

Llevo mucho tiempo esperando este día. Durante los últimos doce meses la he despertado cantándole: «feliz cumplemés» cada día 16 como una auténtica desquiciada. Por fin hoy suena la canción de Parchís con sentido. Solo cumples un año una vez en la vida, así que quiero hacerle un fiestón. Me quiero comprometer a hacerle un cumpleaños a lo Blu Jerusalema. La niña que le lleva un par de meses a mi gordita y que es hija de ese multimillonario italiano que se pasa el día bailando en calzoncillos en Instagram. Yo he organizado muchos cumpleaños. Cuando trabajaba en el O2 de Londres, en un bar que se llamaba Las Iguanas, los días que había algún cumpleaños era la muerte. Recuerdo que siempre traían sus propios globos y una tarta, así que nosotros teníamos que compincharnos con los clientes para que el cumpleañero no se diera cuenta de la fiesta sorpresa y saliera todo bien. Estoy convencida de que Federica no se huele nada de la fiesta por el detalle de que es un bebé. Solo hay un pequeño problema a la hora de celebrar su cumpleaños: «No tiene amigos». Si solo llamo a mis amigos sería un error, porque se convertirá en mi fiesta y ya sabemos cómo me pongo cuando me invitan.

Me doy cuenta de que organizar un cumpleaños de un bebé es más difícil que esconder unos globos detrás de la barra de La

Iguana. Voy a la pastelería a recoger una tarta después de haber fracasado anoche con la Thermomix que aún estoy pagando y que apenas sé usar. Mi tarta casera no está al nivel del cumpleaños de mi hija. Ni siquiera está al nivel de ser la tarta de cumpleaños de un preso; de esas que solo tienen que esconder una lima en su interior y pasar el control de la prisión. Nunca he sido una persona apañada. No soy nada organizada y es un milagro que me vaya tan bien. Aunque supongo que es porque conozco mis limitaciones y le pongo muchas ganas a todo lo que hago.

Pese a ser un poco desastre, siempre he soñado con el equilibrio. Ahora mismo la foto que llevo en el fondo de pantalla de mi móvil es Blanca Suárez vestida de deporte y siendo una diosa al mismo tiempo. Es una manera de automotivación para saber que las cosas me van a ir bien si me centro. Mis amigos se ríen y les parece extraño que no lleve una foto de mi hija. Bueno, a mi hija ya la tengo y ella sería más feliz si me contratan para promocionar el nuevo móvil de Samsung, y cuido mi cuerpo de una manera regular.

Meto la tarta en el coche sin que se espachurre. Conduzco por las calles de Pozuelo con soltura. Cada día lo hago con más tranquilidad. Mientras aparco, pienso en que podría haber invitado a todas las *nannies* que ha tenido mi hija hasta ahora y sería aforo completo. Esas mujeres han sido lo más parecido que ha tenido Federica a unas amigas en este año. Y ha tenido de todo: amigas que se desvivían por ella, otras que le sujetaban la cabeza para vomitar y alguna que otra bastante tóxica (rollito la mano que mece la cuna). Primero tuvo una salus que pilotaba tanto de recién nacidos que verla con un bebé era como ver a Jordan con la pelota. Luego me recomendaron una *malus,* que son como salus pero sin el título de Enfermería. Suena a cuando eras pequeña y querías unos vaqueros de marca y tu madre te acababa comprando unos falsos que eran igual, pero con una letra cambiada en la etiqueta para evitar denuncias y que costaban la mitad. Después necesitaba alguien que estuviera todo el día, así que tuvimos una interna que cuando le dejaba la tarjeta de crédito para comprar comida para

Federica me llegaban cargos de 15 euros en una heladería ¿Desde cuándo los bebés toman Häagen-Dazs de dulce de leche?

Yo no dejaba de currar y necesitaba alguien de confianza que me ayudara con todo esto. Después de pasar meses buscando a Mary Poppins, una chica joven que trabajaba como limpiadora me recomendó a su amiga Marce. Las dos eran hondureñas y me dijo que Marce llevaba tiempo en España y no encontraba trabajo.

Marce tenía química con Federica. Es una mujer muy cariñosa y desde el primer momento me gustó, pero no sabía cocinar y eso a mi familia le parecía importante. Así que cuando llevaba dos días le dije que buscábamos a alguien que cocinara. Marce entonces empezó a llorar a mares y se le corrió el rímel. La pobre parecía un mapache. En ese momento sentí mucha empatía. Recordé todos los *castings* en los que me habían dicho que tenía que ser más alta, más mayor, más joven o más guapa. Así que nos abrazamos. Estaba abrazando a una desconocida en mi cocina como si fuese un polluelo al que había herido al pisarlo sin querer. De pronto me vi soltándole una charla TED motivadora que no venía para nada a cuento:

—Marce, por favor, deja de llorar. En esta vida hay que ser fuerte.

—Es que es bien difícil conseguir trabajo y creo que no valgo para esto.

—Esto es una cuestión de actitud. Te voy a decir una cosa, Marcela, ¿crees que alguien daba un duro por mí cuando empecé en la televisión?

Ella me miraba extrañada. No tenía ni idea de a qué me dedicaba ni de qué narices le estaba hablando.

—Luché y no me rendí nunca. Tenía el objetivo claro y puse todo mi empeño por conseguirlo obviando que mi familia y mis amigos pensaran que estaba loca. Y aquí estoy, siendo una estrella de la comedia y trabajando en *Zapeando*.

Vi que ella me miraba intentando saber qué era eso de *Zapeando*.

—Mira, Marcela, por favor, deja de llorar. Mereces una oportunidad y vas a demostrar que puedes con todo. Voy a intentar

que te enseñe a cocinar mi abuela y tienes que poner mucho de tu parte. Pero no te rindas.

—Muchísimas gracias, señora.

Y así fue como Marce entró en mi vida y se enteró de que su jefa, aparte de chapas, era artista. Una artista que se creía Al Pacino en *Un domingo cualquiera*.

Cuando llego a casa meto la tarta en la nevera y me siento en mi escritorio. Ahora tengo un rato para el libro. Ya estoy terminando y pienso que quizá soy algo joven para escribir algo tan autobiográfico, pero a la vez me doy cuenta de que me han pasado un montón de cosas en mis treinta y cinco años de vida. También tengo claro que quedan muchas otras cosas por pasarme a todos los niveles.

Apenas puedo escribir una página porque la peque no para. Hoy no ha ido a la guarde y parece estar a tope, como si supiera que es un día especial. Ha empezado a andar hace un mes y solo quiere dar vueltas. Antes era un torbellino, pero por lo menos no se movía del sitio. Ahora es como el Demonio de Tasmania cuando se convertía en un tornado que iba destrozando todo lo que tocaba a su paso.

Veo que tengo una llamada de Lillo de El Terrat. No la he visto porque tenía el teléfono en silencio. Les devuelvo la llamada. Estoy muy ilusionada con un posible proyecto que estamos preparando juntos. Un nuevo programa presentado por mí. Cuando cuelgo pienso que quizá, cuando mi libro salga a la venta, el programa ya esté en la televisión. Me muero de ganas, aunque de nuevo siento respeto ante un nuevo reto.

Hace unos meses estaba pensando en qué hacer para una sección de *La lengua moderna* y se me ocurrió bromear sobre la gente que cree que, cuando deseas algo, ese algo sucede por arte de magia. Para ello subí el típico tuit en el que le pides algo al destino y en él puse que quería mi propio *late night*, seguido de la frase clásica: «Twitter, haz tu magia». Luego en el programa bromearía sobre esa publicación que había puesto de coña y que pensaba que no tendría ninguna repercusión. La verdad es que me sorprendió que empezasen a llegar tantos retuits, pero sobre todo

me dejó flipada uno de los comentarios: Buenafuente había puesto el emoticono de un pulgar para arriba. Veinticuatro horas después del dedito de Andreu, me estaba llamando Lillo del Terrat para decirme que tenían pensado un proyecto de *late* conmigo. Estaba literalmente flipando en colores. La putada es que mi sección de *La lengua moderna* ya no tenía sentido, porque en mi caso sí había funcionado esto de desearlo muy fuerte y tenía un posible proyecto en marcha que ahora, meses más tarde, parece que está a punto de materializarse en un programa real. *El programa de Valeria Ros*.

En ese momento me doy cuenta de que casi he terminado el libro que me encargaron y todavía no he explicado la razón de mi nombre artístico. Después de un millón de intentos por encontrar mi nombre artístico, pasando por todo tipo de apellidos, me puse el de mi abuela materna, que ha sido tan importante en mi vida. El apellido de las abuelas maternas suele ir enterrado en un discreto cuarto lugar al que nadie llega jamás. En mi caso, mi padre me dio un apellido compuesto rimbombante. Estuvo ausente, pero apellidos me dio dos: López-Tapia. Luego está el de mi abuelo materno, el de mi abuela paterna y por último el de mi otra abuela. Eso es así en el libro de familia, pero yo decidí que en los carteles de mis *shows* el apellido de mi abuela iría primero como homenaje a ella y porque mola un montón.

Marce me ayuda a dejar todo listo para la fiesta que haremos por la tarde. Tengo que hacerlo ahora porque en un rato vienen a buscarme para ir al programa. Es un martes y hay *Zapeando* aunque sea el cumpleaños de mi hija. Ella se ha saltado las clases, pero yo tengo que ir a currar.

Voy a mi habitación para prepararme y me doy cuenta de que tengo unas cajas de cartón sin desembalar. Últimamente mi madre y mi abuela no paran de darme cajas con cosas para que me lleve a mi piso. Tengo un montón de cosas desperdigadas por la casa de mi madre, por la de mi abuela y las de mis tías. He vivido en tantos sitios que mis pertenencias están por todas partes y mi familia insiste en recalcar que por fin tengo un lugar para guardar mis mierdas. Mi abuela me repite todo el rato que ella me alquila una furgoneta para que me lleve todo de golpe. Yo intento

demorarlo porque creo que me gusta tener algunas cosas todavía en sus casas para sentir que de alguna manera sigo allí. He hecho tantas mudanzas…, y en todas he perdido cosas por el camino.

Para mí son importantes las raíces. Recuerdo que cuando mi abuela decidió venirse para Madrid a vivir y dejar el País Vasco me sentí triste y huérfana de patria. Yo siempre volvía a Bilbao para sentir que estaba en casa, pero mi abuela había emigrado. Aunque seguía yendo a Bilbao de vez en cuando, sentía que ya no tenía ese refugio. Ahora realmente era una vagabunda del mundo y no me asentaba en ninguna ciudad. Supongo que eso ha cambiado ahora que tengo mi propio piso y que todos los meses me pasan una hipoteca por la cuenta corriente.

Mientras me maquillan en *Zapeando* les digo a mis compis que parece que mi programa va a ser semanal en la ETB. Volver a casa me da respeto. Es como en las películas americanas cuando tienen la reunión del instituto y sienten que tienen que aparentar que son muy guais y que todo les ha ido genial. Me siento como los conquistadores que tenían que volver de América con oro y riquezas, y no podían volver con las manos vacías o con un barco lleno de *souvenirs* cutres. Mis compis se ríen y tratan de hacer que me relaje. Todo va a ir bien.

Hace un par de meses me escribió por Instagram un malote que me gustaba cuando era una niña. Se marcó un mensaje en plan *20 de abril* de los Celtas Cortos. Ahora estaba casado y ya no era un macarrilla adolescente. Decía que me había visto en la tele y que se alegraba de que me fuera bien. Recuerdo que era el chico que vino a la fiesta que monté en casa de mi madre y que me valió un billete para un internado en Irlanda. También me acuerdo de que fue uno de los que más la lio, pero por entonces no me importaba porque yo era una niña insegura colada por él. El chico aprovechó el mensaje para pedirme disculpas, aunque creo que realmente me escribía para ver si con un poco de suerte seguía colada por él. No le he contestado y no creo que le conteste. Supongo que eso significa que he cambiado y que todo va relativamente bien. He superado esa época, que no es poco. La Valeria de trece años habría contestado corriendo y creo que hay una versión alternativa

de mí de treinta y cinco a la que le ha ido peor que también se habría ilusionado con el mensaje de un malote de la infancia.

Pienso antes del programa en lo curiosa que es la paradoja del malote y del pagafantas. Cuando era un malote que pasaba de mí y que no me hacía ni puto caso, este chico me encantaba. Ahora que posiblemente sea un pringado al que le encantaría tomarse algo conmigo y a mí me va relativamente bien, no me dice una mierda. Desde luego, siempre es mejor estar en la parte superior de la pirámide alimentaria.

Mi chico me manda un mensaje para que felicite a Federica. He dicho «mi chico»…, ¿es mi chico? No lo sé y tampoco me torturo por esa clase de conceptos que antes me daban para horas de rayadas mentales.

Ya en casa van llegando mis tías, mi madre, mi abuela, algún amigo, Musco y la familia de Musco, que ha volado desde Italia para ver a Federica. De pronto siento una enorme gratitud hacia todas esas personas. Desde que soy madre entiendo realmente a la mía. En algún lugar he escuchado que no entiendes a tu madre hasta que ella es abuela, y en mi caso es verdad. Hemos discutido mucho en la vida, pero sé que ella siempre lo ha hecho lo mejor posible y que siempre me ha querido a su manera. No es fácil ser madre y compaginarlo con una vida profesional y personal. Ahora la entiendo y solo espero estar a la altura y que Federica también me entienda cuando yo sea dura con ella o le eche la charla todo el rato.

Tengo mucha gratitud también hacia la familia de Musco y hacia él. No todo ha sido fácil entre nosotros, pero gracias a su familia puedo tener por fin mi hogar. Ellos me ayudaron cuando necesitaba pagar la entrada del piso. Me he dado cuenta de que mi vida siempre ha ido de la búsqueda de un lugar al que llamar hogar. Siempre he estado buscando mi sitio. Y quizá Musco es quien realmente me lo ha dado. Siempre he estado buscando un verdadero hogar y al final estaba en mi interior. Mi hogar es Federica y donde esté ella yo estaré bien.

Tenemos que ayudarla a apagar su primera vela. Le hacemos un vídeo con el móvil y reímos todos ante la tierna estampa. Me

siento feliz. No sé qué me deparará el futuro tras estos casi dos años de locura. ¿Tendré trabajo? ¿Mi hija será feliz? ¿Seguiré enamorada? ¿Llegará una nueva pandemia ahora que parece que salimos de esta?

No tengo respuestas para todas esas preguntas, así que intento vaciar la mente durante un rato y disfrutar del cumpleaños. Los invitados parecen pasarlo bien mientras miran a Federica jugar. Sé que todos están pensando en lo grande y guapa que está, pero yo no puedo apartarme una última pregunta de la mente: ¿no me tenía que haber bajado la regla ayer?

Agradecimientos

Este libro no habría sido posible sin las constantes preguntas de mi editor, Alberto Sierra, gran cómico y amigo, quien me ha hecho recordar detalles que creía haber olvidado, dado que mi memoria es nula.

También quiero agradecer a mi madre haber trabajado tan duro para darme la posibilidad de viajar, de aprender idiomas y de vivir millones de aventuras, muchas de ellas recogidas en este libro.

Por último, le agradezco a Antonio, el padre de mi hija, el haberme plantado la semilla del amor (qué puntería), porque no hay amor más incondicional que el que siento por mi hija Federica. Ella es la razón de mi existencia desde que nació y ha sido la excusa perfecta para que me llamase Planeta.

Notas

1. Cuna en la que se suele colocar a los recién nacidos.

2. Enfermera titulada que se ocupa del cuidado de bebés a domicilio.

Ponerme a parir
Valeria Ros

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Be Fernández

© Valeria Ros, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2022

ISBN: 978-84-08-25638-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

Entre amigos

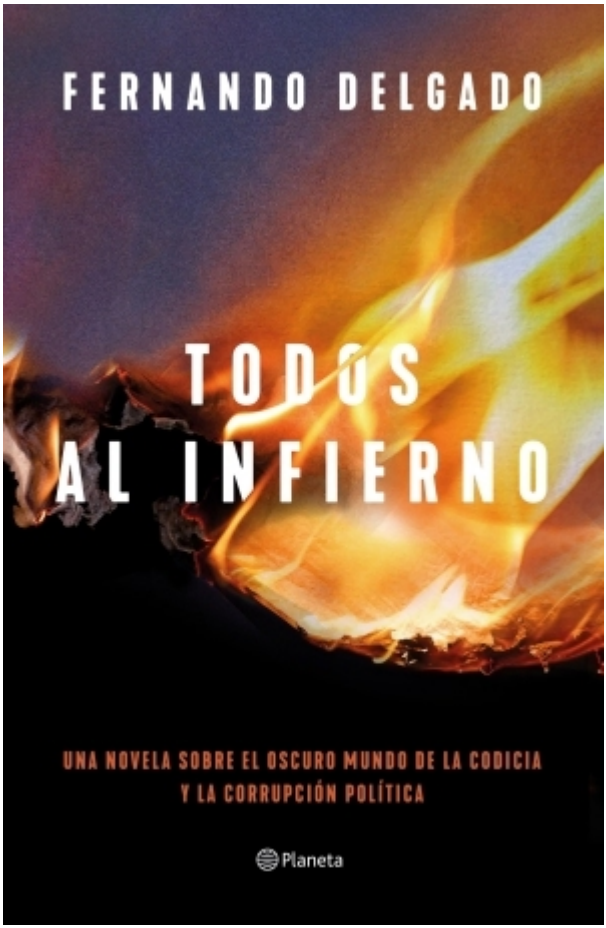
Giner, Gonzalo
9788408256502
288 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

«¿SUBESTIMAMOS LAS CAPACIDADES DE NUESTRAS

MASCOTAS? ¿QUÉ SABEMOS SOBRE SU INTELIGENCIA EMOCIONAL?» Todas estas preguntas y muchas otras son las que nos encontraremos en este nuevo libro de Gonzalo Giner sobre animales, veterinarios y otros humanos. Vuelve el autor de El sanador de caballos para sorprendernos con un relato que no es uno sino varios, y que no solo nos habla de su experiencia como veterinario, sino que también elabora una narración común con sus colegas de vocación, ¡nuestros veterinarios! De Málaga a León, pasando por Madrid o Tenerife, Giner se lanza con humor y honestidad a las páginas de este libro para compartir con nosotros un sinfín de situaciones extrañas, divertidas y algunas de una delicadeza infinita, para poner de nuevo a los animales en el centro de sus preocupaciones vitales y literarias. VETERINARIOS, ANIMALES Y SUS PINTORESCOS DUEÑOS SE CITAN EN ESTE LIBRO REPLETO DE HUMOR Y TERNURA PARA CONTARNOS HISTORIAS FELICES Y DISPARATADAS DE AMISTAD Y CONVIVENCIA. Un recorrido divertido, enternecedor y repleto de humor por un sinfín de anécdotas cuyos protagonistas son nuestros queridos animales.

Cómpralo y empieza a leer



Todos al infierno

Delgado, Fernando
9788408256618
272 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Serafín del Río es un monseñor que pone en juego su cabeza para

desmontar una trama de corrupción política de la que él también forma parte. A través de una conversación con su amante y del libro que está escribiendo con urgencia y cinismo, revela secretos de confesión que podrían sacudir los cimientos del poder en Vallina, un territorio no tan imaginario, donde la sombra del delito roza la muerte y los infiernos. Amoríos y engaños no faltan en esta historia, escrita con filo y perspicacia, en la que las campañas electorales no son más que una serpiente que se envenena a sí misma. Fernando Delgado ha vuelto con una novela audaz, picante, incisiva, no apta para avaros e inmorales, con claras referencias a la realidad local. El que esté libre de pecado… Una novela sobre el oscuro mundo de la codicia y la corrupción política.

Cómpralo y empieza a leer

El mentalista

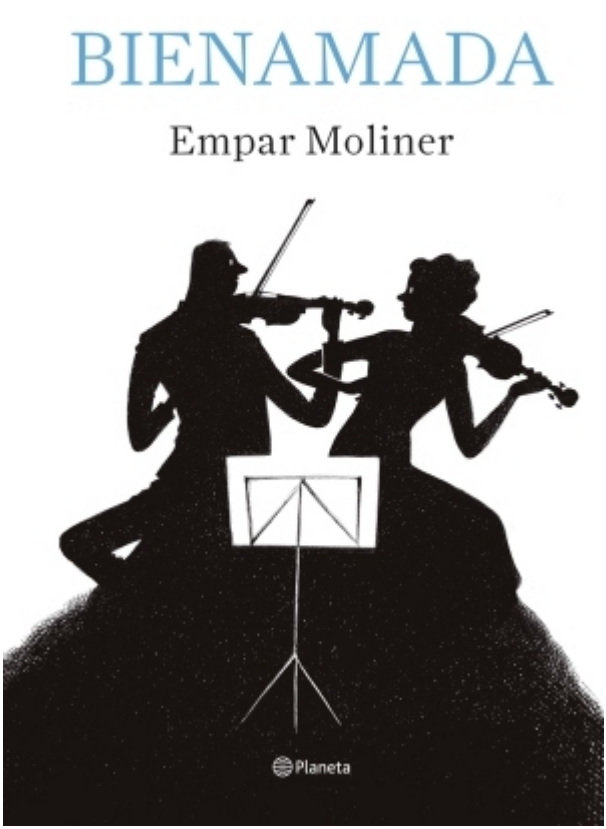
Läckberg, Camilla
9788408256625
700 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En un parque de atracciones a las afueras de Estocolmo aparece el

cuerpo de una joven asesinada de forma macabra: atravesada por múltiples espadas dentro de una caja. La agente de policía Mina Dabiri, reservada y metódica, forma parte del equipo especial de investigación que se hace cargo del caso. Cuando Mina agota todas las posibles pistas, recurre al conocido mentalista Vincent Walder para que los ayude a detectar los indicios que podrían conectar el asesinato con el mundo del ilusionismo. Con la aparición de un nuevo cuerpo, Mina y Vincent entienden que se enfrentan a un despiadado asesino en serie y comienzan una trepidante carrera contrarreloj para descifrar los códigos numéricos y las trampas visuales de una mente brillante y perversa. Un apasionante viaje a la parte más oscura del alma humana que no dejará indiferente a ningún lector. Atrévete a descubrir la verdad.

Cómpralo y empieza a leer



Bienamada

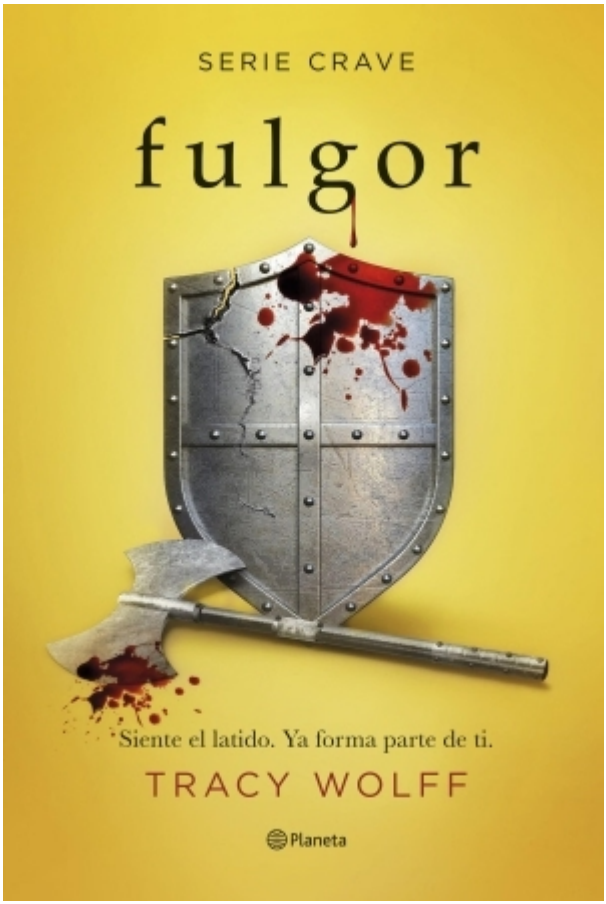
Moliner, Empar
9788408256939
232 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Remedios Durán es una dibujante de prestigio que se considera una

atractiva señora de cincuenta y pocos años, muy feliz esposa y madre. Una tarde, sentada en el asiento trasero del coche familiar, adivina, con toda nitidez, que su joven marido, violinista titular en una orquesta, se enamorará de la violinista suplente que los acompaña a casa para ensayar. Ellos dos todavía no lo saben. Ella sí. A partir de esta certeza demoledora, la protagonista de la novela, una mujer acostumbrada desde niña a luchar por la supervivencia, no tiene otra opción que darse cuenta de lo que es envejecer por dentro asumiendo de repente la vulnerabilidad del amor matrimonial, la drogodependencia de la maternidad y la caducidad de la vida artística. En Bienamada, Empar Moliner exhibe su talento literario en un relato conmovedor e inolvidable sobre la amistad, el paso del tiempo, el perdón y la crudeza secreta, nunca explicada y siempre suavizada, del climaterio.

Cómpralo y empieza a leer



Fulgor (Serie Crave 4)

Wolff, Tracy
9788408256397
944 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Nadie sobrevivió ileso a la última batalla. Flint está enfadado con el

mundo, Jaxon se está convirtiendo en algo que no reconozco, y Hudson ha levantado un muro que no estoy segura de poder romper. Ahora se acerca una guerra y no estamos listos. Necesitaríamos un ejército para tener alguna esperanza de ganar. Pero antes de eso necesito encontrar respuestas a las incógnitas sobre mis antepasados. Respuestas que podrían revelar quién es el verdadero monstruo entre nosotros… en un mundo lleno de vampiros sedientos de sangre, gárgolas inmortales y una antigua batalla entre dos dioses. No hay garantía de que nadie se quede en pie cuando el polvo se asiente, pero si queremos salvar este mundo, no tengo otra opción. Tendré que abrazar cada parte de mí ... incluso las partes que más temo. Serie Crave. Ya forma parte de ti

Cómpralo y empieza a leer